



OSCUROS

La eternidad y un día

LAUREN KATE

Lectulandia

Inesperado. Prohibido. No correspondido. Eterno. El amor tiene muchas caras pero un solo corazón... Descúbrelo en esta nueva novela situada en el inolvidable universo de Oscuros.

«El amor eterno de Luce and Daniel es emblemático, pero no es el único tipo de amor... Este es un libro inspirado por vosotros, mis lectores, que habéis compartido conmigo vuestras historias de amor desde el principio y me habéis mostrado las distintas formas que puede adoptar el más elevado de los sentimientos. Oscuros. La eternidad y un día es un grand tour de romanticismo que atraviesa el tiempo y los corazones. Acercaos un poco más a la eternidad de Luce y Daniel y descubrid los derroteros amorosos de Miles, Shelby, Roland, Arriane...».

Lectulandia

Lauren Kate

Oscuros. La eternidad y un día

Oscuros (Historia intermedia entre libros 3 y 4)

ePUB v1.0

Nipen 14.06.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Fallen in Love*

Lauren Kate, 2012

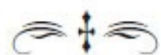
Traducción: Pilar de la Peña Minguell

Adaptación del diseño de la cubierta: Random House Mondadori / Judith Sendra

Editor original: Nipen (v1.0)

ePub base v2.1

El amor donde menos lo esperas



EL SAN VALENTÍN DE SHELBY Y MILES

Dos para el camino

Shelby y Miles reían cuando salieron de la Anunciadora. Emergieron con los filamentos oscuros de la sombra todavía enredados en la gorra de los Dodgers de Miles y en la coleta revuelta de Shelby.

Aunque Shelby estaba tan cansada como si hubiera hecho cuatro sesiones continuas de yoga Vinyasa, al menos ya estaban de vuelta en tierra firme. Firme y presente. En casa. Al fin.

El aire era frío y el cielo gris, aunque luminoso. Los hombros de Miles se alzaban delante de ella, blindando su cuerpo del viento intenso que batía la camiseta blanca que Miles llevaba desde que salieron del patio de la casa de los padres de Luce donde celebraban Acción de Gracias.

Hacía épocas.

—¡Lo digo muy en serio! —exclamó Shelby—. ¿Por qué te cuesta tanto creer que mi prioridad sea el bálsamo labial? —Se pasó un dedo por el labio y dio un respingo exagerado hacia atrás—. ¡Los tengo como papel de lija!

—Estás loca —espetó Miles, pero sus ojos siguieron el lento recorrido del dedo de Shelby por su labio inferior—. ¿El bálsamo es lo que más has echado de menos dentro de las Anunciadoras?

—Y mis podcasts —replicó Shelby, haciendo crujir con sus pisadas un montón de hojas secas—. Y mis ejercicios de yoga en la playa.

Llevaban mucho tiempo dando saltos por las Anunciadoras: de la celda de la Bastilla, donde habían conocido al prisionero fantasmal que no había querido decirles su nombre, al sangriento campo de batalla chino, donde no conocían a nadie y del que habían salido de inmediato, y, más recientemente, habían estado en Jerusalén, donde habían dado por fin con Daniel, que buscaba a Luce. Solo que no era el mismo Daniel. Iba unido —literalmente— a una especie de fantasma de su yo pasado. Y no había logrado liberarse de él.

Shelby no podía dejar de pensar en Miles y Daniel cercados por una lluvia de meteoritos; en el modo en que los dos cuerpos de Daniel —pasado y presente— se habían separado cuando Miles atravesó el pecho del ángel con la flecha.

En las Anunciadoras ocurrían cosas espeluznantes; Shelby se alegraba de haber terminado ya con eso. Ojalá no se perdieran en aquel bosque, de vuelta al campus. Shelby miró hacia lo que confiaba que fuera el oeste y se dispuso a conducir a Miles por aquella zona inhóspita y desconocida.

—La Escuela de la Costa debería estar por aquí —dijo.

El regreso a casa resultaba agri dulce.

Miles y ella habían entrado en la Anunciadora con una misión. Habían accedido desde el patio de la casa de los padres de Luce después de que esta desapareciera, y fueron tras ella para traerla a casa de vuelta —como siempre decía Miles, a las Anunciadoras no había que entrar a la ligera—, pero también para asegurarse de que estaba bien. Lo que Luce fuera para los ángeles y los demonios que se la disputaban les daba igual. Para ellos, era una amiga.

Pero, en su persecución, Luce no había dejado de escapárseles. A Shelby la había vuelto loca. Habían ido de destino raro en destino raro y, aun así, no habían hallado ni rastro de ella.

Miles y Shelby habían discutido en varias ocasiones sobre el camino que debían tomar y el modo de llegar allí, y Shelby odiaba pelearse con Miles; era como discutir con un cachorro. Pero lo cierto era que ninguno de los dos sabía en realidad lo que estaban haciendo.

Por el contrario, en Jerusalén había pasado algo bueno: los tres —Shelby, Miles y Daniel—, por una vez, se habían llevado muy bien. Ahora, con la bendición de Daniel (para algunos, con su orden), Shelby y Miles por fin volvían a casa. Por una parte, a Shelby le preocupaba abandonar a Luce, pero, por otra —la parte que confiaba en Daniel—, estaba impaciente por regresar a su sitio, a la época y al lugar que le correspondían.

Daba la impresión de que llevaban mucho tiempo viajando, pero ¿quién sabe cómo funcionaba el tiempo en las Anunciadoras? Shelby se preguntaba, algo nerviosa, si al volver descubrirían que habían pasado segundos o años.

—En cuanto lleguemos a la Escuela de la Costa, voy a ir derecho a darme una ducha caliente —dijo Miles.

—Sí, bien pensado. —Shelby se acercó a la nariz un buen pedazo de su gruesa coleta rubia y la olisqueó—. Quitarme del pelo esta peste a Anunciadora. Si es que es posible.

—¿Sabes qué? —Miles se acercó y bajó la voz, aunque no había nadie por ahí. Era raro que la Anunciadora los hubiera dejado tan lejos del recinto de la escuela—. Igual esta noche deberíamos entrar en el comedor y pillar galletas de esas hojaldradas...

—¿Las de mantequilla? ¿Esas que vienen en un tubo? —A Shelby se le pusieron los ojos como platos. Otra idea estupenda de Miles. No le venía mal tenerlo cerca—. Hummm, cómo he echado de menos la Escuela de la Costa. Me alegra estar de vuelta.

Cruzaron el perímetro arbolado y un prado se abrió ante ellos. Entonces Shelby cayó en la cuenta: no veía ninguno de los edificios de la Escuela de la Costa porque no estaban allí.

Miles y ella estaban... en algún otro sitio.

Se detuvo un momento y echó un vistazo a la ladera que los rodeaba. La nieve forraba las ramas de unos árboles que, de pronto, descubrió que no eran secuoyas californianas. Tampoco el camino embarrado y cubierto de nieve derretida de delante era la autopista de la Costa del Pacífico. Descendía varios kilómetros por la ladera hacia una ciudad de aspecto asombrosamente antiguo protegida por una inmensa muralla de piedra negra.

La imagen le recordaba uno de esos viejos tapices descoloridos en los que los unicornios retozaban delante de ciudades medievales que algún ex novio de su madre la había arrastrado a ver alguna vez en el Getty.

—¡Creía que estábamos en casa! —chilló Shelby, en un tono entre el bramido y el gemido. ¿Dónde estaban?

Se detuvo al borde del tosco camino y contempló la embarrada desolación que se presentaba ante sus ojos. No había nadie a la vista. Daba miedo.

—Yo también lo creía. —Miles se rascó la gorra, sombrío—. Supongo que no hemos vuelto del todo a la Escuela de la Costa.

—¿Del todo? Mira este conato de carretera. Y esa especie de fortaleza de ahí abajo —dijo espantada—. Y esos puntitos que se mueven... ¿son caballeros? Salvo que estemos en algún parque temático, ¡hemos ido a parar a la Edad Media! —Se tapó la boca—. Más vale que no pillemos la peste. Pero ¿qué Anunciadora abriste en Jerusalén?

—No sé. Yo solo...

—¡Jamás conseguiremos volver a casa!

—Que sí, Shel. He leído algo sobre esto... creo. Hemos retrocedido en el tiempo por saltar a través de las Anunciadoras de otros ángeles, así que quizá tengamos que volver a casa de ese modo también.

—Vale, ¿y a qué esperas? ¡Abre otra!

—No funciona así. —Miles se caló un poco más la gorra. Shelby apenas le veía la cara—. Tendremos que buscar a uno de los ángeles, y pedir prestada otra sombra.

—Lo dices como el que pide prestado un saco de dormir para una acampada.

—Escucha: si encontramos una que se cierna sobre el siglo al que pertenecemos de verdad, podremos volver a casa.

—Y eso ¿cómo se hace?

Miles negó con la cabeza.

—Pensé que lo había hecho cuando estábamos con Daniel en Jerusalén.

—Tengo miedo. —Shelby se cruzó de brazos y tembló de frío—. ¡Haz algo!

—No puedo hacer algo así, sin más, y menos si te pones a gritar.

—¡Miles! —Shelby se quedó paralizada. ¿Qué era ese estruendo que se oía a sus espaldas? Algo se estaba acercando por el camino con cierto estrépito.

—¿Qué?

Un carro destartado tirado por un caballo chirriaba hacia ellos. El ruido de los cascos era cada vez más fuerte. Enseguida, quien condujera el carro coronaría el cerro y los vería.

—¡Escóndete! —gritó Shelby.

La silueta de un hombre robusto sosteniendo las riendas de dos caballos pintos, de color pardo y blanco, emergió de repente en lo alto del camino. Shelby agarró a Miles por el cuello de la camisa. El joven se estaba toqueteando nervioso la gorra y, al ocultarlo de un tirón tras el tronco de un roble, la llamativa gorra azul se le cayó de la cabeza.

Shelby vio cómo la gorra —que formaba parte del vestuario de Miles desde hacía años— salía volando por los aires como un arrendajo azul y caía en picado a un ancho charco de barro marrón claro de la carretera.

—Mi gorra —susurró Miles.

Mientras estaban acurrucados, muy cerca el uno del otro y con la espalda pegada a la recia corteza del árbol, Shelby lo miró. Se sorprendió al ver su rostro totalmente despejado. Sus ojos parecían más grandes. El pelo despeinado. Lo encontró... guapo, como si acabara de conocerlo. Cortado, Miles se estiró aún más su pelo chafado.

Shelby carraspeó y aclaró sus ideas.

—En cuanto pase el carro, la recogemos, pero no te muevas hasta que ese tío se haya largado.

Sentía el cálido aliento de Miles en su nuca y el hueso de su cadera clavándosele en el costado. ¿Cómo podía estar tan delgado? Comía como una fiera, aunque mucha más carne que patatas. Al menos, eso diría la madre de Shelby si algún día lo conocía, cosa que jamás sucedería si no encontraban una Anunciadora que los devolviera al presente.

Miles se revolvió en su sitio, esforzándose por no perder su gorra de vista.

—Estate quieto —le dijo Shelby—. Ese tío podría ser algún bárbaro.

Miles sostuvo un dedo en alto y ladeó la cabeza.

—Escucha. ¡Va cantando!

La nieve crujió bajo los pies de Shelby mientras estiraba el cuello alrededor del tronco para ver acercarse el carro. El conductor era un hombre rubicundo, con el cuello de la camisa sucio, unos pantalones desaliñados, sin duda hechos a mano, y un colosal chaleco de piel que llevaba ceñido a la cintura con un cinto de cuero. La gorrita de fieltro azul le quedaba como un grotesco lunar en medio de la calvorota.

Su canción presentaba el tono optimista y estridente de una tonada de tasquilla, ¡y la cantaba a voz en grito! El ruido de cascos casi acompañaba a modo de percusión su voz estridente:

—«A la ciudad, en busca de doncella, doncella fresca, doncella pechugona.

Rumbo a la ciudad en busca de esposa, al atardecer, mi enamorada en San Valentín».

—Qué nivel —dijo Shelby con ironía. Pero al menos identificó el acento del tipo, una pista—. Me da que estamos en la alegre vieja Inglaterra.

—Y a mí que hoy es San Valentín —dijo Miles.

—Genial: veinticuatro horas para gozar de mi triste soltería al estilo medieval.

Dijo esto último con un gesto dramático, pero Miles estaba demasiado ocupado observando el paso del burdo carro de madera para darse cuenta.

Los jamelgos iban guarnecidos de bridas y arneses diferentes de azul y blanco. Se les marcaban las costillas. El tipo viajaba solo, sentado en un banco de madera podrida en la cabecera del carro, que era del tamaño de la caja de carga de una camioneta e iba cubierto de una recia lona blanca. Shelby no pudo ver lo que el hombre transportaba, pero, fuera lo que fuese, era pesado. Los caballos sudaban pese al frío glacial, y los tablones de madera de la base del carro se combaban y estremecían en su avance hacia la ciudad amurallada.

—Deberíamos seguirlo —dijo Miles.

—¿Para qué? —rezongó Shelby—. ¿Buscas doncella fresca y pechugona?

—Busco a alguien conocido cuya Anunciadora podamos usar para volver a casa. Tu bálsamo, ¿recuerdas? —Le separó los labios con el pulgar. Aquella caricia la hizo enmudecer momentáneamente—. Nos resultará más fácil dar con alguien en la ciudad.

Las ruedas del carro surcaban el barrizal entre chirridos, y hacían que el conductor se bamboleara de un lado al otro. Pronto estuvo lo bastante cerca para que Shelby comprobara la tosquedad de su barba, densa y negra como su chaleco de piel de oso. Le falló la nota de la última sílaba sostenida de «enamorada» y tomó una bocanada de aire para volver a empezar. Luego interrumpió bruscamente su canción.

—¿Qué es eso? —gruñó.

Shelby pudo ver que sus manos, rojas y agrietadas por el frío, tiraban con fuerza de las riendas para detener a los caballos. Los escuálidos animales relincharon y se detuvieron a un paso de la llamativa gorra de béisbol azul de Miles.

—No, no, no —masculló Shelby por lo bajo. Miles palideció.

El hombre descolgó su sebosa corpulencia del asiento y plantó las botas en el barro grueso. Se acercó a la gorra, se agachó gruñendo y, en un visto y no visto, se hizo con ella.

Shelby oyó a Miles tragar saliva.

Tras un golpe en los calzones ya sucios, la gorra quedó medio limpia. Sin decir una sola palabra, el tipo dio media vuelta, se subió de nuevo al carro y metió la gorra bajo la lona que cubría la parte de atrás.

Shelby se miró y, estudiando su sudadera verde con capucha, trató de imaginar la reacción del hombre si la viera salir de detrás de un árbol vestida con aquella ropa

rara del futuro para recuperar su recién adquirido trofeo. La idea no era muy tranquilizadora.

Mientras Shelby se acobardaba, el hombre tiró de las riendas, el carro volvió a rodar rumbo a la ciudad, y la desafinada cantinela sonó de nuevo por enésima vez.

La había vuelto a fastidiar.

—Ay, Miles, lo siento.

—Hay que seguirlo como sea —dijo Miles, algo desesperado.

—¿En serio? —preguntó Shelby—. Solo es una gorra.

Entonces miró a Miles. Aún no estaba acostumbrada a verle la cara. Las mejillas que siempre había considerado aniñadas, ahora le parecían más fuertes, más angulosas, y sus iris brillaban con una nueva intensidad. A juzgar por su gesto alicaído, para Miles no era «solo una gorra». Ignoraba si tenía un valor sentimental o solo le traía suerte, pero haría lo que fuera por borrar aquella expresión de su rostro.

—Muy bien —espetó Shelby—. Vamos a por ella.

Antes de que Shelby pudiera procesar lo que ocurría, Miles la cogió de la mano. La notó fuerte, segura y algo impulsiva; luego tiró de ella hacia el camino.

—¡Vamos!

Por un momento, ella se resistió, pero entonces su mirada se cruzó con los arrebatadores ojos azules de Miles, y una oleada de júbilo la derribó.

Al poco, corrían por un camino medieval nevado, dejando atrás campos yermos por el invierno, cubiertos de una reluciente manta blanca que revestía los árboles y salpicaba el sucio camino. Se dirigían a la ciudad amurallada de elevadas torres de aguja y estrecha entrada con foso. De la mano, con las mejillas rosadas, los labios agrietados, riendo por nada que Shelby pudiera expresar con palabras, riendo tanto que casi olvidó lo que estaban a punto de hacer. Pero entonces, cuando Miles le gritó: «¡Salta!», volvió en sí y lo hizo.

Por un instante, casi le pareció que volaba.

Un leño nudoso formaba el ballestón posterior del carro, de la anchura mínima para guardar el equilibrio. Lo rozaron con los pies y aterrizaron en él de pura chiripa.

Por poco tiempo. El carro entró en un surco y se sacudió violentamente. El pie de Miles se deslizó y Shelby no pudo seguir sujetándose a la lona de la carreta. Sus dedos se escurrieron, sus brazos se agitaron, y Miles y ella salieron despedidos. De bruces al barro.

¡Chof!

Shelby gruñó. Le dolían las costillas. Se quitó el barro frío de los ojos y escupió un buche de aquella porquería, después miró el carro, cada vez más pequeño. La gorra de Miles se había esfumado.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Él se limpió la cara con el bajo de la camiseta.

—Yo sí. ¿Y tú? —Al verla asentir, Miles sonrió—. Pon la cara que pondría Francesca si supiera donde estamos ahora mismo. —Se lo pidió con desenfado, pero Shelby sabía que en el fondo estaba hecho polvo.

Aun así, le siguió el juego. Le encantaba imitar a la imponente profesora de la Escuela de la Costa. Salió del charco, se alzó sobre los codos, sacó pecho y se pellizcó la nariz.

—Supongo que me negarán que se proponían deshonar el legado de la Escuela de la Costa. ¡No quiero ni imaginar lo que dirá la pijísima dirección del centro! Y, por si no lo saben, me he roto una uña al borde de una Anunciadora intentando localizarlos a los dos.

—Venga, venga, Frankie. —Miles ayudó a Shelby a salir del barro al tiempo que ponía voz grave para imitar a Steven, el marido demonio, más relajado, de Francesca—. No nos excedamos con los nefilim. Con un semestre de fregar retretes bastará para que aprendan la lección. A fin de cuentas, su error partió de nobles intenciones.

Nobles intenciones. Encontrar a Luce.

Shelby tragó saliva, y sintió que la invadía la tristeza. Habían formado equipo, los tres. Los equipos no se disuelven.

—No la hemos dejado tirada —le dijo Miles con ternura—. Ya oíste a Daniel. Solo él puede encontrarla.

—¿Crees que la habrá encontrado ya?

—Eso espero. Dijo que lo haría, pero...

—Pero ¿qué? —preguntó Shelby.

Miles hizo una pausa.

—Luce estaba bastante cabreada cuando nos dejó a todos en el patio. Confío en que, cuando Daniel la encuentre, lo perdone.

Shelby miró fijamente a un Miles bañado en barro, consciente de lo mucho que en su día a él le había importado Luce. Debía reconocer que ella nunca había sentido eso por nadie. De hecho, lo suyo era salir siempre con los tíos más impresentables. ¿Phil? ¡Venga ya! Si no se hubiera encaprichado de él, los Proscritos jamás habrían localizado a Luce y esta no habría tenido que saltar por la Anunciadora, y Miles y ella no estarían atrapados allí ahora. Cubiertos de barro.

Pero la cuestión no era esa, lo que la dejaba alucinada era que Miles no estuviera más mosqueado al ver a Luce coladísima por otro. Y no lo estaba. Miles era así.

—Lo perdonará —declaró Shelby al fin—. Si alguien me quisiera lo bastante como para surcar varios milenios solo para encontrarme, yo se lo perdonaría todo.

—Ah, ¿con eso bastaría? —Miles le dio un codazo.

Sin pensarlo, Shelby le respondió dándole un guantazo en el estómago con el dorso de la mano. Así era como bromeaban su madre y ella, como colegas o algo así, pero Shelby solía ser bastante más reservada con las personas que no formaban parte

de su núcleo familiar. Qué raro.

—¡Eh! —Miles interrumpió sus pensamientos—. Tú y yo debemos centrarnos en llegar a la ciudad, encontrar a un ángel que pueda ayudarnos y volver a casa.

«Y, de paso, recuperar esa gorra», se dijo Shelby para sus adentros mientras Miles y ella echaban a correr detrás del carro rumbo a la ciudad.

La taberna estaba a kilómetro y medio de la muralla de la ciudad, el único establecimiento en medio de un descampado. Era un pequeño edificio de madera con un letrero batiente del mismo material y grandes barriles de cerveza pegados a las paredes.

En su carrera, Shelby y Miles habían dejado atrás cientos de árboles privados de hojas por el frío, y pedazos de nieve sucia y medio derretida sobre el camino serpentino y lleno de baches que conducía a la ciudad. Lo cierto es que no había gran cosa que ver. De hecho, habían perdido de vista el carro cuando a Shelby le había dado un pinchazo en el costado y habían tenido que frenar un poco, pero, de repente, providencialmente, lo vieron aparcado en la puerta de la taberna.

—Ese es nuestro hombre —dijo Shelby—. Habrá parado a tomar algo. Capullo. Le arrebataremos la gorra y seguiremos nuestro camino.

Miles asintió, pero cuando rodearon la parte trasera de la carreta, Shelby vio al tipo con su chaleco de piel a la entrada de la taberna y se le cayó el alma a los pies. No oía lo que decía, pero llevaba la gorra de Miles en la mano y presumía de ella delante del tabernero como si se tratara de una joya poco común.

—Vaya —dijo Miles decepcionado. Luego alzó los hombros—. Ya me compraré otra. En California las venden por todas partes.

—Hummm, vale. —Shelby dio un tortazo de frustración sobre la lona del carromato de aquel tipo. La fuerza del golpe hizo que se levantara una esquina y pudiera vislumbrar durante un segundo el montón de cajas que había dentro.

—Huy. —Coló la cabeza bajo la lona.

El interior era frío y olía que apestaba. Entre cachivaches de todo tipo, había jaulas de madera repletas de gallinas moteadas, pesados sacos de pienso, una bolsa de arpillera con herramientas de hierro sueltas y muchas cajas de madera. Intentó levantar la tapa de una de ellas, pero no cedió.

—¿Qué haces? —le preguntó Miles.

Shelby le dedicó una sonrisa torcida.

—He tenido una idea. —Cogió del saco de herramientas algo que parecía una palanca pequeña y levantó con ella la tapa de la caja que tenía más cerca—. Bingo.

—¿Shelby?

—Si entramos en la ciudad vestidos con esto —dijo sacando hacia fuera el forro del bolsillo de su sudadera verde con capucha para mayor énfasis—, daríamos el

cante, ¿no crees?

De nuevo bajo la lona, encontró unas ropas sencillas, descoloridas y ajadas, que probablemente la familia del carretero ya no necesitaba. Fue lanzándole esas joyitas a Miles, que se esforzaba por atraparlo todo.

Enseguida Miles, tenía en las manos un vestido de lino verde claro con mangas de campana y una franja dorada bordada en el centro, un par de medias de amarillo limón y un gorrito a modo de griñón de lino gris parduzco.

—¿Y tú qué te pones? —bromeó Miles.

Shelby tuvo que hurgar en media docena más de cajas de andrajos, clavos torcidos y piedras pulidas para encontrar algo que le valiera a Miles. Al fin, sacó una simple túnica azul de recio algodón. Lo protegería de aquel viento gélido; era lo bastante larga como para taparle las Nike y, por alguna razón, le pareció que le iba de miedo a sus ojos.

Ella se quitó la sudadera y la tiró a la parte posterior del carro. Mientras se echaba por encima del top y los vaqueros el vaporoso vestido, la piel de los brazos desnudos se le puso de gallina.

A Miles no parecía convencerle la jugada.

—Me da cosa robar lo que ese tipo probablemente pensaba vender en la ciudad —le susurró.

—Karma, Miles. Él te ha robado la gorra.

—No, él se ha encontrado mi gorra. ¿Y si tiene una familia a la que mantener?

Shelby silbó en voz baja.

—Tú no sobrevivirías en los barrios bajos, hijo —dijo encogiéndose de hombros—, salvo que me llevaras contigo para que te protegiera. Mira, hoy por ti mañana por mí; compensaremos al universo de algún modo. Mi sudadera... —La metió en una caja—. ¿Quién sabe? Igual las sudaderas con capucha se convierten en la prenda más *fashion* de la próxima temporada en los anfiteatros anatómicos o donde se diviertan por estos lares.

Miles le puso el gorrito encima de la cabeza, pero, con la coleta, no le entraba, así que le quitó la goma. La melena rubia de Shelby se desparramó sobre sus hombros. Ahora era ella quien se sonrojaba. Su pelo era un descontrol y jamás lo llevaba suelto, pero los ojos de Miles se iluminaron mientras le colocaba el gorro en la cabeza.

—Milady. —Le tendió la mano, galante—. ¿Me concedéis el placer de acompañarme a esta bella ciudad?

Si Luce hubiera estado allí, cuando los tres no eran más que amigos y las cosas eran algo menos complicadas, Shelby habría sabido responder a aquella broma con otra. Luce habría puesto su vocecilla de recatada damisela en apuros y habría tildado a Miles de caballero de resplandeciente armadura o alguna parida así, a lo que Shelby habría podido replicar con cualquier comentario sarcástico y los tres se habrían

partido de risa, y aquella extraña tensión que Shelby sentía entre sus hombros, la opresión que notaba en su pecho, no habría existido. Todo habría sido natural, normal.

Pero estaban ellos dos solos.

Juntos. Solos.

Se volvieron hacia la muralla de piedra negra que cercaba la ciudad, presidida por un torreón central. De las pértigas de hierro de la alta torre colgaban banderas de color caléndula. El aire olía a carbón y a heno enmohecido. Del interior de los muros llegaba música, de lira, quizá, y tambores de cuero fino. En alguna parte de ahí dentro, eso esperaba Shelby, habría un ángel cuya Anunciadora podría devolverlos al presente, a su época.

Miles seguía tendiéndole la mano, y mirándola como si no fuera consciente de lo intenso que era el azul de sus ojos. Shelby respiró hondo y posó su mano en la de él. Miles le dio un ligero apretón y los dos se dirigieron con calma a la ciudad.

Extraño bazar

Adiós a la paz del campo. Ya en la entrada de la ciudad se oía un gran alboroto, y, a ambos lados del camino que conducía a los altos muros negros, sobre la hierba —en esos momentos del invierno, más bien unas briznas marrón grisáceas—, se había improvisado una especie de campamento con tiendas de campaña. Las tiendas eran sin duda parte de un decorado provisional, como si se tratase de un festival de fin de semana o algo parecido. Aquel caos alborozado de gente apelotonada a Shelby le recordaba el festival de Bonnaroo, del que había visto fotos en internet. Se fijó en lo que llevaba la gente: por lo visto, el griñón estaba de moda. No le pareció que Miles y ella llamaran demasiado la atención.

Los chicos se unieron a la multitud que cruzaba las puertas y siguieron la riada de personas, que parecía fluir en una sola dirección: hacia el mercado de la plaza central. Ante ellos se alzaban los torreones, parte de un gran castillo asentado en las lindes de la muralla. La piedra angular de la plaza era una iglesia gótica, modesta pero atractiva (Shelby la identificó por las elevadas torres picudas). De la plaza del mercado —atestada, caótica, apestosa y llena de vida, el típico lugar al que uno acudía en busca de cualquier cosa o persona— partía un laberinto de calles y callejones grises.

—¡Lino! ¡Dos rollos por diez peniques!

—¡Velas! ¡De la mejor calidad!

—¡Cerveza de cebada! ¡Cerveza fresca de cebada!

Shelby y Miles tuvieron que apartarse de pronto para esquivar a un fraile fornido que empujaba una carreta con jarras de loza llenas de cerveza de cebada. Observaron su ancha espalda cubierta por una túnica gris mientras se abría paso por el abarrotado mercado. Shelby empezó a seguirlo, por tener un poco de espacio, pero al poco la masa maloliente de ciudadanos parlanchines llenó el hueco.

Era casi imposible dar un paso sin tropezarse con alguien.

Había tanta gente en la plaza —regateando, chismorreando, dando manotazos a los pillos que robaban manzanas— que nadie prestó ninguna atención a Miles y Shelby.

—¿Cómo narices vamos a encontrarnos con algún conocido en este pozo negro? —Shelby se agarró con fuerza a la mano de Miles cuando la pisaron por enésima vez. Aquello era peor que el concierto de Green Day en Oakland, donde se había magullado dos costillas en el mogollón.

Miles estiró el cuello.

—No sé. Igual aquí todos se conocen. —Miles era más alto que la mayoría de los

presentes, por lo que no lo estaba pasando tan mal.

Él respiraba aire puro y tenía despejado su campo de visión, pero ella notaba que le iba a dar un ataque de claustrofobia: ya sentía el típico sofoco en las mejillas. Histérica, se tiró con fuerza del cuello alto del vestido y oyó que estallaban unos puntos.

—¿Cómo respira la gente con estas cosas?

—Inspirando por la nariz y espirando por la boca —la instruyó Miles, haciéndole una breve demostración, hasta que el hedor lo obligó a arrugar la nariz—. Esto... Mira, allí hay un pozo. ¿Bebemos?

—Seguro que cogemos el cólera —masculló Shelby, pero Miles ya se alejaba, y tiraba de ella.

Para llegar al pozo tuvieron que pasar por debajo de una cuerda de tender combada por el peso de la ropa casera mojada, por encima de un pequeño desfile de gallos negros, sucios y ruidosos, y junto a un par de hermanos pelirrojos que vendían peras por las calles. El pozo era algo arcaico: un hoyo marcado por un anillo de piedras y un trípode de madera sobre la boca. Un cubo mohoso colgaba de una polea primitiva.

A los pocos segundos, Shelby ya podía respirar otra vez.

—¿La gente bebe de esa cosa?

Entonces pudo ver que, aunque el mercado ocupaba casi todo el espacio abierto de la plaza, no era el único espectáculo de la ciudad. A un lado del pozo se habían dispuesto unos maniqués medievales vestidos de arpillera, y unos chavales, armados con espadas de madera, jugaban a ser caballeros y ensayaban sus lances con aquellos predecesores de los muñecos de simulación de accidentes. Los juglares se paseaban por las orillas del mercado, cantando canciones curiosamente hermosas. Incluso el pozo tenía su pequeño cometido.

Shelby se fijó en que había una manivela de madera para subir el cubo. Un chico vestido con unas mallas de ante apretados, se acercó e introdujo un cacillo de agua en el cubo; se lo tendió a una chica de ojos enormes y muy abiertos que llevaba una ramita de acebo detrás de la oreja. Ella apuró el cucharón en un par de tragos grandes, mirando embobada al chico, y sin reparar en el agua que le escurría por la barbilla y le mojaba el bonito vestido crema.

Cuando hubo terminado, el chico le pasó el cacillo a Miles guiñándole un ojo. Shelby no tenía claro si le gustaba lo que ese guiño insinuaba, pero tenía demasiada sed para montar un numerito.

—Habéis venido a la feria de San Valentín, ¿verdad? —le preguntó la muchacha con una voz plácida como un lago.

—Eh... pues nosotros...

—Desde luego —intervino Miles con un horrible acento británico fingido—.

¿Cuándo empiezan las celebraciones?

Sonaba ridículo, pero contuvo la risa por no delatarlo. No sabía bien qué pasaría si los descubrían, pero había leído cosas sobre empalamientos y aparatos de tortura como la rueda y el potro... «Bálsamo labial, Shelby. Sé positiva. Chocolate a la taza, ejercicios de yoga al aire libre y *realities* en la tele. Céntrate en eso». Iban a salir de allí. Debían salir de allí.

El chico cogió a la chica por la cintura, cariñoso.

—Muy pronto. Mañana es la fiesta.

—Pero, como veis —dijo la chica, abarcando con el gesto todo el mercado—, casi todos los enamorados han llegado ya. ¡No olvides echar tu nombre a la urna de Cupido antes de que se ponga el sol! —le dijo a Shelby con un golpecito en el brazo.

—Ah, claro. Tú tampoco —masculló Shelby, violenta, como cuando el personal de facturación le deseaba buen viaje. Se mordió el carrillo mientras los tortolitos decían adiós con la mano y enfilaban la calle con paso sereno, cogidos del brazo.

Miles agarró a Shelby del suyo.

—¿No es genial? ¡Una feria de San Valentín!

Y eso lo decía un chico tímido que jugaba al béisbol y al que Shelby había visto una vez comerse nueve perritos calientes de una tacada. ¿Desde cuándo se entusiasmaba Miles por una bobada de fiesta de San Valentín?

Estaba a punto de hacer un comentario sarcástico cuando se percató de que Miles parecía... esperanzado. Como si de verdad le hiciera ilusión ir. ¡Con ella! No sabía por qué, pero no quería aguarle la fiesta.

—Sí, sí. Genial. —Se encogió de hombros como si nada—. Será divertido.

—No. —Miles negó con la cabeza—. Me refería a que... si hay ángeles caídos por aquí, estarán en esa fiesta. Allí encontraremos a alguien que nos ayude a volver.

—¡Ah! —Shelby se aclaró la garganta. Claro, se refería a eso—. Sí, buena idea.

—¿Qué sucede? —Miles hundió el cacillo en el cubo y se dispuso a acercarle el agua fría a los labios, pero se detuvo, limpió el borde con la manga y luego volvió a tendérselo.

Shelby notó que volvía a sonrojarse sin motivo, así que cerró los ojos y bebió, con la esperanza de no pillar alguna terrible enfermedad que terminara matándola. Cuando hubo acabado, contestó:

—Nada.

Miles sumergió de nuevo el cucharón y bebió un buen trago, explorando entretanto la multitud.

—¡Mira! —espetó, soltando el recipiente dentro del cubo y señalando detrás de Shelby, a una plataforma elevada en la orilla de los puestos del mercado, donde tres chicas se partían de risa. Entre ellas había un puchero alto de estaño con el borde estriado. Era más viejo que la tos y bastante feo, una de esas «obras de arte»

carísimas que Francesca tendría en su despacho de la Escuela de la Costa—. Eso debe de ser la urna de Cupido.

—Ah, sí, sí, está claro. La urna de Cupido —asintió Shelby con sarcasmo—. ¿Qué demonios significa eso? ¿No crees tú que Cupido habría tenido mejor gusto?

—Es una tradición de la Roma clásica —dijo Miles, poniéndose en plan profe, como siempre. Viajar con él era como llevar encima una enciclopedia—. San Valentín antes era Lupercalia —añadió con entusiasmo.

—¿Luper... qué? —dijo Shelby en tono socarrón. Luego se fijó en la expresión de Miles, tan grave y tan sincera.

Al notar que lo miraba fijamente, él se llevó la mano instintivamente a la gorra de béisbol para calársela un poco más. Un acto reflejo. Sus manos solo encontraron aire.

Se estremeció, como avergonzado, e intentó meterse la mano en el bolsillo de los vaqueros, pero la recia túnica azul le tapaba los pantalones, así que no pudo más que cruzarse de brazos.

—La echas de menos, ¿verdad?

—¿El qué?

—La gorra.

—¿Esa reliquia? —Miles se encogió de hombros demasiado rápido—. Qué va. Si ni siquiera me acordaba. —Volvió la cara y miró a la plaza sin ver realmente.

Shelby lo cogió del brazo un instante.

—¿Qué decías de Luper... como se llame?

Él volvió a mirarla, esta vez con recelo.

—¿De verdad quieres saberlo?

—¿El Papa viste de Prada?

Miles sonrió al fin.

—En realidad, Lupercalia no era más que una celebración pagana de la fertilidad y la llegada de la primavera. Todas las mujeres casaderas de la ciudad ponían su nombre en una tira de pergamino y la echaban a una urna, como esa de ahí. Cuando los solteros sacaban un nombre de la urna, la elegida se convertiría en su enamorada durante ese año.

—¡Menuda barbaridad! —chilló Shelby. Ni de coña iba a dejar que una urna decidiera con quién iba a salir. Ya se equivocaba ella solita, gracias.

—A mí me parece tierno. —Miles se encogió de hombros y miró a otro lado.

—Ah, ¿sí? —Shelby giró la cabeza para mirarlo—. A ver, igual mola... Pero todo esto de la urna es de antes de que el festival tuviera nada que ver con San Valentín, ¿no?

—Cierto —contestó Miles—. Al final, se involucró la Iglesia. Querían controlar la celebración, así que le asignaron un santo. Lo hicieron con muchas otras fiestas y tradiciones paganas. Como si, siendo suyas, dejaran de constituir una amenaza.

—Machismo puro y duro.

—El auténtico Valentín, en vida, era conocido como defensor del romanticismo. Los que no podían casarse legalmente, como los soldados, acudían a él desde todas partes del mundo, para que los casara en secreto.

Shelby negó con la cabeza.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? O más bien, ¿por qué?

—Luce —contestó Miles sin mirarla a los ojos.

—Ah. —Shelby se sintió como si le hubieran dado un derechazo en el estómago —. ¿Te aprendiste la historia del día de San Valentín para impresionar a Luce? — preguntó, pateando la tierra—. Supongo que a algunas les molan los empollones.

—No, Shelby. Digo que esa es Luce. —La cogió por los hombros y la volvió hacia la plataforma donde estaba la urna—. Allí.

Luce llevaba un vestido marrón claro de falda ancha y el pelo recogido en tres gruesas trenzas sujetas con delgadas cintas blancas. Se la veía más pálida de lo habitual y un rubor de frío le teñía las mejillas. Daba vueltas alrededor de la urna, despacio, meditabunda, separada de las otras chicas. En medio del caos de la plaza, Luce parecía la única persona que estaba sola. Sus ojos tenían esa mirada tierna y descentrada que solía mostrar cuando estaba absorta en sus pensamientos.

—¡Shelby, espera!

Shelby ya había cruzado media plaza, casi corriendo en dirección a Luce, cuando Miles la agarró con fuerza de la muñeca. La detuvo en seco y ella se volvió, dispuesta a arremeter contra él.

Solo que, en su expresión... brillaba algo que Shelby no lograba descifrar.

—Esa es la Lucinda del pasado. No es nuestra amiga. No te va a conocer.

A Shelby no se le había ocurrido, aunque fingió que sí. Se volvió y la miró bien. Llevaba el pelo sucio —grasiento no, peor que eso: asqueroso—, algo que Luce Price jamás soportaría. Desde su punto de vista moderno, la ropa no le quedaba del todo bien, pero Lucinda parecía cómoda con ella. De hecho, parecía a gusto con todo, algo que tampoco era muy propio de Luce Price. Para Shelby, Luce era una inadaptada crónica, aunque adorable. Era una de las cosas que le encantaban de Luce. Esa chica, en cambio, parecía a gusto hasta con la triste desesperación que impregnaba todos sus movimientos. Como si estuviera tan habituada a su melancolía como a que el sol saliera cada mañana. ¿No tenía amigos que la animaran? ¿No eran para eso los amigos?

—Miles —dijo ella, agarrándole la muñeca con la mano libre y acercándose—, ya sé que accedimos a que fuera Daniel quien encontrara a nuestra Lucinda Price, pero esta chica también es la Lucinda a la que queremos, o una versión anterior de ella, y lo mínimo que podemos hacer es animarla. Mira lo deprimida que está. Mira.

Miles se mordió el labio.

—Pe... pero, por lo que sabemos de las Anunciadoras, no hay que tontear con...

—¡Hoooola! —canturreó Shelby, tirando de Miles hasta llegar junto a Lucinda. Ignoraba de dónde había sacado el acento sureño, salvo de oír hablar a la madre de la Luce del presente el día de Acción de Gracias en Georgia. Tampoco tenía ni idea de qué pensarían los británicos medievales de aquel acento suyo, pero ya era demasiado tarde.

Miles, a solo unos metros, meneó la cabeza espantado. «Ha sido un accidente», le dijo Shelby con la mirada.

Lucinda estaba tan sumida en su tristeza que ni se había percatado. Shelby tuvo que plantarse delante de ella y agitar una mano delante de su cara.

—Ah —dijo Luce, mirando extrañada a Shelby sin reconocerla—. Buenos días. Shelby no debería haberse ofendido, pero lo hizo.

—¿Nos... nos conocemos? —balbució Shelby—. Me parece que mi primo de... Windsor conoce a un tío tuyo por parte de padre... ¿o era al revés?

—Lo siento, pero no lo creo, aunque quizá...

—Eres Lucinda, ¿a que sí?

Lucinda se sobresaltó, y Shelby vio en sus ojos un destello que le era familiar.

—Sí.

Shelby se llevó la mano al corazón.

—Yo soy Shelby. Este es Miles.

—Curiosos nombres. ¿Venís del norte?

—Desde luego. —Shelby se encogió de hombros—. Muy del norte. Tanto que nunca habíamos estado en esta fiesta vuestra de San Valentín. ¿Vais a arrojar vuestro nombre en la urna?

—¿Yo? —Lucinda tragó saliva y se llevó la mano al hueco del cuello—. La idea de que un golpe de suerte pueda decidir el destino de mi corazón no me atrae nada.

—Que ya tienes tu tiarrón, ¿eh? —soltó Shelby con un codazo de complicidad, olvidando que, en realidad, no se conocían y que sus palabras podrían resultar bruscas y su sarcasmo inoportuno a la sensibilidad medieval de Lucinda—. Digo..., ¿os gusta algún caballero, milady?

—Estaba enamorada —contestó Lucinda, sombría.

—¿«Estabais»? —repitió Shelby—. Querréis decir que estáis enamorada.

—Lo estaba. Pero él se ha ido.

—¿Daniel te ha dejado? —Miles estaba colorado como un tomate—. Digo... ¿cómo se llamaba?

Pero Lucinda no parecía haberlo oído.

—Nos conocimos en la rosalada del castillo de su señor. Reconozco que había entrado allí sin permiso, pero veía a tantas damas ir y venir, y la puerta estaba abierta, y las flores eran tan hermosas...

Cruzó las manos y, llevándoselas al corazón, suspiró con hondo pesar.

—Ese primer día, me tomó por una joven de mayor estatus. De clase social alta. Llevaba puesta mi mejor túnica y el pelo entretejido de flores de espino, como lo llevan muchas damas. Me quedaba precioso, pero me temo que no fui sincera.

—Ay, Lucinda —dijo Shelby—, ¡estoy segura de que, a sus ojos, sois una dama!

—Daniel es un caballero. Debe casarse con una dama digna. Mi familia es gente corriente. Mi padre es hombre libre, pero cultiva grano, como lo hacía su padre. —Luce parpadeó y una lágrima le rodó por la mejilla—. Ni siquiera le dije a mi amor cómo me llamo.

—Si os amaba, y estoy seguro de que así es, sabrá vuestro nombre —dijo Miles.

Lucinda se estremeció mientras inspiraba hondo.

—La semana pasada, como parte de sus deberes de caballero para con su señor, acudió a casa de mi padre en busca de huevos para la fiesta de San Valentín. Era el aniversario de mi bautismo y lo celebrábamos. Cuando vi el rostro de mi amado al hallarme en mi humilde hogar... quise impedir que se fuera, pero se marchó sin decir una palabra. Lo he buscado en todos nuestros escondites, en el roble hueco del bosque, en la franja norte de la rosaleda al anochecer... pero no he vuelto a saber de él.

Shelby y Miles se miraron. Obviamente, a Daniel le daba igual de qué familia viniera Luce. Había sido el aniversario —el que se acercara al límite de su maldición— lo que le había espantado. Shelby ya estaba acostumbrada a que Daniel intentara alejarse de Luce cuando sabía que se acercaba su muerte. Él le partía el corazón para salvarle la vida. Probablemente andaría deambulando por ahí, destrozado también.

Tenía que ser así. La chica que tenía delante debía morir un centenar de veces antes de vivir la vida en la que Shelby la conocería, en la que tendría su primera ocasión de romper la maldición.

No era justo. No era justo que tuviera que morir una y otra vez y, entretanto, tuviera que sufrir de ese modo. Lucinda merecía ser feliz.

Shelby quería hacer algo por Lucinda, aunque fuera algo pequeño.

Volvió a mirar a Miles, y este arqueó una ceja como queriendo decir —o eso esperaba—: «¿Estás pensando lo mismo que estoy pensando yo?». Shelby asintió.

—Esto no es más que un gran malentendido —le dijo—. Conocemos a Daniel.

—¿De veras? —Lucinda parecía sorprendida.

—Haced una cosa: acudid a la feria mañana y os aseguro que Daniel estará allí también, y así podréis...

A Lucinda le tembló el labio, enterró el rostro en el hombro de Shelby y se echó a llorar.

—No podría soportar que sacara el nombre de otra de la urna.

—Lucinda —le dijo Miles con tanta ternura que ella dejó de llorar y lo miró de la

forma íntima en que Luce a veces lo miraba. Shelby sintió unos celos muy extraños y miró para otro lado mientras Miles le preguntaba—: ¿creéis que Daniel os ama?

Luce asintió.

—¿Y de verdad pensáis —siguió Miles— que lo que os une a Daniel es tan débil como para que la posición de vuestra familia pueda romper ese vínculo?

—Él... él no tiene elección. Lo dice el Código de los Templarios. Debe casarse...

—¡Luce! ¿Es que no sabes que tu amor es más fuerte que un estúpido código? —espetó Shelby.

Lucinda arqueó una ceja, espantada.

—¿Cómo decís? —preguntó.

Miles le dirigió a Shelby una mirada de advertencia.

—Digo... esto... que el amor verdadero es más fuerte que las meras sutilezas sociales. Si amáis a Daniel, debéis decirle cómo os sentís.

—Me siento rara. —Ruborizada, Luce se llevó una mano al pecho. Cerró los ojos y, por un instante, Shelby pensó que iba a arder allí mismo. Retrocedió un paso.

Pero no era así como funcionaba, ¿no? La maldición de Luce tenía algo que ver con el modo en que interactuaban Daniel y ella, algo que la presencia de él despertaba en ella.

—Quiero creer que lo que decís es cierto. De repente siento que nuestro amor es muy fuerte.

—¿Tanto como para que os marcharais con él si lo trajéramos al festival mañana?

Lucinda abrió los ojos. Eran grandes, feroces y de un intenso color avellana.

—Me iría con él. Iría a cualquier parte del mundo por volver a estar con él.

Su espada, su palabra

—¡H a sido genial! —chilló Shelby cuando Lucinda se fue y Miles y ella se quedaron solos en el pozo.

Los rayos de sol palidecían por el oeste. La mayoría de los ciudadanos se dirigía a casa, con las carretas y los bolsones bien llenos de provisiones para la cena. Shelby llevaba mucho tiempo sin comer, pero apenas percibió el aroma a pollo asado y patata hervida que flotaba en el aire. La movían los vapores de su propia exaltación.

—¡Cómo hemos sintonizado hace un rato tú y yo! Era como si yo pensara algo y tú lo dijeras, ¡qué pasada de sincronización!

—Lo sé. —Miles sumergió el cacillo en el cubo y bebió un trago largo de agua. El sol le había marcado las pecas. Shelby aún no se había acostumbrado a lo distinto que estaba sin su gorra—. Tenías razón, me ha gustado animar un poco a Luce. Aunque no sea la nuestra. —Miles se volvió de pronto a la izquierda, como si hubiera oído algo. Su cuerpo se tensó.

—¿Qué pasa? —preguntó Shelby.

Pero entonces los hombros le cayeron un poco más de lo normal.

—Nada. Me había parecido ver una Anunciadora, pero no.

Shelby no quería pensar en Anunciadoras; estaba demasiado emocionada.

—¿Sabes lo que sería flipante? —le preguntó, sentándose en el borde del pozo—. Que pudiéramos ir a comprarles algo, alguna bobada de encajes para Luce y decirle que es de Daniel. Yo podría escribir un poema bonito: «las rosas son rojas» o lo que sea. Oye, igual eso es una novedad para estos palurdos medievales. Y podríamos...

—¡Shelby! —la interrumpió Miles—. ¿Qué tal si volvemos a casa? No pintamos nada aquí, ¿recuerdas? Ya hemos ayudado a Lucinda animándola a que vaya a la feria de San Valentín, pero no podemos hacer nada para cambiar el curso de su maldición. Debemos encontrar una Anunciadora.

—Bueno, ya sabes que esté donde esté Luce los demás siempre andan muy cerca —dijo Shelby enseguida—. Si encontráramos a Daniel, podríamos matar dos pájaros de un tiro: él iría a la feria y nosotros volveríamos a la Escuela de la Costa.

—No estoy seguro de que sea tan fácil llevar a Daniel a la feria.

—¡Entonces no podemos volver a casa! ¡No hasta que cumplamos la promesa que le hemos hecho a Luce! No quiero decepcionarla yo también. —De pronto, Shelby se sintió alicaída—. Se merece algo mejor.

Miles espiró lentamente. Paseó nervioso alrededor del pozo, el ceño fruncido: su cara de pensar.

—Tienes razón —dijo al fin—. ¿Qué más da un día más?

—¿En serio? —chilló Shelby.

—Pero ¿dónde vamos a encontrar a Daniel? ¿No ha hablado Luce de un castillo? —inquirió Miles—. Podríamos localizarlo y...

—Conociendo a Daniel, seguro que estará mustio por cualquier parte. Y eso quiere decir cualquier parte.

Shelby oyó ruido de cascos y se volvió hacia la ancha calle central del mercado. Más allá de los puestos de los comerciantes, que cerraban ya, divisó un caballo regio, blanco como la nieve.

Cuando pasó el último toldo y pudo verlo bien, Shelby hizo un aspaviento.

La figura anclada a la silla de cuero negro forrada de piel de armiño —y a la que Miles y la mayoría de los ciudadanos observaban con descarado sobrecogimiento— era un verdadero caballero de resplandeciente armadura.

El caballero, de anchas espaldas y rostro oculto por la visera, atravesó la plaza con imperioso aire noble. Las planchas de acero remachadas le empezaban en los pies, sujetos en dos recios estribos. Llevaba las piernas enfundadas en bruñidas espinilleras y la cota de malla tan ajustada que se le pegaba a los costados musculosos. El yelmo era plano por arriba, con dos planchas curvadas que se cerraban sobre su nariz. La visera disponía de diminutos orificios para la respiración y unas ranuras estrechas a la altura de los ojos. Era alarmante que él pudiera verlos del todo y ellos solo su cegador exterior.

En la vaina sujeta al costado izquierdo, llevaba una espada, y sobre la armadura, una larga túnica blanca con una cruz roja en el pecho, igual que una que Shelby creía haber visto en una peli de los Monty Python.

—¿Por qué no le preguntamos a él? —propuso Shelby.

—¿En serio?

Shelby vaciló. Claro que le inquietaba acercarse a un caballero de carne y hueso, pero ¿cómo si no iban a encontrar a Daniel?

—¿Se te ocurre algo mejor? —Señaló a la imponente figura—. Es un caballero. Daniel también. Es muy probable que se muevan en los mismos círculos, ¿no?

—Vale, vale, pero una cosa, Shel... —Miles se interrumpió para inspirar, algo que hacía cuando estaba nervioso. O cuando pensaba que iba a herir los sentimientos de Shelby—: intenta dejar de lado ese acento sureño, ¿eh? Aunque haya colado con la embobada Lucinda, debemos procurar integrarnos. Recuerda lo que nos dijo Roland de fastidiar el pasado.

—Me integro, me integro. —Bajó de un salto del borde del pozo, se irguió como imaginaba que lo hacían las damas elegantes de la época, le hizo un guiño a Miles que le quedó algo raro y se encaminó al caballero.

Pero no había dado ni dos pasos cuando el caballero se volvió hacia ella, se alzó

la visera y le dedicó una mirada furiosa, una mirada que Shelby ya había sufrido antes.

Hablando del rey de Roma. ¿No acababa de mencionar Miles a Roland Sparks?

Los ojos de Roland oscilaban entre Shelby y Miles, incrédulos. Era evidente que los reconocía, o sea, que aquel era el Roland de su presente, al que habían visto por última vez en el campo de batalla del patio de Lucinda Price. Lo que significaba que tendrían problemas.

—¿Qué hacéis aquí vosotros dos?

Miles se plantó junto a Shelby, apoyándole las manos en los hombros, protector. Un detalle por su parte, como si no fuese a permitir que se las cargara ella sola.

—Buscamos a Daniel —contestó—. ¿Podrías ayudarnos? ¿Sabes dónde está?

—¿Ayudaros? ¿A encontrar a Daniel? —Roland arqueó las cejas, perplejo—. ¿No querrás decir a Luce, la chica mortal perdida en sus propias Anunciadoras? En buen lío os habéis metido, chicos.

—Lo sabemos, y sabemos que no deberíamos estar aquí —dijo Shelby lo más arrepentida que pudo—. Hemos llegado por accidente —añadió, alzando la vista hacia Roland, subido a su imponente caballo blanco. No sabía que los caballos fueran tan enormes—. Intentamos volver a casa, pero nos está costando encontrar una Anunciadora.

—Desde luego —resopló Roland—. Por si no tenía bastantes obligaciones, ahora me toca hacer de niñera. —Levantó una mano enguantada con despreocupación—. Enviaré a alguien a por vosotros.

—Espera. —Miles se adelantó, interrumpiendo a Roland—. Habíamos pensado que, ya que estamos aquí, podíamos hacerle un favor a Luce. Ya sabes, la de esta época. Nada especial, solo alegrarle un poco la vida. Daniel la ha dejado.

—Ya sabes cómo se pone a veces —intervino Shelby.

—Alto ahí. ¿Habéis visto a Lucinda? —preguntó Roland.

—Estaba destrozada —contestó Miles.

—Y mañana es San Valentín —añadió Shelby.

El corcel relinchó encabritado, y Roland tuvo que contenerlo con las riendas.

—¿Estaba dividida?

Shelby arrugó la nariz.

—¿Que si estaba qué?

—¿Que si era una unión de su yo pasado y su yo presente?

—Te refieres a... —Shelby pensaba en cómo estaba Daniel en Jerusalén, perdido y descentrado, como una peli en 3D sin gafas.

Sin embargo, antes de que pudiera responder, el pie de Miles aprisionó el suyo. Si a Roland no le gustaba que estuvieran allí, tampoco iba a gustarle que hubieran estado viajando a todas partes sirviéndose de las Anunciadoras.

—Chist —le susurró Miles entre dientes.

—A ver, es muy sencillo: ¿os ha reconocido? —insistió Roland.

—No —dijo Shelby después de suspirar.

—No —respondió Miles.

—Entonces es la Luce de esta época y no debemos interferir. —Roland los miró con auténtico recelo, pero no dijo más. Una de sus largas rastas se le soltó del coletero que las sujetaba y escapó del escondite del yelmo. Se la apartó de la cara y echó un ojo a la plaza de la ciudad, a los perros que atacaban una ristra de intestinos de vaca, a los niños que iban pateando una pelota de cuero asimétrica por las calles embarradas. Habría preferido no toparse con ellos, era obvio.

—Por favor, Roland —dijo Shelby, agarrándole con descaro el guante de cota de malla. Guantelete, pensó. Se llamaba guantelete—. ¿No crees en el amor? ¿No tienes corazón?

Notó que sus palabras se quedaban flotando en el aire gélido y deseó retirarlas. Seguramente se había propasado. No conocía los antecedentes de Roland. Se había puesto de parte de Lucifer cuando los ángeles habían caído, pero a ella nunca le había parecido tan malo. Solo críptico e inescrutable.

Roland abrió la boca para decir algo y Shelby temió tener que oír otro sermón sobre los peligros de viajar con Anunciadoras, o la amenaza de ser entregada a Francesca y a Steven cuando a él se le antojara. Se encogió de miedo y miró a otro lado.

Entonces oyó el suave sonido metálico de la visera al cerrarse.

Cuando volvió a mirar, el rostro de Roland ya estaba oculto de nuevo. La ranura de los ojos, oscura, era insondable.

«Menuda forma de estropear las cosas, Shelby».

—Os buscaré a Daniel —resonó la voz de Roland desde detrás de la visera, sobresaltando a Shelby—. Me encargaré de que llegue a tiempo para la feria de mañana. Tengo un último recado que hacer, luego volveré a proporcionaros una Anunciadora que os devuelva de inmediato a la Escuela de la Costa, donde deberíais estar ahora. No acepto discusión. Lo tomáis o lo dejáis.

Shelby apretó la mandíbula para evitar que se le descolgara. Iba a ayudarlos.

—¡No!, nada que discutir —balbució Miles—. Perfecto, Roland. Gracias.

Luego Shelby detectó una leve inclinación del yelmo de Roland, que interpretó como un signo de asentimiento, pero él no dijo nada más. Se limitó a hacer girar su corcel para enfilar el sendero que conducía fuera de la ciudad. Los comerciantes se apartaron al paso trotón del animal, que después inició el galope, con la cola blanca a remolque como si de una estela de humo se tratara.

Shelby observó algo extraño: en lugar de salir orgulloso a lomos de su caballo, Roland iba cabizbajo y alicaído, como si algo misterioso le hubiera cambiado el

ánimo. ¿Habría sido algo de lo que ella había dicho?

—Qué fuerte —dijo Miles, situándose junto a ella.

Shelby se pegó más a él, hasta que sus brazos se rozaron, y eso la reconfortó.

Roland iba a encontrar a Daniel. Iba a ayudarles.

Shelby se sorprendió sonriendo de una forma poco propia de ella. Bajo esa armadura, quizá hubiera un corazón que creía en el poder del verdadero amor.

Pese a su aparente cinismo, Shelby reconocía que también ella creía en el amor. Y, a juzgar por cómo había consolado a Luce esa tarde, entendía que también Miles era un romántico. Juntos, contemplaron el resplandor de la puesta de sol en la armadura de Roland y escucharon cómo se iba perdiendo en el silencio el ruido de los cascos de su caballo sobre el adoquinado.

Como un guante

Una cosa sí tenía la Edad Media: las estrellas eran impresionantes.

El cielo, no perturbado por la iluminación urbana, era un paisaje resplandeciente de galaxias, de los que hacían que Shelby quisiera quedarse un rato despierta, mirando. Justo antes del anochecer, el sol por fin había incendiado los nubarrones invernales y ahora el lienzo oscuro del firmamento estaba regado de estrellas.

—Esa es la Osa Mayor, ¿verdad? —preguntó Miles, señalando al arco brillante del cielo.

—Ni idea —espetó Shelby encogiéndose de hombros, pero se acercó para seguir su dedo con la mirada. Podía olerle la piel, un olor familiar y algo cítrico—. No sabía que se te diera bien la astronomía.

—Ni yo. Nunca ha sido mi fuerte, pero las estrellas tienen algo esta noche... o quizá sea esta noche en general. Todo me parece destacable, ¿sabes?

—Sí —susurró ella, absorta en los cielos en los que nunca había pensado mucho. Se sentía cerca de ellos de una forma extraña. Cerca de Miles, también—, lo sé.

En cuanto decidieron que se quedaban una noche más, la mañosa Shelby se había hecho con una manta y un poco de cuerda y, sirviéndose de las habilidades adquiridas en los barrios bajos, los había transformado en una tienda de campaña casi elegante. Como muchos de los asistentes al jolgorio, Miles y ella habían acampado en una loma al otro lado de los muros de la ciudad. Miles incluso había encontrado leños, aunque ninguno de los dos sabía encender fuego sin cerillas.

Se estaba bien allí, sí. Se oían aullidos de los coyotes procedentes del bosque, pero Shelby se acordó que también en la Escuela de la Costa se oían esos alaridos por las noches. Miles y ella no se separarían, y se esconderían detrás de algún corpulento ser medieval si alguna criatura salvaje asomaba por el bosque.

Cerca del camino se preparaba una noche especial de mercado, así que, después de levantar la tienda, se habían separado con la idea de que Miles fuera en busca de comida y Shelby de algún obsequio de San Valentín para regalarles a Luce y a Daniel al día siguiente. Luego se reunirían en el campamento para cenar bajo las estrellas.

Antes del anochecer, los comerciantes de la ciudad habían llevado la fiesta al exterior. El mercado nocturno era distinto del que se organizaba de día en los límites de la ciudad y en el que se vendían artículos de primera necesidad, como ropa o grano. El de noche, observó Shelby, era un mercado especialmente pensado para San Valentín, fecha en que la ciudad rebosaba de comerciantes y otros visitantes venidos

de lugares lejanos.

La hierba estaba poblada de tiendas recién plantadas, muchas de las cuales hacían también las veces de centros de trueque. Shelby no tenía mucho que ofrecer, pero consiguió cambiar su coletero fucsia por un tapete de encaje en forma de corazón para dárselo a Luce «de parte de Daniel».

También había cambiado sin remilgos una tobillera de cáñamo, regalo de Phil en alguna cita en la Escuela de la Costa, por una funda de cuero para daga que imaginaba que a Daniel le gustaría. Para los tíos es más difícil comprar.

El coletero y la tobillera no valían nada para Shelby, pero a los comerciantes les habían resultado exóticos.

—¿Qué sustancia alquímica es esta que se estira y recobra su forma? —le habían preguntando, examinando el coletero como si fuese una joya valiosísima. Shelby había contenido la risa, pensando de nuevo en aquellos instrumentos medievales de tortura.

Como siempre después de ir de compras, Shelby tenía un hambre canina. Esperaba que Miles hubiera encontrado algo rico. Se abrió paso aprisa entre la multitud que poblaba el campamento para reunirse con él cuando de pronto cayó en la cuenta de algo: ¿qué se le olvidaba?

—¡Oh, qué hermoso gorrito! —Una mujer de pelo rubio con una amplia sonrisa se plantó delante de ella. Acarició el velo de encaje del griñón que Shelby había cogido del carro esa mañana—. ¿Es del maestro Tailor?

—¿De quién? —El rubor culpable de Shelby se extendió hasta el borde mismo del sombrero robado.

—Tiene el puesto allí. —Señaló un tenderete de recia lona blanca a tres metros de distancia—. Henry tiene tres hermanas, magníficas costureras. Aunque se dedican casi todo el año a coser las vestiduras de los autos religiosos, siempre se las arreglan para hacer alguna cosita especial para la feria. Su trabajo me fascina.

El faldón de la tienda estaba abierto y allí, bajo un toldillo, se encontraba el hombre fornido cuyo carro habían querido abordar Miles y ella esa mañana como un tren de mercancías. El hombre que había recogido la gorra de Miles. Una pequeña multitud se apiñaba admirada a su alrededor, contemplando algo por lo visto muy valioso. Shelby tuvo que apretarse contra los otros feriantes para averiguar qué les llamaba tanto la atención.

Una gorra azul fuerte de los Dodgers.

—¡Admiren el exquisito tinte de esta visera de arpillera! —proclamaba Henry Tailor con entusiasmo comercial, como si aquella gorra siempre hubiera formado parte de su colección, como si la hubiera cosido él—. ¿Habían visto alguna vez puntadas así? Absolutamente iguales, hasta el punto de... ¡la invisibilidad!

—¿Y qué pasa cuando una espada atraviesa ese fieltro, Henry? —se mofó uno. La

multitud empezó a cuchichear que quizá la visera no fuese el artículo más interesante de la colección de Henry.

—Necios —espetó él—. Esta visera no es de armadura, sino prenda decorativa. ¿Acaso no puede haber objetos destinados solo a agradar a la vista y al corazón?

Al oír los abucheos de los presentes, a Shelby se le agitó el corazón en el pecho, porque sabía lo que tenía que hacer.

—¡Se la compro! —gritó de pronto.

—¡No está en venta! —repuso Henry.

—Claro que está en venta —replicó Shelby, olvidándose de la inquietud que le producía su horrible acento inglés, apartando a un puñado de personas asustadas, apartándolo todo salvo su necesidad de recuperar la gorra. Era importante para Miles, y Miles era importante para ella—. Tome —gritó—, se la cambio por mi griñón. Mi... mi padre me lo ha regalado esta mañana y no... no me queda bien.

Henry alzó la vista y Shelby sintió una punzada de pánico: el tipo sabría que ella había robado el griñón. Sin embargo, ladeó la cabeza sin parecer admitir que el gorrito era suyo.

—Sí, ese gorro le dispara las orejas. Pero con eso no basta.

¿Qué? ¡Ella no tenía las orejas grandes! A punto estuvo de decirle tres cositas, pero recordó lo que importaba de verdad.

—¡Venga ya! ¡Esa gorra es muy vieja; el tejido está totalmente descolorido! —protestó Shelby con un dedo acusador—. Además, ¿no os dais cuenta de la clase de perversión que representan esas letras que decoran la parte delantera?

—¿Son eso letras? —preguntó uno de los presentes.

—Yo no sé leer —dijo otro.

Y era obvio que Henry tampoco.

—¿Qué dicen? —preguntó—. Pensé que eran un mero ornamento. —Entonces, recordando que había afirmado ser el autor de la gorra, añadió—. Un caballero me dio el diseño.

—¡Son el sello del diablo! —improvisó Shelby, subiendo la voz a medida que ganaba confianza—. Esos trazos picudos son su marca y su sello.

La multitud hizo un aspaviento y se acercó un poco más. El olor que desprendían le dificultaba la respiración a Shelby.

Henry apartó la gorra.

—Ah, ¿sí? Entonces, ¿para qué la quiere?

—¿Usted qué cree? Me propongo destruirla en nombre de todo lo que se cree sagrado y correcto en este mundo.

Se oyó el murmullo de aprobación de la muchedumbre.

—¡La quemaré y libraré al mundo de su terrible sello! —Se estaba metiendo mucho en su papel. Algunos de los presentes profirieron vítores discretos—. ¡Os

protegeré del azote de esa gorra!

Henry se rascó la cabeza.

—Pero no es más que una gorra, ¿no?

Los que rodeaban a Shelby se volvieron a mirarla.

—Bueno, sí..., lo que digo es que le libraré de ella.

Tailor miró el griñón que Shelby sostenía en la mano y arqueó la ceja izquierda.

—Esa manufactura me suena —masculló. Volvió a mirar la gorra de Miles—. ¿Trato hecho, entonces?

Shelby le tendió el griñón de encaje.

—Trato hecho.

El tipo asintió y se cerró el trueque. Shelby sintió la preciada gorra de los Dodgers de Miles como oro puro en las manos, y volvió disparada a la tienda. ¡Qué contento se iba a poner! Ascendió la loma y dejó atrás a los juglares que cantaban canciones de tristeza y soledad, a los niños que jugaban al eterno pillar-pillar y pronto vio el contorno de los hombros de Miles en la oscuridad.

Solo que no estaba oscuro.

¡Miles había encontrado un modo de hacer fuego! Y estaba asando un puñado de salchichas sobre la llama. Cuando levantó la mirada y le sonrió, Shelby descubrió en su mejilla izquierda un hoyuelo que no le había visto antes. Sintió que se mareaba. Debía de ser de subir corriendo la cuesta. O del repentino calor del fuego.

—¿Tienes hambre? —preguntó Miles.

Shelby asintió, demasiado nerviosa con la recuperación de la gorra como para encontrar palabras. La ocultó a su espalda, cortada por todo: por la postura, por el obsequio, por su holgada ropa medieval. Pero aquel era Miles; no la juzgaría. Entonces, ¿por qué se sentía de pronto tan intranquila?

—Me lo he imaginado. Oye, ¿y tu gorrito?

¿Era aquello un reproche? ¿Llevaba un pelo espantoso? Ahora ni siquiera tenía el coletero para recogerse.

Se ruborizó.

—Lo he cambiado.

—Ah. ¿Por algo para Luce y Daniel?

Con el reflejo de la luz en su rostro, Miles le parecía su mejor amigo y, a la vez, una persona completamente nueva. Alguien a quien, de pronto, le apetecía conocer.

—Sí. —Shelby se sentía rara, de pie delante de él con su melena alborotada. ¿Por qué no tenía el pelo como Luce, un pelo suave, brillante, sexy y eso? Un pelo que les gustara a los chicos. A Miles le gustaba el pelo de Luce. —Entonces se fijó que aún la miraba fijamente—. ¿Qué?

—Nada importante. Siéntate. Tenemos sidra, y pan.

Shelby se dejó caer en la hierba al lado de Miles, ocultando con cuidado la gorra

entre los pliegues de su vestido. Quería dársela en el momento oportuno; por ejemplo, cuando dejara de rugirle el estómago. Miles depositó una salchicha chisporroteante sobre una gruesa rebanada de pan rústico y le pasó un jarrito de hojalata abollado lleno de sidra. Brindaron, mirándose a los ojos.

—¿De dónde has sacado todo esto?

—¿Crees que eres la única que sabe hacer un trueque? He tenido que despedirme de dos buenos cordones de zapatos para conseguir ese pan con salchicha que te estás comiendo, señorita, así que no dejes ni las migas.

Shelby lo observó mientras comía y bebía, y agradeció que no le mirara mucho el pelo. Miles contemplaba la gran extensión de tiendas de campaña que llegaba hasta la ciudad, el humo de un centenar de fogatas que se mezclaba en el aire. Se sintió más a gusto y más contenta de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Miles, que terminó antes de que Shelby diese su segundo bocado, tragó saliva.

—¿Sabes?, todo esto de Luce y Daniel, de su amor imposible, la maldición inquebrantable, los hados, el destino y eso... Cuando empezamos a estudiarlo en clase, e incluso cuando conocí a Luce, me parecía todo...

—¿Un montón de chorradas? —lo interrumpió Shelby—. A mí también.

—Pues sí —reconoció Miles—. Pero, tras viajar por las Anunciadoras contigo y ver de verdad todo lo que significa este mundo, conocer a Daniel en Jerusalén, comprobar lo distinto que era Cam cuando estaba prometido... A lo mejor sí que existe el amor verdadero.

—Sí —meditó Shelby, masticando—. Sí.

De pronto sintió la necesidad de preguntarle una cosa a Miles. Pero tenía miedo. Y no a dormir al raso en un bosque lleno de animales, ni a encontrarse tan lejos de casa sin la certeza de poder volver. Aquel era un miedo crudo y frágil cuya intensidad la hacía temblar.

Claro que, si no se lo preguntaba, nunca lo sabría. Y eso sería peor.

—Miles...

—¿Sí?

—¿Has estado enamorado alguna vez?

Miles arrancó una brizna de hierba medio seca y la hizo rodar entre las palmas de sus manos. Sonrió, luego rió cortado.

—No sé, quiero decir... seguramente no. —Tosió—. ¿Y tú?

—No —dijo ella—. Ni por asomo.

Ninguno de los dos supo qué decir después. Se hizo un largo silencio incómodo. Pero Shelby a veces sentía que más que un silencio incómodo era un silencio confortable con su amigo Miles. Sin embargo, luego lo observaba de soslayo, lo sorprendía mirándola con aquellos ojos que se convertían en magia azul, y todo lo veía muy distinto, y volvía a inquietarse.

—¿Alguna vez has deseado vivir en otra época? —Miles al fin cambió de tema, y fue como si alguien reventara un inmenso globo de tensión—. A mí no me importaría ponerme una armadura, ser un caballero y todo eso.

—¡Tú serías un caballero estupendo! Pero yo no, yo aquí pinto poco. Me gusta mi bullicio californiano.

—Y a mí. Oye, Shel... —Miles la envolvió con su mirada. Se sintió acalorada incluso cuando una ráfaga de viento de febrero le caló el vestido de recio algodón—, ¿crees que será distinto cuando volvamos a la Escuela de la Costa?

—Pues claro que será distinto. —Bajó la mirada y se puso a arrancar hierba—. A ver... estaremos en la cantina, leyendo el *Tribune* e inventando bromas para gastarles a los no nefilim, y no bebiendo agua de pozos medievales ni cosas así.

—No me refiero a eso. —Se volvió hacia ella. Le alzó la barbilla con un dedo—. Me refiero a ti y a mí. Aquí somos distintos. Me gusta como somos aquí. —Una pausa. Una intensa mirada de sus ojos azules—. ¿Y a ti?

Shelby sabía que no se refería a eso, pero no se atrevía a insinuar otra cosa, porque ¿y si se equivocaba? Lo que fuera que tenían los dos allí, a ella le gustaba, y mucho. Había sentido todo el día una extraña emoción a su lado, pero no sabía expresarla. No encontraba las palabras.

Ojalá él le pudiera leer el pensamiento. (Claro que también tenía lío ahí dentro). Pero no: Miles estaba pendiente de su respuesta, que llegaba con retraso, y era simple, aunque a la vez complicadísima.

—Claro. —Se ruborizó. Necesitaba distraerlo con algo.

Echó mano de la gorra. Así Miles miraría la gorra en lugar de fijarse en sus mejillas coloradas.

—Antes te he preguntado por el gorrito —dijo Miles antes de que ella pudiera darle la gorra— porque esta noche he encontrado esto en el mercado. —Sostuvo en alto unos guantes de piel de color beis con doble puño blanco. Eran preciosos.

—¿Los has comprado? ¿Para mí?

—Bueno, los he cambiado. Tendrías que haber visto cómo flipaba el artesano con un paquetito de chicles. —Sonrió—. El caso es que has tenido las manos tan frías todo el día que he pensado que estos te iban bien con el gorrito.

Shelby no pudo evitarlo: se echó a reír a carcajadas. Se dobló, aporreó el suelo y aulló de risa. Le vino de maravilla liberarse de toda esa energía nerviosa retenida, soltarla al aire de la noche de San Valentín y reír sin más.

—Te parecen espantosos. —Miles parecía abatido—. Sé que no son de tu estilo, pero, como eran del mismo color que el gorrito, pensé que...

—No, Miles, no es eso. —Shelby se incorporó y se puso seria al ver su rostro. Luego volvió a echarse a reír—. He cambiado el gorrito por esto. —Y le dio la gorra de los Dodgers.

—No fastidies. —La cogió con el aire de un chiquillo que no acaba de creerse que los regalos que hay debajo del árbol de Navidad son suyos de verdad.

En silencio, Shelby sostuvo los guantes en sus manos. Miles agarraba la gorra en las suyas. Después de un largo momento, los dos se probaron sus regalos.

Con la gorra bien calada sobre sus ojos, Miles volvía a ser el de siempre, el chico al que Shelby conocía de un centenar de clases en la Escuela de la Costa, con el que primero había pasado por las Anunciadoras, el que era, y ella lo sabía, su mejor amigo.

Y los guantes... los guantes eran preciosos. De piel suavísima y delicado diseño. Le quedaban perfectos, como si Miles conociera la forma exacta de sus manos. Levantó la mirada para darle las gracias, pero su expresión la detuvo.

—¿Qué pasa?

Miles se rascó la frente.

—No sé... ¿Te importaría que me quitara la gorra? Hoy me he dado cuenta de que te veo mejor sin ella, y me gusta verte.

—¿Verme? —Shelby no entendía por qué tenía que quebrársele la voz precisamente en ese momento.

—Sí. Verte. —Miles le cogió las manos. A Shelby se le aceleró el pulso. Todo lo que estaba pasando en aquel instante le parecía importantísimo.

Solo había algo que no iba bien.

—Miles...

—¿Sí?

—¿Te importa que me quite los guantes? Me encantan, y me los voy a poner, te lo prometo, pero ahora mismo no... no noto el tacto de tus manos.

Con extremada delicadeza, Miles le quitó los guantes de piel, dedo por dedo. Cuando hubo terminado, los dejó en el suelo y volvió a cogerle ambas manos. El tacto de las suyas, fuertes, tranquilizadoras y absolutamente sorprendentes, la hicieron sonreír de dentro afuera. En una rama del laurel que tenían a su espalda, gorjeaba un ruiseñor. Shelby tragó saliva. Miles inspiró despacio.

—¿Sabes lo que he pensando cuando Roland ha dicho que nos mandaba a casa?

Shelby negó con la cabeza.

—He pensado: «Precisamente ahora que podría pasar San Valentín en este lugar tan increíblemente romántico con esta chica que tanto me gusta».

Shelby no sabía qué decir.

—No hablas de Luce, ¿verdad?

—No. —Miles la miró a los ojos, esperando algo. Ella volvió a sentir vértigo—. Hablo de ti.

En sus diecisiete años, a Shelby la habían besado muchos sapos y alguna rana, y siempre que llegaba aquel momento, el chico ponía el típico gesto de pringado para

decir: «¿Puedo besarte?». Sabía que a algunas chicas les parecía muy cortés, pero, para ella, era una supercagada. Siempre acababa soltando alguna réplica sarcástica que les cortaba el rollo por completo a los dos. Le aterrizzaba que Miles le preguntara si podía besarla. Le aterrizzaba que no se lo preguntara.

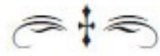
Por suerte, Miles no dejó mucho tiempo para el terror.

Se acercó muy despacio y le envolvió la mejilla con la mano. Los ojos de Miles eran del color de cielo estrellado que se hallaba sobre ellos. Cuando la atrajo hacia sí, ladeando apenas su rostro, Shelby cerró los ojos.

Sus labios se unieron en un beso tiernísimo.

Sencillo, un par de besos breves. Nada demasiado complicado; después de todo, estaban empezando. Cuando Shelby abrió los ojos y vio el rostro de Miles —esa sonrisa que conocía tan bien como la suya—, supo que le habían hecho el mejor regalo de San Valentín. No lo habría cambiado por nada del mundo.

Lecciones de amor



EL SAN VALENTÍN DE ROLAND

El largo y cegador camino

Roland galopó rumbo a la puerta norte de la ciudad. Aunque la ruta lo obligaría a pasar por la escena del peor momento de su vida, no se desvió. Tenía una misión que cumplir.

Su caballo, un extraño para él hasta hacía unas horas —cuando lo había birlado de las cuadras del señor— se adaptaba intuitivamente a sus necesidades. Era una yegua de raza árabe, blanca como la nieve, a la que le quedaban bien sus señoriales arreos de cuero negro con tachuelas. Antes de encontrarla, le había echado el ojo al pinto de amplios flancos de un labrador —un caballo de faena podía viajar distancias más largas que el de un noble, y con menos alimento—, pero a Roland no le agradaba robar a los campesinos.

Esta —la llamaba Blackie, por la única mancha negra que tenía en el hocico— había relinchado y corcovado cuando la había montado por primera vez, pero después de unas cuantas vueltas discretas por el sendero embarrado próximo a los apriscos, ya se habían hecho amigos. Roland siempre había tenido un don especial con los animales, sobre todo con los caballos. Los animales apreciaban mejor que los humanos la música de su voz. Bastaba con que le susurrara unas palabras a una potra asustada para dejarla serena, como se queda la mar tras la tempestad.

Cuando cruzó el caos del mercado, yegua y jinete formaban una sólida unidad, más de lo que podía decir de su armadura. La que había robado de la sala de armas del hijo del señor del castillo no le quedaba bien. Era larga de piernas y estrecha de pecho, y apestaba a sudor. Nada de eso le gustaba a Roland, cuyo cuerpo estaba más acostumbrado a la «alta costura».

Cuando cruzó las puertas, con cuidado de salir del punto de mira del señor, Roland ignoró sin más las miradas alarmadas de los ciudadanos y sus chismorreos sobre la batalla a la que probablemente se dirigía. Aquella armadura oficial —con su condenada cota de malla, ceñida con un cinturón decorativo de diez kilos de peso, y su asfixiante yelmo de acero, que no terminaba de asentarse debido a sus rastas— solo se llevaba para luchar; era demasiado llamativa y aparatosa para un viaje informal. Eso lo sabía. Y lo notaba con la sacudida que cada paso de su caballo le provocaba.

Sin embargo, aquella armadura era lo único que Roland había podido encontrar para ocultar su identidad en la medida que precisaba. No había llegado hasta allí para que unos mortales lo incordiaran intentando apresar y encerrar a un demonio al que tomaban por un moro.

Necesitaba un disfraz que no le impidiera alcanzar su objetivo: evitar que el yo medieval de Daniel se metiera en líos.

No Lucinda. Daniel.

Lucinda Price, creía Roland, sabía lo que se hacía. Incluso cuando ella no tenía ni idea de lo que hacía, siempre hacía lo correcto. Era impresionante. Los ángeles que habían seguido a Luce a las Anunciadoras —Gabbe, Cam, hasta Arriane— no confiaban en ella. Roland, en cambio, ya había notado un cambio en ella en Espada & Cruz: una extraña y despreocupada seguridad que Luce jamás había poseído en ninguna de sus vidas anteriores, como si al fin hubiera vislumbrado las honduras de su vieja alma. Quizá Luce no sabía lo que hacía cuando cruzó el umbral ella sola, pero Roland estaba convencido de que lo iría averiguando. Aquella era la partida final, y ella debía desempeñar su papel.

Por eso era Daniel quien le preocupaba.

Seguramente lo estropearía todo si se topaba con Luce. Alguien debía ocuparse de que no hiciera una estupidez, y por esa razón lo había seguido por las Anunciadoras del patio trasero de Luce.

Sin embargo, encontrar a Daniel había sido más complicado de lo que esperaba. Había llegado demasiado tarde a Helston, no lo había pillado por poco en la Bastilla y probablemente tampoco lo atraparía allí. Si fuera listo, lo dejaría y trataría de interceptar a Daniel en una de sus vidas anteriores.

Si fuera listo.

Y entonces había visto a esos dos anacronismos sueltos intrigando junto al pozo, a plena luz del día, en el centro de la ciudad, con tan malos disfraces y peor acento.

¿Acaso no se enteraban de nada?

A Roland le caían bastante bien los nefilim. Shelby era íntegra y decente, y agradable a la vista. Y Miles... Miles tenía fama de acercarse demasiado a Luce en la Escuela de la Costa, pero ¿no lo habría intentado cualquier tío en su lugar? Debía darle un respiro al chaval, se dijo Roland. Miles tenía muy buen corazón y no era nada engreído.

Entendía que los nefilim estaban allí simplemente por pura buena voluntad. Ellos sentían debilidad por su amiga Luce. Además, era evidente que Shelby y Miles confiaban en que surgiera el romance entre Luce y Daniel en la feria de San Valentín, y posiblemente incluso entre ellos.

«Es muy probable aún no lo sepan», pensó Roland, y sonrió.

Los mortales rara vez identificaban sus propios sentimientos hasta que los tenían delante de las narices.

Les pasaba a muchas parejas que vivían bajo el resplandor de Daniel y Lucinda. Había visto otros casos antes. Daniel y Lucinda eran insignias de romanticismo, ideales en los que todos los mortales y algunos inmortales necesitaban creer, aunque

ellos no fueran capaces de establecer una conexión tan auténtica. Daniel y Lucinda eran la idea que determinaba el modo en que se enamoraba el resto del mundo.

Era un poderoso hechizo bajo el que encontrarse.

Como es lógico, Roland tenía que echarles la bronca a los nefilim por aparecerse en una de las vidas medievales de Lucinda. Debían estar en su sitio, en su propia época, donde sus actos no produjeran catástrofes históricas.

Por eso les había puesto un poco las pilas. Así los tendría a raya hasta que volviera para acompañarlos a casa. Viajar con ellos era la única forma de asegurarse de que no terminarían en algún otro sitio aún más alejado de la Escuela de la Costa.

Pero antes les daría el capricho: localizar a Daniel y asegurarse de que esa alma en pena asistiría a la feria de San Valentín. A Roland no le costaba ningún sacrificio concederles a Daniel y Luce un instante de felicidad; además, así tenía algo que hacer.

En aquella época en particular, Roland necesitaba estar ocupado.

Distraerse de otras cosas.

En la penumbra del frío febrero, Roland pasó por delante de unas tierras cultivadas por siervos con las que el clero de la zona se llenaba los bolsillos. Dejó atrás una iglesia gótica, con sus arcos ojivales y sus agujas. La casa de Dios. No pudo evitar que una idea se le pasara por la cabeza: hacía mucho que no pisaba una. Cruzó el puente sobre el río turbio y crecido, e hizo girar a su corcel hacia la fortaleza de los caballeros, que sabía que se encontraba a medio día de marcha hacia el norte.

No era un viaje demasiado agradable: el camino era agreste y el tiempo era horrible. Blackie iba salpicando barro y pintándose los flancos de un feo marrón grisáceo. Además, con el frío, los goznes de la armadura de Roland se estaban agarrotando y lo dejaban prácticamente inmóvil.

Aun así, en muchos aspectos, le complacía volver a aquel pasado. Un romántico como Daniel diría que los caballeros nunca habían muerto del todo, claro que él tenía una compleja relación con el amor y la muerte. Roland había vivido años en medio de aquella clase de caballeros. Ya casi no existían en la Edad Media y, desde luego, estaban más que muertos en el presente del que acababa de llegar Roland. Sin duda.

Sin embargo, hubo un tiempo en que...

Por un segundo recordó el brillo de una melena dorada al viento.

Se levantó la visera del yelmo para poder respirar. No pensaría en ella. No era esa la razón por la que estaba allí.

Espoleó a Blackie para que avanzara y sacudió la cabeza para aclarar sus ideas.

Roland se encontraba a kilómetro y medio de la partida de caballeros que estaba buscando. Oteó el horizonte: los vastos valles verdes al este, una tormenta a su espalda y al oeste. Al frente, el camino seguía los montes serpentinos que constituían la barrera protectora de la ciudad. También ante él se alzaba un castillo que se

proponía esquivar. Lo rodearía a cierta distancia. Al otro lado del castillo estaba la ruta —si aún era transitable— que le conduciría directo al Daniel de esa época. Y a su propio yo medieval.

En su lejano recuerdo de esa época, evocó cómo aquel caballero de extraño aspecto se había presentado ante ellos portando órdenes del rey.

El caballero había detenido su caballo a la entrada de sus tiendas de campaña y les había entregado un decreto por el que se ordenaba a los hombres que abandonasen su puesto durante dos noches para celebrar el santo día de San Valentín, como Dios mandaba. Solo algunos sabían leer, así que la mayoría de los hombres aceptó la orden de buena fe. Roland aún recordaba los brincos y los aullidos de los otros caballeros.

El mensajero no había dicho nada: se había limitado a entregarles el decreto y se había alejado al galope... en su caballo negro como el carbón.

Extraño. Roland miró a Blackie y acarició su melena de blanco platino.

Si aquel era su destino —ser el ángel oculto tras la visera que entregara a Daniel un regalo de San Valentín— algo debía suceder para que cambiara su caballo blanco por el negro. Y alguien habría de ponerle un decreto del rey en la mano.

Cosas más raras ocurrían casi a diario, lo sabía bien.

Pegó los talones a los flancos de Blackie y siguió avanzando, tan pronto sudando como temblando.

Al final, Roland llegó al castillo. La fortaleza guardaba el feudo más septentrional del condado, la última avanzada del camino al campamento de los caballeros. Permaneció a lomos de su caballo un instante, contemplando la conocida construcción de piedra que se alzaba ante él como un coloso. Había chimeneas de color gris perla en todos los aposentos, estrechas ventanas que ofrecían vistas desde todas las fachadas. Ménsulas y cornisas decoraban los bloques de piedra gris oscuro cuya magnitud lo hacía sentirse pequeño. La magnitud del castillo lo abrumaba. Como siempre lo había hecho, incluso durante aquel breve lapso de tiempo en que había cruzado sus puertas casi todos los días..., y trepado por sus piedras estriadas para llegar a un balcón concreto todas las noches.

Le temblaron las piernas, pegadas a los lomos del corcel. Sintió como si el corazón se le hubiera vuelto diez veces mayor de su tamaño. Le palpitaba como si cada latido fuera el último. Le ardían los omóplatos y ansiaba volar muy lejos, pero sus alas estaban encapsuladas en la cota de malla, que no iba a quitarse.

Además, por lejos que volara, no podría escapar del terror que inundaba su alma.

En el castillo vivía una joven llamada Rosaline. El único ser de todo el universo al que Roland había amado de verdad.

Muros que se derrumban

Blackie relinchó apenas cuando Roland la desmontó. La condujo hasta un manzano seco situado en el sur de la propiedad del padre de Rosaline y le ató las bridas alrededor del tronco.

¿Cuántas veces había rodeado los árboles de ese huerto cargando con el enorme cesto de su amada, siguiéndola, adorando la templanza de sus movimientos al arrancar la fruta roja de las ramas?

El padre de ella era un conde, un duque, un barón o algún otro potentado avaro. Roland había dejado de preocuparse por aquellos títulos mortales tras miles de años de tener que ver a los de su calaña jugar a la guerra. La única pasión de estos mortales parecía ser esa: la de hacer la guerra y robar las riquezas de los feudos próximos, y hacerles la vida imposible a sus vecinos. La partida de caballeros en la que Daniel y Roland servían se hallaba bajo su yugo, por lo que Roland y sus compañeros habían pasado muchas horas a un lado y al otro de los muros de aquel castillo.

Hurgó en las alforjas de Blackie y halló una manzana seca, que dio al caballo mientras valoraba la situación.

Recordaba esa feria de San Valentín. Sabía que había tenido lugar cuando ya había terminado su romance con Rosaline. Por aquel entonces, haría cinco años que su amor había acabado.

No debería haberse detenido allí. Debería haber sabido que eso sucedería, que los recuerdos lo desbordarían y lo paralizarían.

No había pasado un día, en esos mil años, en que Roland no lamentara el modo en que había roto con Rosaline. Había construido su vida alrededor de ese remordimiento: muros y muros y muros, cada uno con su propia fachada impenetrable. Ese pesar había levantado en su interior un castillo inmensamente mayor que el que tenía delante en ese momento. Quizá por eso la envergadura de aquella fortaleza inglesa lo impresionaba tantísimo, porque le recordaba al fortín de su interior.

Ya era demasiado tarde para arreglar las cosas con ella.

Y sin embargo...

Acarició a Blackie y se dirigió al castillo. Había un caminito de piedra, bordeado de prímulas en hibernación, que finalizaba en una pesada verja metálica. Roland lo evitó y tomó un sendero lateral. Caminó bajo la arboleda del bosque contiguo hasta que pudo escabullirse a la sombra del muro occidental del castillo, que se alzaba quince metros por encima de él hasta la primera ventana desde donde se veía el

exterior.

O el interior.

Rosaline solía esperarlo allí, con su melena rubia colgando del borde del alféizar. Era la señal de que estaba sola, y de que esperaba los labios de Roland. Entonces no había nadie asomado, y mirar aquella ventana desde abajo le producía una amarga nostalgia, como si estuviera muy lejos de su hogar.

No había guardias que vigilaran desde las almenas, eso lo sabía. El muro era demasiado alto. Salió de entre las sombras y se situó justo debajo de la ventana.

Acarició la piedra y recordó las grietas que sus pies habían tocado tantas veces. Nunca se había atrevido a desplegar sus alas delante de Rosaline. Ya era bastante pedirle a una mortal que lo amara a pesar del color que ella percibía en su piel. Su padre jamás había visto a Roland con el rostro descubierto, y no habría permitido que un moro luchara por él.

Podía haber cambiado su aspecto exterior; los ángeles lo hacían a todas horas. ¿Cuántas veces había cambiado Daniel su apariencia por Luce? Ya habían perdido la cuenta.

Pero él no era de los que seguían las modas. Era un clásico. Su alma se sentía cómoda —tan cómoda como era posible en su condición— con aquella piel en particular. En ocasiones, como ese día, su aspecto producía cierto revuelo, pero nunca era algo insoportable. Rosaline decía que lo amaba por quien era por dentro. Y él la amaba por su franqueza... Pero, en realidad, Rosaline no sabía lo que decía. Aún había cosas de sí mismo que Roland jamás podría revelar.

Tampoco se expondría en ese momento, despojándose de la armadura o abriendo las alas. La costumbre lo ayudaría a escalar el muro a la antigua usanza.

El camino trazado en los muros vino a él como iluminando por el brillo dorado que sus alas abiertas arrojaban sobre el mundo.

Al principio, escaló con cautela, pero, aun ceñido en aquella armadura chirriante, no tardó en sentir de nuevo la ligereza que le proporcionaba el recuerdo de su amor.

Al poco, llegó a lo más alto del muro exterior e impulsó las piernas hasta el fino saliente del antepecho. Se irguió y se escabulló hasta el torreón más alejado. Levantó la vista por su aguja cónica. Desde allí, tenía un peligroso ascenso al anillo de ventanas ojivales que circundaba la torre, pero sabía que había una estrecha terraza por fuera de una ventana y un fino reborde de piedra que rodeaba la torre. Podía subirse a él para asomarse dentro.

No tardó en llegar al saliente y se colgó con fuerza de la piedra de la ventana. Fue entonces cuando observó que la puerta del balcón estaba abierta. Una cortina de seda roja ondeaba al viento. Y tras ella, un rumor de movimiento mortal. Roland contuvo la respiración.

Una melena rubia ondulada caía, larga y suelta, por la espalda de un espléndido

vestido verde. ¿Era ella? Tenía que serlo.

Quiso alargar la mano y atraerla a la ventana, que el mundo fuera como solía ser. Los dedos se le estaban entumeciendo de agarrarse a la repisa y, cuando la diosa de pelo dorado giró al fin, Roland se heló tan de inmediato, tan absolutamente, que creyó que caería al vacío como un carámbano.

Se apartó y volvió a la repisa, con el pecho pegado al muro, pero no pudo apartar los ojos de la joven.

«No era ella».

Aquella era Celia, la hija menor del señor. Debía de tener ya unos dieciséis años, igual que Rosaline cuando Roland le partió el corazón. Se parecía mucho a su hermana: piel clara, ojos azules, labios como pétalos de rosa y aquella asombrosa melena rubia. Sin embargo, su llama interior —aquel fuego poderoso que Roland siempre había adorado en Rosaline— no era más que una brasa moribunda en Celia.

Aun así, Roland se quedó paralizado, incapaz de realizar el menor movimiento. Si Celia salía al balcón, como parecía que se disponía a hacer, lo pillaría.

—¿Hermana?

Esa voz... como el sonido de un instrumento de cuerda, solo que más potente. ¡Rosaline!

Durante una milésima de segundo vio una sombra en el umbral de la puerta, y después el perfil puro y elegante de la única muchacha a la que había amado. Se le paró el corazón. No podía respirar. Quería llamarla a gritos, tocarla.

Pero le sudaban las manos y las fuerzas le fallaron. Por unos segundos eternos, Roland se sintió como si flotara en el aire, después cayó en picado seis largos pisos hasta el suelo embarrado.

Un recuerdo: las puertas abiertas de un granero en ruinas.

Roland lo identificó como el edificio desvencijado del extremo nororiental de las tierras del castillo. El sol pasaba por la puerta hacia las seis en las tardes estivales, así que Roland dedujo, por la luz dorada que iluminaba el heno, que debían de ser casi las siete. Casi la hora de la cena, o el lapso de tiempo siempre demasiado breve en que Roland podía persuadir a Rosaline de que pasara unos instantes a solas con él.

A través de las anchas puertas de madera, vio dos siluetas encapuchadas en un rincón oscuro. Allí, entre el pienso para pollos y un montón de hoces oxidadas, distinguió su yo anterior.

Apenas reconocía al muchacho que había sido. Eran la misma persona, pero algo hacía que aquel chico pareciera joven de verdad. Esperanzado. Sin estropear. Su túnica de algodón le envolvía el cuerpo y sus ojos eran tan luminosos como los de un potrillo. Ella conseguía eso: despojarlo de milenios de duro trabajo en la Tierra, de toda su vida en el Cielo y del oneroso Ocaso de después.

Tal vez tuviera experiencia en la guerra o en la insurrección contra el divino, pero, en lo tocante al amor, el corazón de Roland había sido el de un niño.

Sentado en un taburete de madera de tres patas, contemplaba —con tanto afán que lo avergonzaba recordarlo— a la hermosa joven de pelo rubio que tenía delante.

Rosaline se tumbó de lado en el heno, sin importarle que el vestido de satén se le llenara de paja. Su pelo tenía un lustre aún más hermoso de lo que recordaba, y su piel era tan suave y luminosa como la leche recién desnatada. Como agachaba la cabeza, Roland solo podía ver la suave cortina de pestañas que cubría sus bonitos ojos azules. En esa época, sus gruesos labios tenían dos expresiones: el puchero que exhibían ahora y la sonrisa con la que a veces lo obsequiaba. Ambas eran deseables. Ambas le producían extrañas reacciones.

Se removió en el heno, fingiéndose aburrida, y fingiéndolo mal. La hechizaba hasta el menor de los movimientos de él, ahora lo veía.

—Tengo otro pequeño obsequio. ¿Querría oírlo mi señora? —dijo su yo pasado.

Roland recordó el entusiasmo con que ladeó la barbilla su yo pasado y se sintió abochornado. En ese momento entendió por qué le había costado tanto convencerla de que se vieran en el granero.

Lo único que hacía era asaltarla con poemas de poca monta.

El chico del taburete no esperó —era obvio que no podía— la señal de Rosaline. Y, desde luego, oyendo a Roland recitar sus espantosos versos, nadie habría dicho jamás que aquel pésimo sonetista había sido en su día el Ángel de la Música.

Las cumbres nevadas son menos sublimes
Comparadas con la imponente Rosaline
Los gatitos de tierna mirada son crueles
En el regazo de Rosaline
Igual que un poema está hecho de versos
Yo lo estoy de Rosaline
Los que legajos encuadernan
En la carreta llevarán a Rosaline
Cuando la nuez de su cáscara sale
Esa nuez es Rosaline
El que misterios quiera encontrar
primero debe mirar a Rosaline.

Al terminar, Roland dirigió su mirada al rostro ceñudo de Rosaline. De pronto lo recordó y se esforzó por soportarlo una segunda vez; sintió la misma pesadez en su estómago, como un yunque cayendo por un acantilado.

Ella dijo:

—¿Por qué me contamináis con tan torpes versos?

Esta vez, en su recuerdo, Roland lo percibió en el tono de voz de Rosaline: ¡claro!, ¡le estaba tomando el pelo!

Debió de haberse dado cuenta cuando lo cogió de la mano y lo arrastró al heno

con ella. El corazón le había estado latiendo demasiado escandalosamente para que percibiera aquel matiz, que ahora entendía claramente como: «Cállate y bésame».

¡Y cómo la había besado!

Esa primera vez que sus labios se unieron algo se encendió dentro de Roland, como si su alma se electrizará. Su cuerpo se agarrotó por el empeño en no estropear nada. Sus labios quedaron soldados a los de ella, pero sin fuerza. Sus manos, dos garras pegadas a los hombros de ella. Rosaline se revolvía bajo su yugo, pero, por más que lo intentaba, Roland no podía moverse.

Al fin, ella soltó una tierna risita y se escabulló de sus brazos. Se tumbó boca arriba en el heno, con los labios fruncidos y fuera de su alcance otra vez. Lo miraba como un niño mira un juguete que ya no le gusta.

—Qué poca gracia.

Roland se tiró al suelo de rodillas e hincó las manos en el áspero heno.

—¿Lo puedo volver a intentar? Estoy seguro de que puedo hacerlo mejor...

—Bueno, eso espero. —Su risa era recatada y elegante. Se volvió el tiempo justo para atormentarlo, luego se tumbó de nuevo en el heno y cerró los ojos—. Intentadlo.

Roland inspiró hondo, y bebió de la dulzura de todo su ser. Pero, cuando estaba a punto de darle otro beso torpe, Rosaline lo detuvo poniéndole una mano en el pecho.

Debió de notar que el corazón le iba a mil, pero lo disimuló.

—Esta vez —lo instruyó— no tan acartonado. Más... fluido. Pensad en el flujo de un poema. Bueno, quizá no en uno de los vuestros, mi señor. Quizá en vuestro poema favorito, pero de otro. Entregaos.

—¿Así? —Roland casi se abalanzó sobre ella, rodó y terminó dando con la cara en el heno. Luego se volvió hacia Rosaline, sofocado.

Tumbados uno junto al otro, mirándose, ella le cogió las manos. Sus caderas se tocaban a través de la ropa. Las puntas de sus pies se besaban sin vergüenza. El rostro de ella estaba a centímetros del de él.

—No me habéis acertado en la boca. —Esbozó una sonrisa tentadora—. Roland, amar significa no tener miedo de dejarse llevar, confiar en que voy a desear todo lo que tengáis que ofrecerme. ¿Lo entendéis?

—¡Sí, sí, lo entiendo! —susurró Roland, y se acercó más para su nuevo intento.

Sus labios, sus manos y su corazón estaban a punto de estallar de la emoción. Despacio, se dispuso a abrazarla.

—Roland...

«¿Y ahora qué?».

—Abrazadme fuerte, no me voy a romper.

Mientras la besaba, a Roland le pareció que ni la llamada de Lucifer le haría soltar a aquella hermosa doncella.

Seguiría su consejo miles de veces con otras damas en el futuro, y alguna vez

sentiría algo, pero nunca mucho tiempo, y nunca jamás como aquello.

Reunión con la Oscuridad

Roland despertó sintiéndose mareado y perdido.

El dulce recuerdo de su amor por Rosaline se desvanecía. Se tocó la cabeza dolorida y se dio cuenta de que estaba tumbado en el suelo.

Despacio, se puso de pie. Le dolía todo el cuerpo, pero no era nada que no se arreglara por sí solo con un poco de tiempo.

Volvió a mirar al balcón. En los viejos tiempos, nunca se habría caído de allí. Probablemente no debería llevar la armadura completa. Se estaba anquilosando. ¿Cuántas veces habría trepado por ese mismo muro con la esperanza de verse con ella? ¿Cuántas veces lo habría atraído la larga melena de Rosaline como lo hiciera la Rapunzel prisionera del cuento?

Cuando Roland llegaba al balcón, ella lo estaba esperando, emocionada de verlo. Lo llamaba con susurros, luego se arrojaba en sus brazos. La sentía tan ligera, tan delicada contra su cuerpo, con la piel perfumada tras su baño de agua de rosas y el cuerpo casi bullendo con el poder de su amor secreto.

Roland sacudió la cabeza. No, su cortejo no había sido todo puro gozo y alegría. Un recuerdo oscuro teñía el resto.

Era el último recuerdo que tenía de ella.

Sucedió en la tercera estación de su cortejo secreto, cuando el mundo que los rodeaba recibía el otoño y los verdes del verano se extinguían en medio de un estallido de intensos naranjas y rojos.

Habían planeado huir juntos, escapar del dominio de su padre y de los prejuicios de una sociedad que no toleraba que la hija de un hombre noble se casara con un moro. Roland se había alejado de su amada durante una semana, con el pretexto de hacer preparativos para su nueva vida.

Pero había mentido. Había ido a pedir consejo sobre los problemas a los que iba a enfrentarse:

¿Seguiría ella queriéndolo si se enteraba?

Y:

¿Podría ocultarle su naturaleza y hacerla feliz a la vez?

Solo podía acudir a una persona.

Encontró a Cam en el extremo sur de las islas que un día se llamarían Nueva Zelanda. Por aquel entonces, ambas islas eran totalmente vírgenes. Los maoríes aún tardarían

otro medio siglo en llegar a esas tierras, así que Cam tenía todo el territorio para él solo.

Roland volaba con la amenaza de los acantilados, que parecían dagas afiladas, distintas de todo lo que conocía. Los vientos ejercían una peligrosa presión en sus alas, y lo zarandeaban entre las nubes. Cuando llegó al inmenso e inmaculado estrecho donde Cam se ocultaba del universo, estaba empapado y temblaba.

El agua era el espejo de las montañas, pobladas de verdes bosques de hayas. Hundió la punta de un ala en la superficie al pasar y la notó helada. Se estremeció y siguió adelante.

En el extremo más escondido del estrecho, Roland aterrizó sobre una piedra gris pizarra que se encaraba a una insondable catarata cuya altura quedaba oculta por la bruma. En su base yacía el ángel caído hermano de Roland, dejando que el agua le aporreara las alas.

¿Qué hacía Cam? ¿Y cuánto tiempo llevaba ahí tumbado, en aquella sala de tortura fabricada por él mismo?

—¡Cam!

Roland lo llamó por su nombre tres veces antes de meterse en la cascada y sacar a su hermano a rastras. Al notar que alguien lo agarraba, Cam se agitó violentamente y se agarró con fuerza a las rocas en las que estaba tumbado. Entonces lo reconoció y se dejó arrastrar, con una intensa expresión de recelo en el rostro.

Roland lo llevó con él hasta un saliente rocoso detrás de la cascada. La tarea era complicada, y el esfuerzo lo dejó jadeando, empapado y helado de frío. El saliente era estrecho, pero había espacio de sobra para que pudieran subirse los dos a la piedra húmeda. La quietud que se sentía allí, tras el rugido del agua, resultaba inquietante.

Agotado, Roland se dejó caer hacia atrás hasta que sus alas toparon con la roca, luego se deslizó para sentarse.

—Vete a casa, Roland.

Cam se alzó sobre un codo y sus ojos verdes mostraron una mirada aturdida y desorientada. Su cuerpo desnudo era todo él un terrible moratón, debido al constante aporrear de la cascada. Pero lo peor de todo eran sus alas.

Estaban reforzadas con nuevas fibras de oro. Roland no pudo dejar de admirar lo mucho que brillaban a la luz de la luna.

—Entonces es cierto. —Roland había oído rumores de que Cam se había pasado al bando de Lucifer.

Ninguno de los dos demonios parecía capaz de ejecutar el ritual reservado para dar la bienvenida a los nuevos miembros del rebaño. Deberían haberse abrazado y fundido las puntas de sus alas como gesto de aceptación mutua, de certeza de estar a salvo y entre amigos.

Cam se levantó, se acercó y escupió a Roland en la cara.

—No eres lo bastante fuerte para devolverme al servicio. Que venga el propio Lucifer en persona si cree que he descuidado mis quehaceres.

Roland se limpió la cara y se levantó también. Luego alargó la mano hacia Cam, pero el demonio se apartó.

—Cam, no he venido aquí para...

—Yo he venido aquí para estar solo. —Cam se desplazó a un rincón oscuro del saliente, donde Roland vio que había un pequeño montón de ropa y bolsas, las pocas posesiones de Cam. A Roland le pareció ver el pergamino que debía de ser su acuerdo matrimonial, pero Cam enseguida se echó por encima una andrajosa capa de piel de oveja y escondió el documento en un profundo bolsillo interior—. Ah, ¿sigues aquí?

—Necesito consejo, Cam.

—¿Sobre qué? ¿Sobre cómo vivir bien? —Cam recuperó su brillo, aunque resultaba algo chillón en aquella figura espectral, pálida y sombría, que Roland tenía delante—. Empieza por buscarte una isla desierta. Esta ya está pillada, pero debe de haber más por ahí fuera. —Señaló con la mano al mundo, a Roland.

—Amo a una mortal —dijo Roland muy despacio—. Quiero dedicarle mi vida.

—Tú no tienes vida. Eres un ángel caído al otro lado. ¡Eres un demonio!

—Ya sabes a qué me refiero.

—Créeme, el amor es imposible. Olvídalo y ahórrate dolores de cabeza.

En ese momento, Roland se dio cuenta de que había sido un idiota al acudir a Cam en busca de consejo. Y aun así debía hacerlo. La historia de amor de Cam no había salido bien, pero, de todos modos, él debía entender por lo que estaba pasando Roland.

—Igual podrías decirme qué es lo que... no debo hacer.

—De acuerdo —contestó Cam, inspirando muy hondo—. Perfecto. No te rebajes a vivir una mentira. No me preguntes si seguirá queriéndote si descubre lo que eres; hasta el imbécil más enamorado conoce la respuesta: no. No podrá. Tampoco sueñes con poder ocultarle algo así. Y, sobre todo, por Lucifer, no olvides que no podrás entrar en ningún templo de la tierra si algún día decides casarte con esa pobre criatura.

—Creo que puedo conseguir que funcione, Cam.

—Entonces, ¿crees que tu amada y tú estáis hechos el uno para el otro?

—Sí. Nos queremos con locura.

—¿Y qué concepto tiene ella de la eternidad?

Roland enmudeció.

—¡No me digas que no lo sabes! Bien, yo te lo diré. Esta, Roland, es la verdad incuestionable sobre nuestra inmortalidad: que los mortales no la entienden. Les aterra. La devorará la idea de que ella envejecerá y morirá, y tú seguirás siendo el

mismo diablo joven y atlético que eres ahora.

—Podría cambiar por ella... Podría hacerme el viejo, aparentar que me arrugo y me marchito...

A Cam se le avinagró el rostro.

—Roland, ese no es tu estilo. Quienquiera que sea, será más fácil para ella ahora que seguramente aún es joven y hermosa y puede encontrar otra pareja. No desperdicies sus mejores años.

—Pero debe haber un modo. Que lo tuyo con Lilith no funcionara no significa...

—¡No estamos hablando de mí!

Guardaron silencio y escucharon el eco del agua que caía a su alrededor.

—Muy bien —replicó Roland al fin—, y qué me dices de Daniel y Lu...

—¿Qué pasa con ellos? —bramó Cam a la cascada. Su rostro se enrojeció con una furia súbita—. Si son tu modelo, pregúntales a ellos. —Meneó la cabeza, asqueado—. Todos sabemos cómo terminarán.

—¿A qué te refieres?

Cam clavó en Roland sus ojos verdes. Y este se sofocó al verse compadecido.

—Terminará abandonándola. No le queda otra. No es rival para esa maldición —dijo Cam—. Esa condena lo sobrevivirá y lo destruirá.

Las alas de Roland se erizaron.

—Te equivocas. Has intimado demasiado con Lucifer...

—Eso no podría ser menos cierto —se mofó Cam, pero, cuando se volvió, Roland le vio la marca en la nuca. El tatuaje asomaba por detrás del alto cuello de su capa. Inconfundible.

—¿Ya llevas su marca? —inquirió Roland con voz trémula. Él aún no la llevaba. No esperaba que jamás se la ofrecieran. Lucifer solo marcaba a determinados demonios, a aquellos con los que deseaba tener una relación especial—. Cam, no puedes...

Cam le cogió la cara entre sus manos y apretó fuerte. Estaban muy cerca el uno del otro, trabados de forma íntima. Roland no sabía si eran enemigos o amigos.

—¿Quién es el que ha venido a pedirle consejo a quién, Roland? No hablamos de mí, ni de mi conducta, sino de ti y de esa penosa historia de amor a la que vas a tener que poner fin.

—Tiene que haber un modo.

—Reconócelo: no habrías acudido a mí si no supieras la respuesta.

De todo lo que Cam le había dicho ese día en la catarata, las palabras de despedida fueron las peores: sí, Roland ya conocía la respuesta que buscaba. Solo esperaba que alguien le dijera otra cosa, y le ahorrara el tener que hacer lo que debía hacer.

Cuando regresó para decírselo, Rosaline parecía saberlo ya. Trepó a su balcón,

pero ella no corrió a besarlo. Su rostro se tensó por la sospecha en cuanto él entró en su alcoba.

—Percibo un cambio en ti —le dijo con voz helada de miedo—. ¿Qué es?

Roland sintió un fuerte dolor físico al ver aquel rostro tan triste. No quería mentirle, pero no encontraba las palabras.

—Ay, Rosaline, hay tantas cosas que debería decirte...

Y ella, como si de pronto hubiera recordado sus locuaces poemas, le exigió:

—Respóndeme con una sola palabra: ¿cuál es el futuro que tenemos juntos?

Eso había ocurrido hacía más de mil años. Y todavía se estremecía al pensar en lo que le había contestado. Ojalá pudiera aplastar aquel recuerdo, y de paso aquel instante. Pero había ocurrido. Y el pasado no podía cambiarse.

Roland le había dicho a Rosaline su única palabra:

—Adiós.

Aunque habría querido decir «Siempre».

Pero Cam tenía razón: no había un «siempre» entre una mujer y un ángel caído.

Había huido antes de que ella le suplicara que no se fuese. Pensó que estaba siendo valiente, pero la vida le había enseñado que no. Estaba destrozado y asustado.

Después de aquello, Roland solo la había visto una vez más: a las dos semanas, cuando, suspendido en el aire en el exterior de su ventana, la había visto llorar durante una hora.

Se prometió que jamás volvería a hacer sufrir a nadie por amor. Desapareció.

Y esa fue su máxima.

Roland se quitó algo de la mejilla y le asombró descubrir que era una lágrima. Aunque había limpiado un millón de gotas saladas de otras mejillas, no recordaba haber llorado nunca.

Pensó en Lucinda y en Daniel, en su eterna devoción mutua. Ellos no huían de sus errores y, a lo largo de los siglos, habían cometido muchos. Volvían a cometerlos, los repetían, los revivían... hasta que algo había cambiado de pronto en esa última vida, cuando ella se había reencarnado en Lucinda Price. Algo la había hecho volver a su pasado para encontrar la salida a la maldición. Para que ella y Daniel pudieran estar juntos.

Siempre estarían juntos. Siempre se tendrían el uno al otro, pasara lo que pasase.

Roland no tenía a nadie.

En silencio, se levantó e hizo su propio voto de San Valentín. Volvería a trepar el muro de Rosaline, y se redimiría del único modo que conocía.

Pupilo del amor

De nuevo en lo alto del muro exterior, otro paseo por el antepecho de piedra, y después el ascenso final al torreón y a su balcón, y a Rosaline una vez más.

Cuando Roland se estabilizó en el balcón, el sol, muy bajo en el horizonte, producía sombras largas por encima de su hombro. Las Anunciadoras se desplazaban y enroscaban entre las sombras, era el modo de susurrar su presencia, pero lo dejaron en paz. La temperatura había descendido y el aire traía indicios de humo y de la escarcha que se avecinaba.

Se imaginó entrando en la torre por el balcón y recorriendo a hurtadillas los pasillos en penumbra hasta encontrarla en su alcoba. Luego imaginó su reacción.

La vio retrocediendo asombrada, con una expresión de puro gozo, las manos cruzadas sobre su refinado pecho...

Pero ¿y si estaba enfadada?

¿Y si seguía enfadada después de cinco años? Podía ser.

No debía descartarlo.

Habían compartido algo hermoso y poco corriente, y Roland había aprendido que las mujeres eran muy sentidas en lo tocante al amor. Ellas vivían el amor de formas que él jamás podría entender, como si sus corazones dispusieran de más cámaras, inmensas, en las que el amor pudiera alojarse y no marcharse jamás.

¿Qué hacía él allí? El viento se abría paso por debajo de su armadura de acero. No debería estar allí. Esa parte de su vida había terminado. Tal vez Cam se equivocara en cuanto al amor, pero tenía razón en que el tiempo había cambiado a Roland.

Debía bajar, montar en su caballo e ir en busca de Daniel.

Solo que... no podía.

¿Qué iba a hacer?

Podía arrastrarse.

Hincarse de rodillas, inclinarse ante ella y suplicar su perdón. Podía y debía.

Hasta ese momento, ni siquiera se había dado cuenta de que estaba buscando su perdón.

Se encontraba en el balcón, temblando. ¿Estaba nervioso o emocionado? Había llegado hasta allí y seguía sin saber qué iba a decirle. Le recitaría unos versos de un poema que se había formado en un rincón de su corazón:

Que ningún rostro resida en la mente
Salvo el rostro de Rosaline.

No, así era como lo había fastidiado antes: ella no necesitaba un mal poema. Necesitaba un amor corporal y recíproco.

¿Podía darle Roland ese amor?

La cortina roja ondeó al viento, y se abrió ante el enérgico tacto de sus dedos. Roland se ocultó tras el muro de piedra, pero estiró el cuello hasta que sus ojos entraron en la habitación en la que solía estar con ella.

Rosaline.

Estaba espléndida, en una silla de madera, en un rincón, cantando en voz baja. Su rostro había cambiado, pero los años se habían portado bien con ella: había pasado de ser la niña de Roland a una hermosa joven.

Resplandecía.

Estaba espectacular.

Sí, Roland sabía que había cometido un error. Había sido inmaduro en el amor, y se había mostrado estúpido, cínico e inseguro sobre si lo que tenían podía durar. Había aceptado demasiado rápido las amargas afirmaciones de Cam.

Pero mira Luce y Daniel. Ellos habían demostrado que el amor podía sobrevivir incluso al peor de los castigos. Y quizá todo lo ocurrido hasta ese momento —el que llegara accidentalmente a esa época, que aceptara ayudar a Shelby y a Miles, que pasara por delante del castillo de Rosaline— había sucedido por una razón.

Se le estaba dando una segunda oportunidad en el amor.

Esta vez atendería a los dictados de su corazón. Roland estaba decidido a colarse por la ventana abierta...

Pero ¡un momento!

Rosaline no cantaba para sí. Roland parpadeó y volvió a mirar. Tenía público: un bebé envuelto en una colcha de plumas. El bebé mamaba. ¡Rosaline era madre!

Rosaline era la esposa de algún hombre.

El cuerpo de Roland se tensó y un pequeño grito ahogado escapó de sus labios. Debería haberse sentido aliviado al verla tan bien, más feliz que nunca, pero lo único que sintió fue una inmensa soledad.

Se apartó bruscamente del balcón y pegó la espalda al muro curvado del torreón. ¿Qué clase de hombre habría ocupado el lugar que él jamás debería haber abandonado?

Se aventuró a echar otro vistazo dentro, y vio a Rosaline levantarse de la silla y dejar al bebé en su cuna de madera. Roland cerró los ojos y oyó cómo sus pasos se esfumaban, como una canción, al salir de la alcoba y perderse por el pasillo.

Aquello no podía terminar así; esa no podía ser su última imagen del amor.

Imbécil. Imbécil por volver. Imbécil por no dejarlo estar para siempre.

Instintivamente, se dispuso a seguirla, reptó por el saliente poco profundo del torreón hasta la siguiente ventana, asiéndose al muro con los dedos raspados.

Ese aposento contiguo a la alcoba donde había visto a Rosaline había pertenecido a su hermano, Geoffrey, pero, al asomarse al cristal curvado, Roland distinguió ropa de mujer colgada junto a la ventana.

Oyó la voz grave de un hombre y luego —en respuesta— la de Rosaline.

De espaldas a Roland, había un hombre joven sentado al borde de una cama cubierta por una colcha adamascada. Cuando se volvió de perfil, lo encontró atractivo, pero tampoco exageradamente: pelo castaño liso, piel pecosa y nariz de patata.

Una mujer se recostaba sobre él, su melena rubia desplegada en su regazo, como solo lo hacen quienes están tan a gusto con el cuerpo del otro como con el propio. Lloraba.

Era Rosaline.

—Pero ¿por qué, Alexander?

Cuando Rosaline alzó su rostro bañado en lágrimas para mirarlo, a Roland le dio un vuelco el corazón.

Alexander, su esposo, le acarició el pelo enredado.

—Mi amor... —Le besó la nariz, lo último en lo que Roland habría pensado de haber tenido acceso a esos labios—. Mi caballo está ensillado. Los hombres me esperan en el cuartel. Sabes que debo salir antes de que caiga la noche para reunirme con ellos.

Rosaline asió la manga de la camisola de él y sollozó.

—Mi padre dispone de mil caballeros que podrían ocupar tu lugar. Te lo ruego, no me abandones. No nos abandones para ir a luchar.

—Tu padre siempre ha sido demasiado generoso. ¿Por qué iba a ocupar mi lugar otro hombre si yo soy joven y capaz? Es mi deber. Cuando nuestra cruzada termine, volveré contigo, Rosaline.

Ella meneó la cabeza, con las mejillas sonrojadas de rabia.

—No soporto la idea de perderte. No puedo vivir sin ti.

A Roland le dio un vuelco el corazón al oír aquellas palabras.

—No tendrás que hacerlo —repuso Alexander—. Te doy mi palabra: volveré.

Se levantó de la cama y ayudó a su esposa a ponerse en pie. Roland pudo ver con renovada envidia que estaba embarazada de un segundo bebé. Su vientre sobresalía bajo el bonito vestido plisado. Apoyó las manos en él, apesadumbrada.

Roland jamás la habría dejado en semejante estado. ¿Cómo podía aquel hombre marcharse a la guerra? ¿Qué guerra importaba más que las obligaciones del amor?

La congoja que ella hubiera podido sentir por Roland hacía cinco años palidecía en comparación con esto, porque ese hombre no era solamente su amante y su marido, sino también el padre de sus hijos.

A Roland le flaqueó el ánimo. No podía soportarlo. Pensó en todos los años

transcurridos entre su tristeza medieval y el presente del que venía; en los siglos pasados en la luna, vagando entre cráteres y abandonando sus obligaciones; intentando olvidar que la había visto siquiera. Pensó en el vacío temporal al que había cedido en el portal que conectaba julio con septiembre, abandonándolo todo como había abandonado a Rosaline.

Ahora sabía que por mucho que durara su infinito nunca olvidaría las lágrimas de ella.

Qué imbécil y narcisista había sido. Ella no necesitaba sus disculpas; disculparse ante ella sería del todo egoísta, un modo de aliviar su conciencia culpable. Y reabrirla las heridas de Rosaline. Ya no había nada que pudiera hacer o ser por ella.

O casi nada.

El joven que se acercaba al establo, en cuyo interior esperaba Roland, le pareció larguirucho y descoordinado. Llevaba el yelmo en la mano, con el rostro al descubierto. Roland lo estudió. Odiaba y respetaba a ese hombre, que se sentía a la vez obligado y reacio a luchar. ¿Podrían significar más para él el honor y el deber que el amor? O ¿quizá era amor aquella confusión de honor y deber? Las paradojas se amontonaban de tal modo que las más altas llegaban hasta las estrellas.

¿Quién iba a desear ir a la guerra y dejar a una familia que lo amaba?

—Soldado —llamó a Alexander cuando lo tuvo lo bastante cerca para reconocer su mirada atormentada—. ¿Vos sois Alexander, pariente de mi señor John, propietario de este feudo?

—¿Y quién sois vos? —Alexander pasó el umbral del establo. Sus ojos pardos se entrecerraron al reparar en la armadura completa de Roland—. ¿De qué batalla venís, así vestido?

—Me han enviado aquí para que ocupe vuestro lugar en la campaña.

Alexander se detuvo.

—¿Os envía mi esposa? ¿Su padre? —Negó con la cabeza—. Apartaos, soldado. Dejadme montar en mi caballo.

—No lo haré. Vuestra misión ha cambiado. Conocéis las tierras colindantes mejor que la mayoría. Tiempos difíciles se nos avecinan si la batalla no nos es favorable en el norte. Si nos retiramos, seréis necesario aquí, guardando la ciudad de los intrusos.

Alexander ladeó la cabeza.

—Mostrad vuestro rostro, soldado, porque no confío en un hombre que se oculta tras una máscara.

—Mi rostro no es asunto vuestro.

—¿Quién sois?

—Uno que sabe que vuestro deber está aquí, con vuestra familia. Ningún botín de guerra importa más que el amor verdadero y el honor familiar. Retiraos si queréis

continuar viviendo.

Alexander soltó una suave carcajada, pero luego su expresión se hizo más dura. Desenvainó la espada.

—Luchemos, pues.

Roland debió haberlo esperado y, aun así, lo exasperó. ¿Cómo podía aquel tipo estar tan decidido a abandonarla? ¡Roland jamás la hubiera dejado!

Sin embargo, claro, ya lo había hecho. Él había abandonado a su verdadero amor como un idiota insensible. Había estado solo desde entonces. La soledad ya era mala de por sí, pero se transformaba en un sentimiento horrible y desgarrador cuando se había conocido el amor.

A ningún hombre debería permitírsele cometer el mismo error. Pese a sus celos, eso lo veía claro. Le correspondía a él detener a Alexander.

Tragó saliva, suspiró para sus adentros y desenvainó la espada. Tenía un metro de longitud y era tan punzante como el dolor que le atravesaba el corazón al tener que enfrentarse a aquel hombre.

—Soldado —le dijo Roland rotundamente—. No bromeo.

El joven avanzó y blandió la espada torpemente. Roland la rechazó sin esfuerzo. Los aceros chocaron con un ruido sordo. La espada de Alexander se deslizó hacia el suelo empujada suavemente por la de Roland hasta rebotar en el heno húmedo del establo.

—¿Por qué os conducís tan alegremente a vuestra propia muerte? —preguntó.

Alexander gruñó y volvió a la posición de ataque, levantando la espada a la altura del pecho.

—No soy un cobarde.

Quizá no, pero su aptitud dejaba mucho que desear. Habría aprendido a manejar la espada de niño, embistiendo balas de heno con sus amigos en los festivales de verano. No era un soldado. En el frente, no duraría ni una hora.

O Roland podía matarlo ahí mismo...

Por un momento vio su espada caer con destreza sobre el cuello desnudo de aquel hombre; la impresión ante la columna quebrada y la sangre roja chorreando del acero a la tierra.

Qué fácil sería poner fin a aquella corta vida. Ocupar su lugar en la torre y amarla como ella necesitaba que la amaran. Roland ya sabía cómo hacerlo.

Pero pestañeó y visualizó a Rosaline. Al bebé.

«No debes matarlo —se dijo—. Solo persuadirlo».

Saltó un poco hacia delante, blandiendo su espada hacia Alexander, que retrocedió tambaleándose y lo esquivó dando una vuelta. Esta vez se libró del acero de Roland por pura suerte.

Roland rió y su risa le supo amarga.

—Os ofrezco ayuda, soldado, y os prometo que obedezco órdenes procedentes de un rango mayor que el de vuestro señor feudal. Sabed que no deshonraré vuestras intenciones. Dejadme ir a la guerra por vos.

—Habláis con acertijos. —El miedo de Alexander le tensó la boca como la piel de un tambor—. No podéis reemplazarme.

—Sí puedo —respondió Roland, furioso—, eso, por lo menos, lo tengo claro.

En un arrebato, Roland olvidó su propósito y atacó a Alexander con la furia de un amante despreciado. Ante el acero de Roland, el otro se encogió, espada en ristre, pero al menos tuvo la dignidad de no recular, aunque, tras otro choque de espadas, Roland lo desarmó. Su acero apuntó la garganta agitada del joven.

—Un verdadero caballero se rendiría. Aceptaría mi oferta y serviría a su pueblo desde aquí, protegiendo su hogar y a sus vecinos cuando lo precisaran —tragó saliva—. ¿Os rendís, señor?

Alexander tomó aliento, incapaz de hablar. No dejaba de mirar la espada que le apuntaba el cuello. Estaba aterrado. Asintió con la cabeza. Se rendiría.

Roland se calmó y cerró los ojos.

Él y aquel pálido mortal amaban a la misma joya. No podían ser enemigos. Fue entonces cuando Roland se decidió. Le perdonaría la vida, pero no por Alexander sino por Rosaline.

—Sois más valiente que yo. —Y era cierto: Alexander había tenido la valentía de amar a Rosaline cuando a Roland le daba demasiado miedo—. Aceptad la fortuna que os brindo esta noche y volved con vuestra familia. —Roland se esforzó por sonar sereno—. Besad a vuestra esposa y criad a vuestros hijos. Eso sí es un honor.

Se miraron fijamente durante un instante largo y tenso, hasta que Roland empezó a sentir que Alexander lo veía por la ranura de la visera. ¿Cómo no iba a notar Alexander el dolor que impregnaba el aire que ambos respiraban? ¿Cómo no iba a darse cuenta de lo cerca que había estado Roland de matarlo y ocupar su lugar?

Retiró la espada del cuello de Alexander, la envainó, montó en su caballo y salió del establo para adentrarse en la noche.

El camino estaba desierto y la luz de la luna lo bañaba de azul.

Roland cabalgó rumbo norte. Aún debía encontrar a Daniel; por lo menos un amor había de redimirse en esa justa contra el tiempo. Durante un cuarto de hora estuvo absorto pensando en Rosaline, pero su recuerdo le provocaba demasiado dolor para recrearse más en él. Acababa de centrar la vista en el camino cuando vio a un jinete que galopaba hacia él montado en un caballo negro como el carbón.

Incluso notó algo raro y al tiempo familiar en la armadura del caballero. Por un instante en la oscuridad, se preguntó si no se trataría de su yo anterior, pero cuando el caballero alzó una mano para detener el trote de Roland, encontró sus gestos más

apremiantes de lo que habrían sido los suyos.

Se detuvieron el uno frente al otro, y sus caballos protestaron con relinchos, trotando en círculos y exhalando vahos de aire gélido.

—¿Venís de aquellas tierras? —La voz del caballero resonó por el camino mientras señalaba el castillo que se divisaba a lo lejos.

Debió de creer que Roland era Alexander. ¿Habrían enviado a aquel caballero para que escoltara a Alexander al frente?

—S-sí —tartamudeó Roland—. Soy el reemplazo de...

—¿Roland? —La voz del soldado pasó de lo que Roland ya había notado una gravedad fingida a un tono efervescente y extraordinariamente encantador.

El caballero se quitó el yelmo. Su pelo oscuro cayó en cascada por la armadura y entonces, a la luz de la luna, Roland vio el rostro que conocía mejor que ningún otro desde el comienzo de los tiempos.

—¡Arriane!

Saltaron de sus caballos y se abrazaron. Roland no sabía cuánto tiempo había pasado desde que su yo medieval había visto a aquella Arriane medieval, pero la batalla emocional que acaba de librar le hacía sentirse como si hubieran pasado siglos desde la última vez que veía a un amigo.

Hizo girar al ángel nervudo. Las alas le salían por unas ranuras de la armadura, y Roland le envidió semejante liberación. Como es lógico, le hacían la ropa a medida, igual que a todos ellos en aquella época.

Roland se sentía enjaulado en su armadura prestada, pero no quería protestar delante de ella. Arriane todavía no sabía que él era un anacronismo, y quería dejarlo así. ¡Se alegraba tanto de verla!

La luna brillaba como un foco en la piel blanca de su amiga. Pero, cuando ella volvió la cabeza, Roland dio un grito ahogado.

En el lado izquierdo del cuello le brillaba una quemadura horrible. Tenía la piel manchada, abultada, ensangrentada, era una herida espantosa. Roland reculó sin quererlo, haciendo que Arriane se avergonzara.

Ella alargó enseguida la mano para taparse pero gimió al rozar la herida con sus dedos.

Roland había visto aquella cicatriz mil veces en futuros encuentros con Arriane, pero su origen aún era un misterio para él. Solamente una cosa podía hacer tanto daño a un ángel, pero nunca se había atrevido a preguntarle si era el caso.

La herida era reciente entonces, una especie de intensa erupción en el cuello. Debía de habérsela hecho hacía poco.

—Arriane, ¿qué te ha pasado?

Ella se volvió y miró para otro lado; no quería que Roland tuviera a la vista su piel desfigurada. Suspiró.

—El amor es un infierno.

—Pero... —Roland cerró los ojos, y pronunció la frase que se repetía en su cabeza—: nada puede estropear la figura de un ángel salvo... —Ella apartó la vista, sofocada, y Roland la atrajo hacia sí—. ¡Ay, Arriane! —clamó, cogiéndola por la cintura sin dejar de mirarle el cuello por más que lo intentara. No podía abrazarla como habría querido, no podía librarla de la pena—. Me duele por ti.

Arriane asintió. Lo sabía. Nunca le había gustado llorar.

—Vengo de ver a Daniel —dijo.

—Yo iba a reunirme con él —le comunicó Roland, emocionado por su suerte—. Se requiere su presencia en la feria de San Valentín.

—Bajará esta noche. Hasta puede que ya esté en la ciudad. Por lo menos, Lucinda estará contenta.

—Sí —dijo Roland, cayendo de pronto en la cuenta—. ¡Eras tú! El caballero que fue a llevar el mensaje a los hombres del campamento. No era yo. Falsificaste el decreto del rey que concedía permiso a los soldados para disfrutar del día de San Valentín.

Arriane se cruzó de brazos.

—¿Cómo lo has sabido?

—Clarividencia. —Se sorprendió al descubrirse sonriendo.

Le bastaba con tenerla allí, su más querida amiga. Ella hacía que su viaje al desamor pasado resultara un poco menos sombrío.

Roland cogió el yelmo de Arriane y la ayudó a subir al caballo. Montó en el suyo y volvió a bajarse la visera. Juntos, los dos caballeros se encaminaron a la ciudad.

A veces, en el amor, no todo era ganar, sino realizar sacrificios sabios y contar con el apoyo de amigos como Arriane. La amistad, observó Roland, era su verdadera forma de amor.

Amor ardiente



EL SAN VALENTÍN DE ARRIANE

1

El secreto

Arriane contempló la mañana toscana perfumada de tomillo y suspiró. Estaba tendida en el suave césped verde, con los codos levantados y la barbilla entre las manos, saboreando la temperatura tan impropia de la estación, y el tacto de unos dedos suaves que recorrían su largo cabello oscuro.

Así era como Arriane y Tess pasaban la tarde las pocas veces que estaban juntas: una trenzaba el pelo y la otra hilaba historias. Luego se cambiaban los papeles.

—Érase una vez un ángel asombroso... —empezaba Arriane, ladeando la cabeza para que Tess pudiera retirarle el pelo del cuello.

A Tess se le daban mejor las trenzas. Se sentaba al lado de Arriane con una cesta de flores silvestres en el regazo, se inclinaba sobre su estrecha espalda y, con el recio pelo del ángel, le tejía trenzas muy tirantes. Se las prendía con horquillas y las hacía zigzaguear por el cuero cabelludo de Arriane, como si fuera Medusa, que era su estilo favorito.

Arriane, en cambio, tenía suerte si lograba finalizar una trenza torcida con la mata pelirroja de Tess. Tensaba, tiraba y pasaba con dificultad el peine por los rizos de Tess hasta que esta gritaba de dolor. Sin embargo, a Arriane se le daba bien contar historias. ¿Y qué eran unas trenzas sin una buena historia?

Un aburrimiento.

Arriane cerró los ojos y gimió cuando los dedos de Tess empezaron a ascender por su cuero cabelludo. No había nada más agradable que las caricias de una amante.

—Arriane...

—Sí. —Abrió los ojos y paseó la vista por los pastos donde las vacas lecheras haraganeaban por las ochenta hectáreas de la granja. Esos eran sus momentos favoritos: sencillos y sosegados, las dos solas. Era media tarde; la mayoría de las lecheras que trabajaban en la granja donde se había empleado Arriane ya habían regresado a sus hogares.

Había elegido aquel empleo porque no estaba lejos de Lucinda, quien, en esa vida, había crecido en un feudo inglés, a solo unos minutos de vuelo hacia el norte. Por lo general, a Daniel le agobiaba la presencia de Arriane y los otros ángeles a los que se les había encomendado su vigilancia, pero desde la granja podía darle espacio y, aun así, volar rápido hasta él o Lucinda si era necesario. Además, le gustaba adoptar un estilo de vida humano de cuando en cuando. Le sentaba bien trabajar en una lechería y complacer a un jefe. Tess nunca entendió esa necesidad, claro que el señor de Tess era algo más exigente que el Trono.

Resultaba complicado tener un momento a solas con Tess. Sus visitas a la granja —a aquella parte del mundo, en general— no eran frecuentes, ni duraban lo suficiente. Arriane odiaba imaginar la oscuridad que esperaba a Tess en cuanto se despidiera de ella, o pensar en su amo, que detestaba que se alejara de su reino.

«No pienses en él —se reprendía—. ¡Por lo menos mientras Tess está a tu lado y no hay necesidad de cuestionar tu amor!».

Sí. Tess estaba a su lado. Y la hierba donde estaba tendida era blanda, y el aire de la granja tan perfumado de flores silvestres que podría haber caído rendida en brazos de un sueño reparador.

Pero la historia... A Tess le encantaban sus historias.

—¿Por dónde iba? —preguntó Arriane.

—Hum, no me acuerdo. —Tess parecía distraída. Arañó a Arriane en el cuello sin querer, al cogerle un mechón de pelo.

—¡Ay! —Arriane se frotó el cuello. ¿No se acordaba? Era ella la que se perdía en sus pensamientos, no Tess—. ¿Pasa algo, mi amor?

—No —contestó Tess enseguida—. Empezabas una historia... Un asombroso...

—¡Ah, sí! —intervino Arriane, contenta—. Un ángel asombroso. Se llamaba... Arriane.

Tess le tiró del pelo.

—¿Otra historia sobre ti? —Rió, pero su risa sonó distante, como si ya hubiera volado muy lejos.

—¡Tú también sales! Espera y verás. —Arriane se volvió de lado para mirarla. El brazo con el que Tess le había estado trenzando el pelo se deslizó por su cadera.

Tess llevaba un vestido blanco de algodón, con un ajustado corpiño y mangas anchas con volantes. Tenía explosiones de pecas en los hombros, que a Arriane le parecían galaxias de estrellas. Sus ojos eran solo un poco más oscuros que los asombrosos iris azul claro de Arriane.

Era la persona más guapa que Arriane había conocido jamás.

—¿Y qué era tan asombroso en aquel ángel? —preguntó Tess al rato, siguiendo el relato.

—Oh, ¿por dónde empiezo? ¡Había tantas cosas asombrosas en ella...! —Arrianeladeó la cabeza, como buscando inspiración para su historia, y notó que se le soltaba la trenza aún sin prender.

—¡Arriane! —la reprendió Tess—. ¡La has estropeado!

—¿Qué quieres que haga si mi pelo tiene otros planes? ¡Igual el tuyo también! —Arriane quiso coger la cinta que sujetaba la larga trenza pelirroja de Tess.

Pero Tess era demasiado rápida. Reculó en la hierba como un cangrejo, riéndose al ver que Arriane se levantaba y la perseguía.

—Ese ángel de lo más asombroso —gritó persiguiendo a Tess, que corría por la

hierba contra el fuerte viento de febrero— tenía el pelo enmarañadísimo. Era famosa por ello en todo el mundo. «Enredos», la llamaban. —Trotó alzando las rodillas, con las manos en alto, meneando los dedos como para evocar su pelo—. Las ciudades desaparecían bajo su poderosa melena. ¡Con sus rizos envolvía a ejércitos enteros! Hombre hechos y derechos lloraban y se perdían en el abismo negro de sus serpentinos cabellos.

Entonces Arriane se pisó el bajo de su amorfo vestido de lechera y cayó de bruces al suelo. Estando a cuatro patas, alzó la vista hacia Tess, que se había parado entre Arriane y el sol, haciendo que un halo de luz rodeara su pelo rojo.

Tess se inclinó para ayudarla a levantarse, y le cogió suavemente las muñecas.

—Hasta que un día... —Arriane se dispuso a limpiarse las palmas embarradas en la pechera de su vestido; Tess le dio un manotazo y sacó, de su bolsillo encordado, un pañuelo de algodón—. Hasta que un día, ese ángel conoció a alguien que cambió su vida.

Tess levantó un poco la barbilla. Escuchaba.

—Esa persona era un pequeño diablo —siguió Arriane—. Era bastante seria, y siempre estaba fastidiando las bromas de Enredos, siempre burlándose de su candidez, siempre recordándole a Enredos que había cosas más importantes que el pelo.

De repente, Tess se dio la vuelta. Se sentó en la hierba de espaldas a Arriane. ¿Le habría desagradado la descripción de su personaje? ¡Pero la cosa no terminaba ahí! Toda historia precisaba un momento crucial, un elemento sorpresa. Arriane se tumbó sobre las piernas estiradas de Tess y se incorporó un poco apoyando un codo en la hierba. Con la otra mano se dispuso a descruzar los brazos firmemente cruzados de Tess, pero, aunque aceptó entrelazar las manos con las de su amante, Tess no apartó su mirada de la pálida flor amarilla que crecía en la hierba.

—Pon fin a esa necia historia, Arriane —dijo como en trance—. Hoy no estoy de humor.

—¡Que ahora viene lo mejor! —repuso Arriane, ceñuda—. En muchos aspectos, aquel aparente adversario era la antítesis misma de Enredos. Su pelo era una mata de pelusa roja. —Arriane le acarició el cabello a Tess—. Su piel era un lienzo pálido que ardía con la mínima caricia del sol. —Deslizó el dedo por el suave brazo desnudo de Tess.

—Arriane...

—Pero aquella criatura era un demonio con peine, que domaba entre sus dedos los destructivos rizos. Aquella persona, a diferencia del ángel, tenía una naturaleza...

—¡Basta! —espetó Tess, apartando la mirada y fijando sus ojos en un arroyo poco profundo recortado por las piedras al borde de los pastos—. Estoy harta de cuentos de hadas.

Se levantó y Arriane se acercó a ella gateando.

—No es un cuento de hadas —insistió Arriane, ignorando el modo en que se le erizaba el vello. Se incorporó y ladeó la cabeza—. El hecho de que estemos aquí juntas...

—Solo se debe a que él no prestaba atención.

—¿No «prestaba»? —Un viento frío asoló de pronto el prado.

—Me ha dado un ultimátum.

Arriane palideció, y con ella el prado entero. El cielo se oscureció, la hierba perdió su vigor. Hasta el pelo de Tess parecía menos lustroso. Aunque Arriane sabía que aquel momento llegaría —lo había sabido desde el principio—, se quedó sin aliento.

Tess llevaba el tatuaje negro en forma de rayos de sol en la nuca, aquel con el que Lucifer marcaba a los demonios de su círculo íntimo.

—Él lo sabe. Y ahora quiere que vuelva —dijo Tess con una voz gélida que heló poco a poco el alma de Arriane.

—¡Pero si acabas de llegar! —Arriane sintió ganas de correr hacia su amor, echarse a los pies de Tess y llorar, pero se limitó a mirarse las manos—. No quiero que te vayas. Odio que te vayas.

—Arriane... —Tess se le acercó un paso, pero Arriane se apartó, rabiosa.

—¿Quién es él para decidir lo que podemos o no podemos hacer? ¿Qué clase de monstruo fanfarronea constantemente sobre el libre albedrío y luego es incapaz de darte libertad para que sigas los dictados de tu corazón?

—No tengo elección.

—Claro que sí —repuso Arriane—. Solo que prefieres ceder.

Los primeros síntomas de un sollozo descomunal hincharon el pecho de Arriane al ver que Tess no contestaba. Tal era la vergüenza que sentía que dio media vuelta y echó a correr por el prado. Siguió el curso del río y subió por la suave loma verde de la margen occidental de la granja. Pisoteó el jardín de hierbas aromáticas de la señora, incapaz de ver el tomillo entre las lágrimas. Oía a Tess correr tras ella, sus pasos livianos se iban acercando. Pero no se detuvo hasta llegar a la puerta del viejo granero donde a la mañana siguiente se levantaría antes del alba para ordeñar las vacas.

Se lanzó contra la recia pared de madera del granero y cedió a los sollozos.

Tess abrazó a Arriane por detrás y su trenza roja se mecía sobre su hombro. Apoyó la cabeza entre las paletillas de Arriane y así estuvieron llorando durante unos minutos.

Cuando Arriane se volvió, apoyando su espalda en la pared del granero, caliente por el sol, Tess le cogió la mano. Sus dedos eran largos, pálidos, delgados; los de Arriane eran diminutos, con las uñas completamente mordidas. Arriane hizo pasar a

Tess a través de la puerta abierta de bisagras oxidadas hasta el interior del granero, donde estarían a salvo de las miradas de las otras lecheras, que pronto se reunirían para la cena.

Permanecieron de pie entre el heno y los caballos; unas vacas acurrucadas juntas, que ocupaban un rincón. El olor de los animales lo invadía todo: el almizcle de los caballos, el dulzor plumoso de los pollos, el sudor seco de la piel de las vacas.

—Hay un modo de que estemos juntas —le dijo Tess en voz baja.

—¿Cómo? ¿Piensas desafiarlo?

—No, Arriane. —El demonio negó con la cabeza—. He hecho un juramento. Estoy atada a Lucifer.

Cuando Tess se volvió y asomó la cabeza por la puerta al interminable prado, Arriane vislumbró el tatuaje negro con forma de sol que estropeaba su bonita piel. Era lo único que podía mancillar el cuerpo de un ángel. Cualquier otra mancha, marca o cicatriz desaparecía con el tiempo, salvo las de las alas.

La marca de Lucifer era lo único de Tess que Arriane podía decir que no amaba. Levantó la mano para tocarse la nuca, pálida y sin mancha. Pura.

—Hay otro modo —dijo Tess, arrimándose a Arriane hasta entrelazar sus pies. El amor de Tess olía a jazmines, y ella solía decir que Arriane olía a nata dulce—. Un modo de dejar de vivir así, guardando en secreto lo nuestro.

Tess extendió los brazos y colocó sus manos sobre los hombros de Arriane. Por un momento, Arriane pensó que iban a abrazarse otra vez. Sintió que su cuerpo se rendía, que ansiaba ese abrazo.

En cambio, unos dedos fríos le treparon por la nuca.

—Podrías unirte a mí.

Arriane se apartó bruscamente. La piel se le erizó.

—Sé mi alma gemela, Arriane. Ven y ocupa tu lugar en las filas del Infierno.

2

Deseos infernales

Arriane retrocedió.

—No —susurró, convencida de la imposibilidad de esa opción—. Jamás.

Los ojos de Tess le suplicaron con temible intensidad.

—Podemos poner fin al secreto de nuestra aventura y proclamarla al universo.

El modo en que resonaba su voz y rebotaba en el techo del granero la inquietaba.

—¿No quieres eso? —le gritó Tess—. ¿No quieres que estemos juntas, reventar los grilletes arbitrarios que nos impiden ser nosotras mismas?

Arriane negó con la cabeza. Aquello era injusto. Tess estaba desquiciada. Tenía el alma más exquisitamente hermosa que Arriane había visto jamás, pero esa vez había ido demasiado lejos. Si Arriane le importaba lo más mínimo, Tess ya debía de saber cuál sería la respuesta de su amante.

Sin embargo...

Arriane titubeó y, por un momento, trató de ver la situación desde el punto de vista de Tess. Desde luego, quería poder amar a Tess abiertamente. Siempre querría. ¿Qué más tenía que hacer para demostrarlo?

¡No! ¿Cómo podía Tess pedirle eso? ¡Que se adhiriera al Infierno y no al Cielo! Eso no era amor. Era una locura.

—Quizá las normas sean acertadas —dijo Arriane, indecisa—. Quizá ángeles y demonios no deberían...

—¿Qué? —la interrumpió Tess—. Dilo.

—Lucifer jamás lo permitiría —espetó Arriane, evasiva, apartándose de Tess para pasear nerviosa por el granero. Pasó delante de las cuadras de los caballos, el redil de las vacas... Todo tenía su sitio. Miró a Tess, en la otra punta del granero. Jamás se había sentido tan lejos de aquella alma que tanto amaba.

—Lucifer podría permitirlo —empezó a decir Tess.

—¡Ya sabes lo que piensa del amor! —saltó Arriane—. Desde que... —Se interrumpió. Aquella vieja historia ya no importaba, en ese momento, no.

—No lo entiendes. —Tess soltó una risa falsa, como si Arriane no comprendiera algo tan sencillo como un problema aritmético—. Dice que, si te llevo conmigo...

—¿Quién lo dice? —Arriane levantó bruscamente la cabeza—. ¿Lucifer?

Tess retrocedió, como asustada, y por un instante, a Arriane le pareció ver algo en el techo del granero. Una estatua de piedra..., una gárgola que parecía observarlas, pero cuando pestañeó ya había desaparecido. Volvió a toparse con la mirada enloquecida de Tess, y se sintió traicionada.

—¿Se lo has contado?

Se acercó decidida a Tess, deteniéndose a escasos centímetros de su pecho, que se hinchaba por la sorpresa de verse confrontada. Pero Tess no reculó.

—¿Cómo te atreves? —espetó Arriane, y dio media vuelta.

Antes de que pudiera salir corriendo del granero, Tess la agarró por las muñecas. Arriane trató de zafarse y notó la fricción de los dedos de Tess en su piel.

—¡Déjame en paz! —gritó, aunque no era lo que quería decir, pero de todas formas Tess no escuchaba. Volvió a engancharla y tiró tan fuerte de la manga de su vestido que el tejido se desgarró.

—Sí, se lo he contado —bramó Tess, gritándoselo a la cara—. ¡Al contrario que a ti, a mí no me importa quién lo sepa!

Arriane la empujó. La empujó tan fuerte que cayó de espaldas sobre una torre de baldes de leche, que se le volcaron encima con gran estrépito. Su piel clara quedó salpicada de gotas blancas.

Tess apartó los cubos de una patada y se puso en pie como un resorte. Entonces —y eso no se lo esperaba Arriane— sus alas se abrieron de golpe en su espalda.

Nunca se enseñaban las alas; era algo que habían acordado hacía mucho tiempo. Era un recordatorio demasiado claro de que su amor no podía ser.

Las amplias alas de demonio de Tess inundaron el granero con su resplandor, dorado como la última luz del día, elevadas cumbres que se alzaban inmensas por detrás de sus hombros como dos picos gemelos. Se batían apenas a ambos lados de su cuerpo, completamente estiradas, rígidas, con las puntas algo dobladas en dirección a Arriane.

La postura ritual de lucha.

Los caballos relincharon y las vacas mugieron, como si percibieran la tensión, como si presintieran que algo terrible estaba a punto de ocurrir.

Lo que sucedió después no era algo que Arriane pretendiese, pero no pudo evitarlo: sus alas respondieron a la provocación. Se desplegaron de sus hombros con un apremio tan íntimamente satisfactorio que no pudo reprimir un grito de gozo. Sin embargo, unos segundos después, la angustió verlas hincharse a los lados.

Tess batió sus grandes alas doradas y su cuerpo se elevó. Se mantuvo en el aire unos segundos y luego se lanzó en picado a por Arriane. Las dos rodaron por el suelo del granero.

—¿Por qué haces esto? —chilló Arriane, agarrándola por los hombros y procurando frenarla mientras luchaban.

Tess agarró un mechón de la larga cabellera de Arriane y tiró de él hacia atrás para poder mirarla a los ojos.

—Para demostrarte que yo lucharía por ti, que haría lo que fuera por ti.

—¡Suéltame! —Arriane no quería pelear con su amor, pero sus alas sentían aquel

viejo magnetismo hacia el eterno enemigo. Chilló de dolor y abofeteó el rostro que jamás había querido sino mimar.

—Cuando te unas a mí —le dijo Tess, muy furiosa, inmovilizándole las manos contra el suelo—, él te aceptará. Aceptará nuestro amor.

Arriane negó con la cabeza, encogida de miedo bajo su amante. Temía lo que Tess pudiera hacer a continuación, pero debía decir la verdad.

—Es una trampa.

—¡Cállate!

—Una trampa para mandarme ahí abajo. Un alma más es lo único que él busca. —Arriane se esforzó por zafarse de su amante, por controlar sus propias alas plúmbeas, que echaban chispas cada vez que rozaban las de Tess—. Lucifer es solo un negociante —gritó por encima del bullicio de su riña—, que se queda en el mercado después de anochecer para hacer una última venta. En cuanto me uniera a ti...

Tess se quedó inmóvil, con el rostro encendido a escasos centímetros del suyo. Soltó el pelo de Arriane y le dejó las manos libres. Luego le acarició la mejilla.

—Entonces, ¿te lo pensarás?

Sus ojos azules desprendían tanto fuego que el corazón de Arriane se derritió.

—Recuerdo la primera vez que me despedí de ti —le susurró Tess—. Tenía mucho miedo de no volver a verte nunca.

Arriane se estremeció.

—Ay, Tessriel...

¿Cómo iba a resistirse a un último beso? La pelea terminó cuando Arriane acercó su cabeza hacia Tess, cuyo semblante cambió por completo. El amor surgió de nuevo e inundó el espacio que separaba sus cuerpos hasta que no hubo nada entre ellas. Enterraron los dedos en el pelo de la otra, enredaron sus extremidades y se abrazaron con fuerza. Cuando sus labios se encontraron, el cuerpo entero de Arriane se incendió de pasión frustrada. Absorbió aquel amor y deseó no deshacer jamás ese abrazo, consciente de que, cuando acabara...

También ellas habrían terminado.

Abrió los ojos despacio y contempló el rostro sereno de su verdadero amor. Arriane nunca podría ver a Tess como un demonio. Jamás.

La recordaría así.

Sin darse cuenta siquiera, sus labios se apartaron de los de Tess. Se notó el corazón pesado, incómodo, triste.

Se incorporó despacio, luego se puso de pie.

—N... no... no puedo unirme a ti.

Tess entrecerró los ojos, y su voz se volvió tremendamente fría, como solía ocurrirle cuando algo hería su orgullo. No se levantó del suelo.

—Eres un ángel caído, Arriane. Es hora de que lo digieras y bajes de tu pedestal.

—No soy esa clase de ángel caído. —«Yo no soy como tú.»— Yo caí por creer en el amor.

—¡Mentira! Caíste porque Daniel te arrastró con él, como me arrastró a mí, como a todos los demás.

Arriane se estremeció.

—Al menos el amor de Daniel no exige a nadie que traicione su naturaleza.

—¿Tan segura estás de eso?

La pregunta quedó en el aire. Arriane se acercó al comedero de la pared del fondo y añadió pienso, y un cubo de agua del pozo a los depósitos de los caballos.

—Yo creo en la causa de Daniel —dijo Arriane—. Creo en Lucinda.

—Te equivocas de nuevo: te los han asignado; debes vigilarlos o esos idiotas de la Escala vendrán a por ti.

—¡Eso no significa que no crea en ellos! ¡No renunciaré ni a Luce ni a Daniel!

—En cambio renuncias a lo nuestro. —Tess lloraba; sentada en el centro del granero, se enjugaba las lágrimas con el pañuelo embarrado—. Mañana es San Valentín, Arriane.

—Lo sé. Habíamos quedado en que volaríamos a la feria, donde estarán Lucinda y Daniel, y todos los demás —dijo Arriane con voz trémula—. Íbamos a disfrutar.

—¿Disfrutar? ¿Fingiendo que yo no soy tu amor y tú no eres el mío? ¿Fingiendo buscar lo que ya tenemos? —dijo Tess, ceñuda.

Arriane no contestó. Tess tenía razón. Su situación era insufrible.

Tess se puso en pie por fin y se acercó a Arriane. Le cogió el cubo de las manos y lo dejó en el suelo. Luego le acarició la mejilla.

—Deja que Luce y Daniel tengan su día de San Valentín y tengamos el nuestro. Celebra el amor verdadero haciendo un pacto conmigo. Únete a mí, Arriane. Podríamos ser muy felices juntas, si de verdad estuviéramos juntas.

Arriane se tragó el miedo que le nacía en la garganta.

—Te quiero, pero no puedo dar la espalda a mis promesas.

Se apartó de Tess. Sus ojos trataron de capturar todos los detalles de su amada: el lento vaivén de su pelo rojo bajo la brisa, sus blancos pies descalzos en la recia paja, su mano que aún parecía sostener la mano ausente de Arriane, las lágrimas que brotaban de sus luminosos ojos azules.

Incluso el espectacular brillo dorado de sus alas.

Esa sería la última vez que se verían. Ese sería su último adiós.

El primero duele más

Nunca.
Nunca.

Nunca.

A Arriane le dolía el alma mientras volaba. ¡Debió haber sabido lo que pasaría! De hecho, lo sabía. En el fondo de su alma presentía que llegaría un día en que Lucifer reclamaría a Tessriel.

¡Pero jamás imaginó que Tess le pediría que renunciara a su lugar en el Cielo por el fuego del Infierno!

Con el ánimo de pronto encendido, batía furiosa las alas.

A veces, cuando pasaba por mortal demasiado tiempo, olvidaba lo inmensas que eran sus alas, lo poderosas, lo hondo que era el placer de desplegarlas de sus hombros, el gozo de aquella energía alada. Debería haber estado sintiendo la emoción que siempre la embargaba cuando surcaba el cielo, pero sus alas no eran sino un triste recordatorio de lo que era, de lo que era su amada, y de que Tess y ella nunca podrían estar juntas.

Nunca.

«Recuerdo la primera vez que me despedí de ti —le había dicho Tess en el granero—. Tenía mucho miedo de no volver a verte nunca».

Arriane también lo recordaba: hacía miles de años. Annabelle, Gabbe y ella estaban flotando en un nubarrón de lluvia en las afueras de un lugar llamado Canaán. Observaban una celebración de mortales presidida por un hombre llamado Abraham, cuando un ángel surgido de la nada se plantó delante de ellas en el Cielo.

—¿Quién eres tú? —Gabbe se mostró hostil al dirigir al ángel desconocido de pelo rojo y ojos azulísimos. A Arriane, las alas de aquel ángel le parecieron preciosas, y su cuerpo tan suave como los cúmulos. Su radiante piel blanca relampagueaba. Arriane recordaba que había querido tocarla, como para asegurarse de que era real.

—Soy Tessriel, hermana vuestra en el Cielo. —El ángel forastero inclinó la cabeza en señal de respeto—. Ángel del trueno que sacude Eurasia.

Tessriel miraba a Arriane y, en algún escondrijo de su alma, Arriane recordaba a aquel ángel. Su hermana. Sí. No se habían conocido bien en el Cielo —toda una miríada de ángeles se había interpuesto entre ellas—, pero siempre había habido una conexión. Ese misterio inexplicable que llaman atracción.

—Traigo noticias de tu hermano Roland —le dijo Tess a Arriane, que se espantó al oír su nombre.

—Roland reside en los dominios de Lucifer —repuso Gabbe con sequedad—. ¿Nos traes noticias del Infierno?

—Os traigo noticias. —Tessriel titubeó y Arriane se compadeció de ella. Desde el Ocaso, no había vuelto a ver a Roland y lo echaba muchísimo de menos. El ángel traía un mensaje. Arriane se acercó a gatas, apoyándose en Gabbe, que le sujetaba la espalda con el borde de su ala blanca.

—Vete ya y déjanos en paz —le ordenó Gabbe. Fue rotunda.

Tessriel meneó la cabeza, dio media vuelta y se fue. Luego se volvió para mirar a Arriane, un instante y con gran pesar.

—Adiós.

—¡Adiós!

Pero no fue un adiós. Años después, cuando iba sola por los bancos de arena de un río, volvió a toparse con el ángel pelirrojo.

—¿Tessriel?

Tessriel levantó la vista desde el río, donde se estaba bañando. Estaba desnuda: sus alas de blanco puro rozaban la superficie del agua y la larga melena pelirroja le caía perfecta por la espalda.

—¿Eres tú? —susurró Tessriel—. Creí que jamás volvería a verte.

Cuando el ángel salió del agua, la visión de su cuerpo mortal fue demasiado para Arriane, que apartó la mirada, emocionada y azorada. Oyó el escarceo de las alas en el agua, sintió la caricia de un viento cálido y, un segundo después, la presión de unos labios tiernísimos en los suyos. Unos brazos y unas alas mojados la envolvieron.

—¿Qué ha sido eso? —Arriane pestañeó perpleja cuando Tessriel se apartó, notando aún en los labios el cosquilleo inesperado del deseo.

—Un beso. Me había prometido que, si volvía a verte, eso sería lo que haría.

—Y, si me marchara ahora y volviera —se preguntó Arriane en voz alta—, ¿volverías a besarme así?

Tessriel asintió y esbozó una amplia sonrisa.

—Adiós —le susurró Arriane, cerrando los ojos. Al abrirlos, dijo—: Hola.

Y Tessriel volvió a besarla.

Y luego otra vez.

En un fiordo oscuro en el norte de Noruega, en un barco que partía para las Indias, en una polvorienta planicie desierta de Persia o en medio de un aguacero en una selva tropical, cuando el mundo era joven y espontáneo, y ninguna de las dos había tomado aún el rumbo que cada una acabaría tomando, Arriane y Tessriel pasaban el tiempo diciéndose adiós para volver a decirse hola, siempre empezando o acabando de besarse.

Sin embargo, en ese momento se sentía más lejos que nunca de los labios del demonio al que había amado. Arriane pasó junto a un par de garzas en el cielo. Eran pareja, pero ella debía estar sola. Por viejas alianzas que ninguna de las dos traicionaría. Enloquecía de frustración. Necesitaba ir a algún sitio solitario y remoto, donde su corazón pudiera sufrir en paz.

Las lágrimas le nublaron la visión cuando remontaba los prados bajos del valle que tenía a sus pies. No quería dejar a Tess; le costaba marcharse. Pero no tardó en escapar de la granja lechera y del pequeño valle verde que había llegado a amar.

¡Amor! ¿Qué era, a fin de cuentas?

Daniel y Lucinda parecían saberlo. En algunos momentos, Arriane había creído empezar a conocer poco a poco el amor: momentos tiernos y fugaces, fundida en un beso con Tess, cuando las almas de las dos se perdían por completo. Ojalá hubieran podido seguir así eternamente, mintiéndose en un estado de dicha permanente.

Quizá el amor consistiera en mentirse a uno mismo.

No. El mundo se abatía sobre ellas y, a la generosa luz del día, Arriane sabía que lo que sentía por Tess era y no era amor. Lo era todo, y era imposible.

Por esa razón, ya habían pasado por aquella clase de despedida, tan desagradable, en una ocasión anterior.

Fue cientos de años después del Ocaso. Arriane había tomado al fin su decisión. Había regresado a las llanuras del Cielo y, al cabo de un tiempo, había hecho las paces con el Trono. Sus alas brillaban con un extraordinario color plata iridiscente — señal de que había vuelto a ser aceptada— y Arriane estaba ansiosa por enseñárselas a su amor. Encontró a Tessriel bajo la catarata amazónica donde habían quedado en verse.

—Mira lo que he hecho.

—¿Qué has hecho?!

Igual que las alas de Arriane lucían un novísimo brillo plateado, las de Tessriel estaban teñidas de un espléndido y llamativo dorado.

—No me habías dicho que estuvieras pensando en... —La voz de Arriane se quebró.

—Tú tampoco me habías dicho nada. —Los ojos de Tess se llenaron de lágrimas, pero en cuanto se las limpió la rabia invadió su rostro.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué te pones de su lado?

—¿No es tu decisión tan arbitraria como la mía? Tu señor solo es la autoridad porque tú dices que lo es.

—Al menos él es bueno, ¿no como el tuyo!

—Bueno. Malo. Son solo palabras, Arriane. ¿Quién puede fiarse de ellas?

—¿CÓ... cómo... voy a quererte ahora? —susurró Arriane.

—Es sencillo —dijo Tess, meneando con tristeza la cabeza—. No puedes.

Fue Roland quien volvió a unirlos. Arriane casi deseaba que no lo hubiera hecho. Sin embargo, por aquel entonces, necesitaba a Tess más de lo que jamás habría admitido. Roland les preparó un encuentro furtivo en Jerusalén, tras lo que debía ser la boda de Cam y Lilith.

Aquel enlace no se había celebrado.

En cambio, Arriane y Tessriel sí se habían reunido y, nada más verse, su disputa se había disuelto en otro beso imparable.

—Debemos tener la libertad de ser como queramos ser —le dijo Tessriel—, pero nunca seremos tan fuertes ni tan sólidas como cuando estamos juntas.

—Ten cuidado —solía decirle Roland cuando se escapaba para estar con Tess.

Arriane lo tenía. Nunca las pillaron. Los ángeles jamás sospecharon el romance secreto de Arriane con uno de los demonios más próximos a Lucifer. Tuvo muchísimo cuidado con todo, menos con el destino de su corazón.

Sencillamente, nunca se habría imaginado que Tess la hiciera elegir.

Pero eso era lo que había hecho, y su elección era clara.

Aquel adiós sería para siempre.

Arriane no podía respirar. Las lágrimas le rodaban por las mejillas mientras boqueaba y seguía volando a ciegas, sin saber bien adónde se dirigía.

¿Volvería a ver a su amada?

Un dolor agudo pareció perforarle el corazón, una intensa agonía se abrió paso entre las fisuras de sus huesos. ¿Qué estaba ocurriendo? Un oscuro presentimiento atravesó su alma y Arriane gritó de miedo.

Se agarró con fuerza el corazón, pero aquello no era una simple pena de amor.

Algo no iba bien.

¡Tess!

En pleno vuelo por la cordillera del norte de Italia, Arriane descendió en picado para cambiar de rumbo. Sus alas se estremecieron y el corazón dejó de palpar. Solo sabía que tenía que volver a la granja lechera. Era una intuición de amante, una corazonada que fue asentándose poco a poco en su cabeza.

Hasta que estuvo completamente segura.

Algo había ocurrido.

Algo atroz.

El amor echa a volar

El granero estaba vacío.
El sol se había puesto.

Aparte del brillo frío de una parca luna toscana que entraba por la puerta abierta, la única luz procedía de las alas de Arriane, que proyectaban un suave resplandor opalescente en los animales. Estaban despiertos: los caballos relinchaban y las gallinas cacareaban inquietas en sus corrales; las vacas yacían en el heno almizclado, con las ubres repletas de leche.

También ellos presentían algo.

Se puso histérica. ¿Dónde estaba Tess? Anduvo nerviosa por todo el granero, en busca de pistas, pero solo encontró pruebas de su riña: los baldes de leche volcados, el heno pisoteado y embarrado sobre el que habían peleado. Si cerraba los ojos, aún podía ver a Tess como quería verla: sonriente, con las mejillas sonrosadas.

Su aliento formaba ante su rostro nubecillas que se disipaban en el aire gélido. Quiso gritar, impedir que las cosas desaparecieran.

La corazonada era tan fuerte que, estrujándose las manos, volvió a repetir los pasos que había dado alrededor de las cuadras antes de que hubiera salido disparada al cielo, recordando las palabras enfurecidas que se habían espetado, lamentando todo lo que pudiera haber dicho o hecho a Tess que no hubiera nacido de un amor absoluto.

Allí.

Tras arrastrar la punta del ala por un montón de heno mojado, se detuvo en seco.

¿Qué era aquello?

Se hincó de rodillas. Sus alas blancas se encendieron e iluminaron a los animales aterrados, que eran todo ojos, acurrucados en un rincón de sus compartimentos.

Había sangre en el heno, un charco rojo y brillante.

—¡Tessriel!

Arriane se elevó en el aire y exploró, nerviosa, el suelo en busca de otro rastro de la sangre de su amor. Aterrada, voló en círculos y peinó cada centímetro del granero, lanzándose como una alondra por aquí y por allá, sin encontrar nada.

Hasta que dejó que sus alas la llevaran fuera, a la otra punta del granero.

Allí, a cierta distancia de la entrada, divisó un pequeño charco de sangre que empapaba la hierba. Se acercó, sobrevolándolo. Quiso tocarlo, pero...

No. Se detuvo.

Del charco salía un reguero de gotas de un rojo oscuro que alcanzaba varios

centímetros de longitud y conducía hacia la Estrella Polar.

Tess estaba en marcha, pero ¿qué le había pasado?

Arriane voló hasta el suelo en busca de pequeños indicios. En diversos puntos detectaba gotas de sangre, por ejemplo en briznas de hierba alta, pero luego volvía a perder el rastro. Después de cruzar el lecho de un arroyo, hubo un momento en que el rastro desapareció por completo, y Arriane aulló, sintiendo que todo estaba perdido.

Pero entonces, cerca de un sauce llorón, retomó el rastro de su amada.

El reguero de sangre se prolongaba unos veinte metros; el rastro se extendía y salpicaba más allá, como si Tess hubiera sufrido un nuevo ataque. ¿La perseguía quizá algún enemigo que iba hiriéndola según huía? Aceleró, impaciente por interponerse entre Tess y quienquiera que osara hacerle daño.

Solo un ser habría acosado a un demonio en plena forma. En sus pensamientos más oscuros, Arriane veía a Lucifer, con sus ojos opacos y sus tremendas alas negras forradas de repugnantes pelos negros.

Pero ¿habría ido Lucifer hasta allí para llevarse a Tess de vuelta al Infierno? Nunca había visto a su amada cara a cara con su dueño, aunque la idea la atormentaba. Si sorprendía a Lucifer haciéndole daño a Tess, Arriane no sabía cómo reaccionaría. La rabia que crecía en su interior ya casi no le permitía volar.

Un amor así era fatal, hasta para un ángel.

—¡Tessriel! —bramó de nuevo en medio de los extensos prados verdes. No oyó nada.

Al oeste, los nubarrones de tormenta corrían una sucia cortina sobre el cielo. Arriane confiaba en que Tess no hubiera viajado en esa dirección. La lluvia —su aroma, su efecto en el terreno, su cualidad purificadora— le haría perder el rastro.

Aunque quizá Tess contaba con eso precisamente.

Así que el corazón de la tormenta sería su destino.

Arriane niveló las alas. Se concentró en cobrar velocidad. Sufrió las turbulencias. Su cuerpo se meció de izquierda a derecha, de arriba abajo, hasta que estuvo empapada, temblando y escupiendo lluvia.

Fue entonces cuando vio a Tess, tendida boca arriba al borde de un promontorio de piedra en las estribaciones de los Dolomitas, no lejos de donde Arriane había sentido por primera vez que algo iba tremendamente mal.

Tess parecía estar agonizando, pero los ángeles no morían. Agitaba las alas de forma poco natural a ambos lados de su cuerpo. De ellas brotaba sangre, que formaba un charco en la piedra plana que estaba debajo. Estaba sola.

¡Estaba sola!

Arriane estaba suspendida en el aire, a unos treinta metros de ella, pero el pálido brillo plateado de la mano de Tess era inconfundible.

Pero ¿por qué había de tener Tess un meteorito?

Descendió tan rápido que el viento le rugió en los oídos. Aterrizó en una piedra de color gris claro a solo unos metros de Tess. Sus alas proyectaron un círculo de luz delante de ella, que envolvió el cuerpo de Tess en un frío halo iluminado. Entonces pudo ver con más claridad: el meteorito había lacerado el ala izquierda del demonio. No la había sesgado completamente, pero el ala de cobre antes firme y sólida colgaba de repente de una finísima fibra empírea.

Arriane fue presa de un ataque de rabia: mataría a quien lo hubiera hecho. Luego miró el rostro pálido de Tess, sus ojos apenas abiertos, que la miraban.

Y lo entendió.

No había nadie más a quien culpar. La peor de las heridas era autoinfligida.

Solo unas horas antes, Arriane había estado pensando en la pureza de la piel de un ángel: nada le dejaba marca jamás, pero no era del todo cierto, algunas cosas dejaban cicatrices permanentes.

Lucifer podía hacerlo con la tinta de sus tatuajes.

Una herida de meteorito podía conseguirlo, si no mataba al ángel.

La mezcla de...

—¡Tessriel, no!

El demonio cogió el meteorito con la mano derecha y volvió a acercárselo a la herida, como si quisiera amputarse el ala dorada. Pero los dedos le temblaban tanto que el meteorito le seccionó otras partes del ala, e hizo que saliera un chorro de sangre de su centro musculoso. Solo entonces Tess pareció detectar la presencia de Arriane.

—Has vuelto. —Su voz era tan liviana como el aire de la montaña.

—Ay, Tessriel. —Arriane se llevó las manos al corazón—. Nunca se recobrarán de esto.

—Eso pretendo. Necesitaba algo con lo que recordarte.

—No digas eso. —Arriane se hincó de rodillas y se arrastró hasta Tess—. ¿Qué demonios haces tú con un meteorito? ¿Has hecho tratos con Azabel? ¡Eso no se hace!

—Se hace si se necesita lo suficiente. Si no puedo tenerte, no quiero nada. —Tess hizo una mueca de dolor mientras cortaba su ala mutilada con un movimiento descendente del meteorito. Se oyó un ruido como de carne desgarrada, pero no cortó el ala del todo—. Es más complicado de lo que piensas.

—¡Déjalo ya! —le chilló Arriane, alargando la mano para arrebatarle el meteorito a Tess.

Rápidamente, Tess atrajo el meteorito hacia sí.

—Apártate —dijo con un hilo de voz—. Ya sabes lo que te ocurrirá si me tocas.

Arriane estudió al ángel caído que amaba, su cuerpo estaba cubierto de sangre que, si la tocaba, sería como veneno para ella.

Pero ni siquiera eso la detuvo. Necesitaba que Tess supiera que no estaba sola,

que la quería.

El recuerdo de la risa de Tessriel resonó en sus oídos y enterneció sus entrañas; la imagen de Tess, su amada, dulce y hermosa Tess, danzaba en los ojos de Arriane mientras hacía lo impensable.

Se abalanzó sobre Tessriel para atrapar el meteorito, y gritó de angustia cuando la sangre del demonio empezó a abrasarla. Era el dolor excepcional que provocaba la sangre de demonio al tocar la carne de ángel, como si un millar de espadas romas le atravesaran el alma.

Y sangre sobre sangre era aún peor.

Arriane apretó los dientes, casi volviéndose loca de dolor mientras intentaba arrebatarle el meteorito a Tess.

—¡Suéltame! —Tess le clavó las uñas en la garganta hasta que rasgó la piel y empezó a fluir la sangre de Arriane. Un aullido animal salió de sus labios.

La sangre de Arriane hirvió al contacto con la de Tessriel, se tornó ácida y le quemó la piel. Donde se mezclaba la sangre de ambas, comenzaba a borbotearle la piel, y unas horribles cicatrices empezaron a marcarle la pierna izquierda, el torso y el cuello.

Aun así, Arriane no la soltó.

—Mira lo que has conseguido. —Tess tenía los labios azules a causa de la sangre que había perdido. Una risa sádica resaltaba su angustia—. Hasta mi sangre es una maldición para la tuya, y la tuya para la mía. Exactamente como... —se le quebró la voz y la mirada empezó a perderse—, como siempre nos habían dicho.

—¡Estate quieta! —Arriane intentó centrarse a pesar de la ácida quemazón.

Lo único que importaba era detener el flujo de la sangre de Tess. Sostuvo las alas desmazaladas con las manos, sin saber qué hacer.

—¡Lo estás empeorando! —chilló Tess.

—¡Para! Ya has perdido demasiada sangre.

Tess sufría convulsiones, pero apoyó con firmeza una mano en la roca y levantó la cabeza lo justo para mirar a Arriane a los ojos.

—Me has partido el corazón, Arriane. No puedes ser tú quien me cure.

A Arriane le tembló el labio.

—Puedo. Y lo haré.

Rasgó la falda de su vestido de lechera y, con la ayuda de los dientes, hizo tiras el fino tejido. «Nunca funcionará», pensó mientras manipulaba la tela para improvisar un cabestrillo y empezaba a envolver con él, cuidadosamente, el ala izquierda de Tess, que todavía chorreaba sangre.

Enseguida tejió otro cabestrillo, trabajando hasta que los dedos se le adormecieron por el frío y el miedo. El cuerpo de Tess seguía estremeciéndose, pero tenía los ojos cerrados y no respondía a las exhortaciones de Arriane para que

despertara.

Aquello no funcionaría. Las heridas de Tess precisaban de intervención celestial. Necesitaría la ayuda de Gabbe, y Gabbe se pondría furiosa, pero, como era Gabbe, ayudaría de todos modos. Las alas de Tess jamás retornarían a ser lo que eran, pero quizá algún día podría volver a volar.

Solo tras vendarle las alas a Tess lo mejor posible, reparó Arriane en su propio cuerpo. Presentaba un cuadro lamentable.

El cuello le ardía de dolor. El vestido estaba hecho jirones. Tenía la piel salpicada de remolinos de sangre, pus plateado y tejido descamado de ángel. No le quedaba nada con que cubrirse las heridas. Había usado todo el tejido con Tess.

Se dejó caer en el regazo del demonio y sollozó. Necesitaba ayuda, pero ella no podía cargar con Tess estando tan quemada y destrozada. ¿De qué serviría, de todas formas?

Quizá Tess tenía razón: cuando a alguien se le había roto el corazón, no importaba con cuánto empeño la otra parte quisiera ayudar, seguramente no era la persona adecuada para curar la herida.

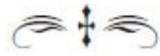
En lo posible, pensaba Arriane, cada alma debía estar satisfecha consigo misma antes de lanzarse al amor, porque uno nunca sabía cuándo desaparecería la otra parte. Era la mayor de las paradojas: las almas se necesitan, pero también necesitaban no necesitarse.

—Debo irme —le susurró a Tess, cuya respiración era débil y trabajosa—. Enviaré a alguien para ayudarte. Vendrán y cuidarán de ti.

»Te amo y jamás amaré a otra. La mejor forma de demostrarlo es irme ahora y luchar por la clase de amor que tenemos, la clase de amor en la que creo. Espero que algún día encuentres lo que buscas. —Una lágrima rodó por la mejilla de Arriane—. Feliz día de San Valentín, mi único amor.

Una estrella fugaz dibujó un radiante arco en el cielo. Hacia el norte, justo la dirección en la que Arriane habría de volar para encontrar a Daniel y Lucinda. El cuello le dolía un horror cuando se levantó de la roca, pero a pesar de sus heridas se sintió las alas intactas y poderosas. Las extendió por completo y salió volando.

Amor infinito



EL SAN VALENTÍN DE DANIEL Y LUCINDA

El amor mucho antes

Luce se descubrió a sí misma en el fondo de un callejón, bajo un trocito de cielo iluminado por el sol.

—¿Bill? —susurró.

No hubo respuesta.

Había salido de la Anunciadora grogui y desorientada. ¿Dónde estaba ahora? Registró un bullicio alegre al otro lado del callejón, una especie de mercado muy concurrido, donde divisó frutas y aves que iban cambiando de manos.

El viento gélido había convertido los charcos del callejón en escarcha sucia, pero Luce estaba sudando con el vestido de gala negro que llevaba... ¿Dónde se había puesto por primera vez aquel vestido destrozado? En el baile del rey, en el palacio de Versalles. Lo había encontrado en el armario de alguna princesa. Y luego se lo había dejado puesto al dar el siguiente paso y asistir a la representación de *Enrique VIII* en Londres.

Se olió el hombro: aún olía al humo del incendio que había consumido el Globe.

Sobre su cabeza oyó unos cuantos porrazos: alguien abría unas contraventanas. Dos mujeres asomaron la cabeza por dos ventanas contiguas del segundo piso. Asustada, se pegó a un muro oscuro para escuchar; las vio discutir por una cuerda de tender compartida.

—¿Vas a dejar que Laura vea las celebraciones? —dijo una de ellas, una señora de aspecto bonachón con un sombrero sencillo de color gris, mientras prendía a la cuerda un enorme par de pantalones mojados.

—No veo qué problema hay en que las «vea» —repuso la otra, más joven. Sacudió una camisa de lino seca y la dobló con gran pericia—. Mientras no tome parte en esos actos indecentes... ¡La urna de Cupido! ¡Ja! Laura no tiene más que doce años; ¡es demasiado joven para que le partan el corazón!

—Ay, Sally —suspiró la otra, forzando una sonrisa—, eres demasiado estricta. San Valentín es un día para todos los corazones, jóvenes y viejos. Tampoco a tu hombre y a ti os vendría mal dejaros llevar un poco por su romanticismo, ¿no?

Un buhonero solitario, un hombre bajito vestido con túnica y leotardos azules, enfiló el callejón empujando una carreta de madera. Las mujeres lo miraron recelosas y bajaron la voz.

—Peras —canturreó a las ventanas abiertas de las que de pronto habían desaparecido las cabezas y las manos de las mujeres—. ¡La fruta del amor! Una pera para su enamorado le endulzará el próximo año.

Luce avanzó pegada a la pared hacia la salida del callejón. ¿Dónde estaba Bill? Hasta entonces no se había dado cuenta de hasta qué punto confiaba en esa pequeña gárgola. Necesitaba otra ropa, una idea de cuándo y dónde estaba, y un resumen de qué hacía allí.

Alguna ciudad medieval. Las fiestas del día de San Valentín. ¿Quién se hubiera imaginado que la tradición era tan antigua?

—Bill... —susurró. Pero tampoco esta vez hubo respuesta.

Llegó a la esquina y asomó la cabeza. La visión de un castillo altísimo la hizo detenerse en seco. Era inmenso y majestuoso. Sus torres de marfil surcaban el cielo azul. De los altos mástiles, ondeaban sendas banderolas doradas, cada una adornada con un león. Casi esperaba oír un estrépito de trompetas. Era como entrar en un cuento de hadas.

Instintivamente, deseó que Daniel estuviera allí. Aquella era una belleza de esas que no parecen del todo reales hasta que se comparten la persona amada.

Pero no había rastro de Daniel. Solo una chica.

Una que Luce reconoció de inmediato.

Uno de sus yo pasados.

La vio cruzar despacio el puente adoquinado que conducía a las grandes puertas del castillo. Pasó junto a ellas y llegó a la entrada de una extraordinaria rosalada donde los arbustos se habían esculpido a modo de altos setos en forma de muro. El pelo suelto, largo y enredado le caía por el vestido de lino blanco hasta media espalda. La Luce de entonces —Lucinda— contemplaba melancólica las lustrosas flores, rosas y rojas, que asomaban tentadoras por encima de las verjas del jardín.

Lucinda se puso de puntillas, alargó su pálida mano por encima de la verja y, doblando el tallo de una rosa solitaria y rojísima, se la acercó para poder olerla.

¿Era posible oler una rosa con tristeza? Luce no sabría decirlo; solo sabía que esa joven —ella— rezumaba tristeza. Pero ¿por qué? ¿Tendría que ver con Daniel?

Luce estaba a punto de salir de su escondite en el callejón cuando oyó una voz y vio una figura que se acercaba a su yo pasado.

—Estáis aquí.

Lucinda soltó la rosa, que volvió como un resorte al jardín, perdiendo las hojas entre las espinas. Al volverse hacia la voz, cayó sobre sus hombros una lluvia de pétalos en forma de lágrimas rojas.

Luce observó cómo cambiaba la expresión de Lucinda, cómo se dibujaba en sus labios una sonrisa al ver a Daniel. La misma sonrisa que se había dibujado en los suyos. Quizá sus cuerpos fueran distintos y sus vidas cotidianas no se parecieran en nada, pero, en lo relativo a Daniel, el alma que compartían era idéntica.

Vestía una armadura completa, pero se había quitado el casco y su pelo dorado se veía sucio y sudado. Obviamente había estado en ruta; la yegua pinta que tenía a su

lado parecía cansada. Luce tuvo que resistirse con todas sus fuerzas para no correr a sus brazos. Estaba impresionante: un caballero de resplandeciente armadura que bien podía eclipsar a cualquier caballero de los cuentos de hadas.

Pero aquel Daniel no era el suyo. Ese pertenecía a otra joven.

—¡Has vuelto! —Lucinda echó a correr, con la melena al viento.

Su yo anterior estiró los brazos a unos centímetros de Daniel.

Pero la imagen de su valiente caballero titiló al viento.

Y de pronto desapareció. Luce observó asqueada cómo el caballo y la armadura de Daniel se desvanecían, y Lucinda —que no pudo parar a tiempo— se estampaba de bruces contra una gárgola de piedra que vomitaba humo.

—¡Craso error! —cacareó Bill, girando en un doble bucle.

Lucinda chilló, se pisó el vestido y aterrizó en el barro a cuatro patas. La risa hosca de Bill retumbó en la fachada del castillo. Hizo una voltereta en el aire todavía más alta, y vio a Luce que lo miraba furiosa desde el otro lado de la calle.

—¡Ahí estás! —dijo, acercándose a ella con volteretas laterales.

—¡Te dije que no volvieras a hacer eso!

—¿Mis acrobacias? —Se subió de un brinco al hombro de Luce—. Si no practico, no gano medallas —replicó con acento ruso.

Ella se lo quitó de encima de un guantazo.

—Me refiero a que te hagas pasar por Daniel.

—No te lo he hecho a ti, sino a ella. Igual tu yo pasado lo ve divertido.

—No, de eso nada.

—Eso no es culpa mía. Además, no leo el pensamiento. ¿Esperas que entienda que hablas en nombre de las Lucinda de todos los tiempos? Nunca me has prohibido que les tome el pelo a tus yo pasados. Es de lo más divertido. Al menos para mí.

—¡Es cruel!

—Si te vas a poner quisquillosa, hala, toda tuya. ¡Supongo que no hace falta que te recuerde que lo que tú haces con ellas no es precisamente caritativo!

—Fuiste tú quien me enseñó a hacerme tridimensional.

—A eso me refiero —dijo Bill en un tono espeluznante que logró erizarle a Luce el vello de los brazos.

Los ojos de Bill se posaron en una gárgola que remataba una de las columnas de la verja del jardín. Se ladeó en el aire, rodeó el pilar y le pasó el brazo por el hombro a la gárgola, como si al fin hubiera encontrado un verdadero compañero.

—¡Mortales! No se puede vivir con ellos, ni enviarlos a las temibles honduras del Infierno. ¿Tengo razón sí o sí? —Volvió a mirar a Luce—. No eres muy habladora, ¿eh?

Luce no aguantaba más. Echó a correr para ayudar a Lucinda a levantarse del suelo. El vestido de su yo pasado estaba roto por las rodillas y su rostro, macilento.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Luce. Esperaba que la chica se mostrase agradecida, pero, en cambio, reculó.

—¿Q... qué? ¿Quién sois? —inquirió Lucinda espantada—. ¿Y qué clase de diablo es esa cosa? —añadió señalando a Bill.

Luce suspiró.

—No es más que... No te preocupes por él.

Probablemente Bill le parecía un demonio a aquella encarnación medieval de Luce. Seguro que Luce tampoco le parecía mucho mejor: ¿una chiflada que se acercaba a ella corriendo y ataviada con un vestido de gala futurista que apestaba a humo?

—Lo siento —dijo Luce, mirando por encima del hombro de la muchacha a Bill, que parecía divertido.

—¿Pensando en volverte tridimensional? —preguntó Bill.

Luce hizo crujir sus nudillos. Bien. Sabía que debía adherirse al cuerpo del pasado si quería progresar en su búsqueda, pero la expresión de su yo anterior —perplejidad y una pizca de inexplicable traición— la hizo titubear.

—Eh, esto solo nos llevará un momento.

Su yo pasado abrió mucho los ojos, pero, cuando la chica estaba a punto de irse, Luce la agarró con fuerza por la mano.

Las sólidas piedras que tenía bajo sus pies cedieron y el mundo que Luce tenía delante de los ojos empezó a girar como un caleidoscopio. Le dio un vuelco el estómago y, cuando todo se detuvo de nuevo, le quedó la náusea inconfundible de la adhesión. Parpadeó y, durante un segundo inquietante, pudo ver la figura incorpórea de las dos chicas: la Lucinda medieval —inocente, cautiva y aterrada— y, al lado, Luce —culpable, agotada, obsesionada.

No había tiempo para lamentarlo. Al otro lado del parpadeo...

Un solo cuerpo, un alma atormentada.

Y una sonrisa satisfecha en los gruesos labios de Bill, testigo de todo.

Luce se asió el corazón a través del recio vestido de lino que llevaba Lucinda. Dolía. Le dolía en el cuerpo entero.

Canalizaba a Lucinda, sentía lo mismo que ella antes de que habitara su cuerpo. Era una maniobra ya habitual para ella —de Rusia a Tahití, pasando por el Tíbet—, pero por muchas veces que lo hiciera no creía que fuera a acostumbrarse nunca a sentir de pronto tan vivamente sus emociones pasadas.

En esos momentos, el de Lucinda era un dolor crudo, de esos que Luce no había vuelto a sentir desde los primeros días de Espada & Cruz cuando amaba tanto a Daniel que creía que se partiría en dos.

—No tienes muy buena cara —le soltó Bill, suspendido delante de su rostro, más satisfecho que preocupado.

—Es mi pasado. Está...

—¿Aterrada? ¿Tontita de amor por ese caballero de poca monta? Sí, el Daniel de esta época te tenía más mareada que una tragaperras del casino el Día de los Mayores. —Se cruzó de brazos, amenazador, e hizo algo que Luce nunca había antes: hizo que se le iluminaran los ojos de violeta—. Puede que sí vaya a la feria de San Valentín —dijo con voz grave y afectada, pretendiendo imitar a Daniel—. O igual tengo mejores cosas que hacer, como sacudir a algún pringado con mi descomunal espada.

—No hagas eso, Bill. —Luce negó con la cabeza, irritada—. Además, si Daniel no se presenta en esto de San Valentín, tendrá una buena razón. Estoy segura.

—Sííí —cacareó de nuevo Bill—. Tú siempre lo estás.

—Intenta protegerme —lo excusó, pero sin convicción.

—O protegerse...

Luce puso los ojos en blanco.

—Muy bien, Bill, ¿qué se supone que debo aprender en esta vida? ¿Que crees que Daniel es un capullo? Lo pillo. Ahora, ¿podemos seguir adelante?

—No exactamente.

Bill planeó hasta el suelo y se sentó al lado de Luce.

—De hecho, en esta vida daremos unas vacaciones a tu formación —señaló—. A juzgar por tu insolencia y las bolsas que tengo bajo los ojos —Bill se estiró y exhibió un pliegue arrugado de piel hinchada, que sonó igual que una bolsa de canicas—, diría que los dos necesitamos un día de descanso.

»Así que te propongo esto: es San Valentín, o una manifestación primitiva de esa festividad. Daniel es un caballero, es decir, debe participar en la celebración. Puede asistir al interminable banquete del noble, autorizado por la Iglesia, en el castillo de su señor. —Bill ladeó la cabeza hacia los altos torreones blancos a su espalda—. Seguramente habrá un buen venado asado, incluso con una pizca de sal, pero hay que relacionarse con el clero y ¿quién busca una fiesta así?

Luce volvió la vista al castillo de cuento de hadas. ¿Ahí era donde vivía Daniel? ¿Estaría entre aquellos muros en ese momento?

—O quizá —prosiguió Bill— prefiera la fiesta de verdad, esta noche en el descampado, con un puñado de individuos menos respetables, donde la cerveza corra como el vino y el vino como la cerveza. Habrá baile, cena y, lo más importante, muchachas.

—¿Muchachas?

Bill agitó en el aire una mano diminuta.

—Nada que deba preocuparte, querida. —Daniel solo tiene ojos para una joven en toda la creación. Me refiero a ti.

—Muchachas —dijo Luce, mirando su tosca ropa de algodón.

—Conozco a cierta joven perdida —Bill le dio un codazo a Luce— que estará en la feria, explorando la multitud a través de los orificios de una máscara pintada en busca del macizo de su tórtolo. —Le dio una palmadita en la mejilla—. ¿A que suena muy divertido, hermana?

—No he venido aquí a divertirme, Bill.

—Pruébalo por una noche, quién sabe, igual te gusta. Como a casi todos.

Luce tragó saliva.

—Pero ¿qué ocurrirá cuando me encuentre? ¿Qué debo aprender antes de arder, antes de...?

—Huy, huy, huy —chilló Bill—. ¡Para el carro, loca! Ya te lo he dicho antes: esta noche solo tienes que divertirte. Un poco de romanticismo. Una noche de descanso para los dos. —Le guiñó el ojo.

—¿Y la maldición? ¿Cómo voy a olvidarme de todo y celebrar San Valentín?

Bill no respondió inmediatamente. Al contrario, meditó en silencio. Luego dijo:

—¿Y si te digo que esta noche de San Valentín es la única que conseguís pasar los dos juntos?

Aquellas palabras impactaron a Luce.

—¿La única? ¿Nunca... llegamos a celebrar San Valentín?

Bill negó con la cabeza.

—¿Después de hoy? No.

Luce recordó sus días en Dover, cómo Callie y ella veían que a las otras chicas les regalaban flores y cajas de bombones en forma de corazón el día de San Valentín. Habían convertido en costumbre lamentar lo solísimas que estaban delante de un batido de fresa en la cafetería del barrio. Allí podían pasarse horas especulando sobre la lejana posibilidad de tener alguna vez una cita por San Valentín.

Rió. No iban muy descaminadas: Luce jamás había pasado un San Valentín con Daniel.

Y ahora Bill le decía que aquella era la única noche en que podría hacerlo.

La cruzada de Luce por las Anunciadoras; sus esfuerzos por romper la maldición y descubrir qué había tras todas sus reencarnaciones; encontrar un fin a aquel ciclo interminable... Sí, eso era importante. Claro que lo era.

Pero ¿se terminaría el mundo si disfrutaba de aquella única vez con Daniel?

Miró a Bill con la cabeza ladeada.

—¿Por qué haces esto por mí? —le preguntó.

Bill se encogió de hombros.

—Tengo corazón. Cierta debilidad por...

—¿Qué? ¿San Valentín? ¿Por qué será que no me lo trago?

—Hasta yo he amado y perdido a mi amor. —Y, por un brevísimo instante, pareció que la gárgola se ponía triste y melancólica. Miró fijamente a Luce y suspiró.

Luce soltó una carcajada.

—Muy bien —dijo—. Me quedo. Solo por esta noche.

—Bien. —Bill se levantó de pronto y señaló el callejón con una garra torcida—. Anda, diviértete. —Entrecerró los ojos—. Bueno, cámbiate de vestido, luego diviértete.

Un alma en pugna

Horas más tarde, Luce apoyaba los codos en el alféizar de la pequeña ventana de piedra.

El pueblo se veía distinto desde aquel mirador a dos pisos de altura: un laberinto de edificios de piedra interconectados, y tejados de paja a dos aguas en una especie de complejo de apartamentos medievales.

A última hora de la tarde, muchas de las ventanas, incluida la ventana a la que Luce estaba asomada, se ornamentaron con enredaderas de hiedra o con densas ramas de acebo tejidas en coronas. Eran señales de la feria que tendría lugar a las afueras de la ciudad esa noche.

«El día de San Valentín», pensó Luce. Notaba que Lucinda lo temía.

Después de que Bill desapareciera delante del castillo para tener su misteriosa «noche de descanso», las cosas habían sucedido muy deprisa: Luce había vagado sola por la ciudad hasta que había aparecido de la nada una joven unos años mayor que ella, y la había arrastrado por unas escaleras frías y húmedas al interior de una casita de dos habitaciones.

—Sal de la ventana, hermana —le gritó una voz desde el otro lado del cuarto—. ¡Se está colando el aire de San Valentín!

La chica era Helen, la hermana mayor de Lucinda, y el apretado espacio de apenas dos cuartos llenos de humo era donde vivían ella y su familia. Las paredes grises de la pieza estaban desnudas, y los únicos muebles eran un banco de madera, una mesa de caballete y la pila de literas de paja en las que dormía la familia. El suelo estaba sembrado de paja recia y rociado de lavanda, un vano intento por disfrazar el hedor de las velas de sebo que usaban para iluminar.

—Enseguida —respondió Luce. La diminuta ventana era el único lugar en el que no sentía claustrofobia.

Calle abajo, a la derecha, estaba el mercado que había visto antes, y, si se asomaba lo bastante, podía ver un pedacito del castillo de piedra blanca.

Esa visión atormentaba a Lucinda —lo sentía en el alma que compartían—, porque, al volver a casa la noche del día en que había conocido a Daniel en la roaleda, casualmente lo había visto asomado a la ventana de la torre más alta, como meditando. Desde entonces, lo buscaba siempre que tenía ocasión, pero no lo había vuelto a ver.

Otra voz susurró en la casa:

—¿Qué es lo que mira tanto? ¿Qué puede ser tan interesante?

—Solo Dios lo sabe —respondió Helen, suspirando—. Mi hermana está cargada de sueños.

Luce se volvió despacio. Nunca se había notado el cuerpo tan raro: la parte que pertenecía a la Lucinda medieval estaba marchita y aletargada, aplanada por el amor que estaba segura de haber perdido; la de Lucinda Price se aferraba con ganas a la idea de que aún podía haber una oportunidad.

Le costaba mucho hacer las tareas más sencillas, como charlar con las tres chicas que tenía delante, cuyos hermosos rostros mostraban signos de extrañeza.

La del centro, la más alta, era Helen, la única hermana de Lucinda y la mayor de cinco hermanos. Acababa de casarse y, para que quedara claro, llevaba su melena rubia dividida en dos trenzas y sujeta en un moño de señora.

Al lado de Helen estaba Laura, su joven vecina, que Luce enseguida identificó como la chica de la que había oído chismorrear a las dos mujeres que tendían la ropa. Aunque Laura apenas tenía doce años, era guapísima: rubia, de grandes ojos azules, y una risa fresca y sonora que podía oírse por toda la ciudad.

Luce reprimió una risita e intentó reconciliar la actitud protectora de la madre de Laura con lo que Lucinda sabía de la niña, que, al parecer, hacía manitas con los pajes en rincones secretos de los bosques del señor. Por lo que Luce pudo extraer de los recuerdos de Lucinda, Laura le recordaba a Arriane. Igual que al ángel, Laura era muy fácil de amar.

Luego estaba Eleanor, la mejor y más antigua amiga de Lucinda. Habían crecido poniéndose la ropa de la otra, como hermanas. También discutían como hermanas. Eleanor era franca, y a menudo aplastaba sus sueños con alguna observación cortante. Sin embargo, tenía un don para devolver a Lucinda a la realidad, y la quería muchísimo. No era, pensó Luce, muy distinta de la relación que tenía ella con Shelby en el presente.

—¿Y bien? —preguntó Eleanor.

—¿Y bien, qué? —contestó Lucinda, asustada—. ¡No me miréis todas a la vez!

—Solo te hemos preguntado tres veces qué máscara piensas llevar esta noche. —Eleanor agitó tres máscaras de color vivo ante su cara—. ¡Señor, sácanos de dudas!

Eran sencillos antifaces de piel, pensados para cubrir solo los ojos y la nariz, y atarse en la nuca con una fina cinta de seda. Los tres, forrados del mismo tejido basto, pero cada uno con un dibujo diferente: uno era rojo con pequeños pensamientos negros, otro verde con delicadas florecillas blancas y otro marfil con rosas de color rosa claro cerca de los ojos.

—¡Los está mirando como si no hubiera visto ya estos mismos antifaces los últimos cinco años de mascaradas! —le susurró Eleanor a Helen.

—Tiene el don de ver nuevas las cosas viejas —declaró Helen.

Luce se estremeció, pese a que la estancia estaba más caldeada de lo que había

estado durante todo el invierno. A cambio de los huevos que los ciudadanos habían regalado al señor, este había entregado a cada casa un pequeño haz de leña de cedro, por lo que el fuego era vivo e intenso, y sonrojaba las mejillas de las jóvenes.

Daniel había sido el encargado de recoger los huevos y distribuir la leña. Decidido, había franqueado la puerta de la casa de una zancada y había retrocedido tambaleándose al ver a Lucinda dentro. Esa había sido la última vez que la Lucinda medieval lo había visto y, después de meses de verse a escondidas en el bosque, el yo pasado de Luce estaba convencido de que no volvería a verlo.

«Pero ¿por qué?», se preguntaba Luce.

Luce notaba que a Lucinda le avergonzaba el modesto alojamiento de su familia, pero eso no cuadraba. A Daniel jamás le habría importado que Lucinda fuera la hija de un campesino. Sabía que ella era y sería siempre mucho más que eso. Debía de haber algo más, algo que Lucinda estaba demasiado triste para ver. Pero Luce podía ayudarla: encontrar a Daniel, recuperarlo, al menos por el tiempo que aún le quedara de vida.

—Me gusta el marfil para ti, Lucinda —propuso Laura, intentando ayudar.

Pero a Luce le daban igual los antifaces.

—Ah, cualquiera de ellos valdrá. Quizá el marfil, que hace juego con mi vestido.

—Tiró apenas del tejido drapeado de su vestido de lana raído.

Las otras se echaron a reír.

—¿No irás a ponerte esa prenda de mercadillo? —exclamó Laura espantada—. ¡Todas llevaremos nuestras mejores galas! —Se derrumbó con dramatismo en el banco de madera que había junto al hogar—. ¡Ay, no me gustaría enamorarme yendo vestida con mi aburrida túnica de los martes!

De pronto Luce recordó algo: Lucinda se había puesto su único vestido bueno para colarse en la roaleda del castillo, haciéndose pasar por dama. Así era como había conocido a Daniel por primera vez en su vida. Por eso su romance parecía una traición desde el principio: Daniel había creído que Lucinda era otra cosa, no una campesina.

Por eso, la idea de volver a ponerse aquel bonito vestido rojo y fingirse contenta en un festival abrumaba a Lucinda.

Pero Luce conocía a Daniel mejor que ella. Si tenía una ocasión de pasar el día de San Valentín con Lucinda, la aprovecharía.

Como es lógico, no podía contarles a las chicas lo que la atormentaba. Lo único que podía hacer era volverse y limpiarse disimuladamente las lágrimas con el dorso de la muñeca.

—Cualquiera diría que el amor ya la ha encontrado y se ha portado mal con ella —murmuró Helen entre dientes.

—Pues si el amor se porta mal contigo, ¡pórtate tú mal con el amor! —exclamó

Eleanor con aire autoritario—. ¡Pisotea la tristeza con tus zapatillas de baile!

—Ay, Eleanor —se oyó decir Luce—. Tú no lo entenderías.

—¿Y tú sí lo entiendes? —rió Eleanor—. ¿La que ni siquiera ha querido meter su nombre en la urna de Cupido?

—¡Lucinda! —Laura se tapó la boca con las manos—. ¿Por qué no? ¡Yo daría lo que fuera por que mi madre me dejase meter mi nombre en esa urna!

—¡Por eso he tenido que introducirlo yo en su nombre! —chilló Eleanor, agarrando la cola del vestido de Luce y haciéndole dar vueltas por la habitación.

Tras una persecución en la que volcaron el banco y la vela de sebo del alféizar de la ventana, Luce cogió a Eleanor por la mano.

—¡No se te habrá ocurrido!

—¡Te irá bien divertirme un poco! Esta noche quiero verte bailar con tanto brío como el resto de los enmascarados. Ven, ayúdame a elegir visera. ¿Qué color me hace la nariz más pequeña, el rosa o el verde? ¡Quizá consiga que algún hombre me ame!

A Luce le ardían las mejillas. ¡La urna de Cupido! ¿Qué tenía que ver aquello con pasar un día de San Valentín con Daniel?

Antes de que protestara, sacaron el traje de fiesta de Lucinda: un vestido largo de lana roja adornado con un cuello fino de piel de nutria y un escote mayor de lo que Luce podría haberse puesto jamás en su presente, en Georgia; si Bill la viera, probablemente le gruñiría un «Hubba hubba» al oído.

Esperó sentada mientras Helen prendía un tallo de acebo en su negra melena. Pensaba en Daniel, en el brillo de sus ojos en la rosaleta, cuando se había aproximado a Lucinda por primera vez.

Unos golpes en la puerta las sobresaltaron; en el umbral, apareció el rostro de una mujer que Luce identificó de inmediato como la madre de Lucinda.

Sin pensarlo, corrió en busca del cálido cobijo de los brazos de su progenitora.

Estos la envolvieron, con fuerza, con afecto. Era la primera de sus vidas pasadas en la que Luce percibía un intenso vínculo con su madre. La hacía sentirse dichosa y nostálgica a la vez.

En Thunderbolt, Georgia, Luce intentaba actuar con madurez y autosuficiencia siempre que podía. Lucinda era igual, observó. Sin embargo, en momentos como aquel —cuando la tristeza de amor restaba alegría al mundo entero—, no había nada comparable al consuelo del abrazo de una madre.

—¡Mis niñas, tan guapas y adultas que me hacéis sentir más vieja de lo que soy! —Su madre rió mientras acariciaba el pelo de Luce. Tenía unos ojos castaños amables y una frente tierna y expresiva.

—Ay, madre —dijo Luce con la mejilla apoyada en el hombro de su madre. Pensaba en Doreen Price e intentaba no llorar.

—Madre, cuéntenos otra vez cómo conoció a padre en la feria de San Valentín —

le pidió Helen.

—¡Otra vez esa vieja historia! —protestó su madre, pero las chicas veían ya cómo iba formándose el relato en sus ojos.

—¡Sí! ¡Sí! —canturrearon todas.

—Pues... Yo era más joven que Lucinda cuando me hice mujer —empezó a relatar su voz esbelta—. Mi propia madre me propuso que llevara el antifaz que ella había lucido años antes. Y, cuando salía por la puerta, me dio este consejo: «Sonríe, mi niña, que a los hombres les gustan las doncellas felices. Haz feliz la noche de un día feliz...».

Según su madre se sumergía en su historia de amor, Luce se descubrió mirando con disimulo a la ventana, imaginando los torreones del castillo y a Daniel asomándose. ¿Buscándola?

Cuando hubo terminado, su madre se sacó algo del bolsillo que llevaba atado a la cintura y se lo entregó a Luce con un guiño pícaro.

—Para ti —le susurró.

Era un paquetito de tela atado con guita. Se acercó a la ventana y lo desenvolvió con cuidado. Los dedos le temblaban mientras aflojaba la cuerda.

Dentro había un pañito de encaje en forma de corazón del tamaño de un puño. Alguien había grabado en él las siguientes palabras con lo que a Luce la pareció tinta de un Bic azul:

Las rosas son rojas
Las violetas son azules
El azúcar es dulce
Igual que tú.

Te buscaré esta noche
Te quiero,
Daniel

Luce casi soltó una carcajada. Aquello era algo que el Daniel al que ella conocía jamás habría escrito. Obviamente, algún otro lo había hecho. ¿Bill?

Sin embargo, para la parte de Luce que era Lucinda, las palabras no eran más que un montón de garabatos. Luce se dio cuenta de que no sabía leer. Pese a eso, en cuanto Luce procesó el significado del poema, notó que Lucinda empezaba a comprender. Para su yo pasado, aquello era el poema más fresco y cautivador que había conocido.

Iría a la feria y encontraría a Daniel. Le mostraría a Lucinda lo poderoso que podía ser su amor.

Esa noche habría baile. Habría magia en el aire. Y, aunque fuera la única vez que ocurriera en la larga historia de Daniel y Lucinda, esa noche disfrutaría del gozo extraordinario de pasar el día de San Valentín con la persona amada.

Deleite en el desorden

—¡Eleanor! —gritó Luce para hacerse oír en medio de una densa multitud de bailarines cuando su amiga pasó por delante de ella en la briosa fila de una giga. Pero no la oyó.

Era complicado saber si su voz quedaba ahogada por los alaridos de gozo de la multitud que presenciaba el espectáculo de marionetas en uno de los escenarios móviles levantados en la margen occidental de la zona de baile, y que entretenía al gentío bullicioso y hambriento que se alineaba en las largas mesas con comida en la parte derecha del descampado. O se trataba del mar de bailarines del centro, que saltaban y giraban con temerario abandono romántico.

Por lo visto, los bailarines de la feria de San Valentín no solo bailaban, sino que también aullaban, reían, bramaban los versos al ritmo de la música de los trovadores, y gritaban a los amigos que se hallaban en la otra punta de la embarrada pista de baile. Todo ello a la vez. Y todo a pleno pulmón.

Luce estaba fuera del alcance del oído de Eleanor, que daba vueltas siguiendo los pasos del baile por aquel terreno cercado de robles. No le quedó más remedio que volverse hacia su torpe pareja y hacerle una reverencia.

Era un viejo larguirucho de mejillas cetrinas y labios inarmónicos, tan desgarrado que parecía querer ocultarse tras su máscara de lince.

Aun así, a Lucinda le daba igual. No recordaba haberse divertido tanto bailando en su vida. Llevaban danzando desde que el sol había besado el horizonte y las estrellas brillaban ya como armaduras en el cielo. Había tantas estrellas en los cielos del pasado... La noche era fría, pero Luce estaba acalorada y tenía la frente empapada de sudor. Cuando terminó la canción, dio las gracias a su pareja y se esfumó entre los bailarines, deseando escapar.

Porque, aunque era una delicia bailar bajo las estrellas, Luce no había olvidado la verdadera razón de su presencia allí.

Miró al otro lado de la zona de baile y le preocupó que, aunque Daniel estuviera por ahí, no pudiera encontrarlo. Cuatro trovadores vestidos con botarga se hallaban en lo alto de una tarima coja en la zona norte; punteaban en liras y laúdes una canción tan dulce como una balada de los Beatles. En un baile de instituto, esas canciones eran las que ponían un poco nerviosas a las chicas que estaban solas, incluida Luce, pero, allí, los pasos eran parte de las canciones y nadie se quedaba sin pareja. Uno se agarraba a lo primero que pillara, para bien o para mal, y bailaba. Una giga a saltos para esta, un baile circular en grupos de ocho para otra... Luce notó que Lucinda

conocía ya algunos de los pasos; el resto era fácil de aprender.

Si Daniel estuviera allí...

Luce descansó un rato al borde del área de baile. Estudió los vestidos de las mujeres. Para el estándar moderno, no eran lujosos, pero ellas los llevaban con tal orgullo que parecían tan elegantes como cualquiera de los finos trajes que había visto en Versalles. Muchos eran de lana; algunos tenían realces de lino o algodón en el cuello o en los bajos. Casi todo el mundo en la ciudad poseía solo un par de zapatos, por lo que abundaban las botas de piel, pero Luce enseguida se dio cuenta de que era muchísimo más fácil bailar con ellas que con unos zapatos de tacón de los que apretaban el pie.

Los hombres conseguían parecer apuestos con sus mejores calzones. La mayoría llevaba una túnica larga de lana para abrigarse. Lucían las capuchas sobre los hombros. Esa noche la temperatura no bajaba de cero y el frío era soportable. Sus máscaras de piel estaban casi siempre pintadas con rostros de los animales del bosque, complemento de los diseños florales de las de las damas. Algunos llevaban guantes, que parecían caros, pero casi todas las manos que Luce tocó esa noche estaban frías, agrietadas y rojas.

Desde las calles de tierra que rodeaban la zona de baile los gatos observaban. Los perros, sin embargo, buscaban a sus dueños entre el barullo de cuerpos. El aire olía a pino, a sudor, a velas de cera de abeja y al almizcle del pan de jengibre recién hecho.

Cuando la siguiente canción llegaba a su fin, Luce divisó a Eleanor y fue hacia ella. La amiga pareció agradecer que la arrancara del brazo de un chico que llevaba una cara de zorro pintada en su máscara roja.

—¿Dónde está Laura?

Eleanor señaló unos árboles, en los que su joven amiga se apoyaba al lado de un chico al que no conocían. Ella le susurraba algo. Él le enseñaba un libro y gesticulaba mucho. Se le veía muy preocupado por su pelo. Llevaba una máscara que simulaba el rostro de un conejo.

Las chicas rieron mientras se abrían paso entre la multitud. Allí estaba Helen, sentada con su marido en una manta de lana sobre la hierba. Compartían una copa de madera con sidra caliente, y se reían de algo, lo que hizo que Luce volviera a echar de menos a Daniel.

Había enamorados por todas partes. Hasta los padres de Lucinda habían acudido a la feria. La tiosa barba cana de su padre raspaba el rostro de su madre mientras los dos paseaban por la plaza.

Luce suspiró y acarició el paño de encaje que llevaba en el bolsillo.

«Las rosas son rojas, las violetas son azules». Si Daniel no había escrito eso, entonces ¿quién?

La última vez que había recibido una nota supuestamente de Daniel, había sido

una trampa que le habían tendido los Proscritos.

Y Cam la había salvado.

Empezó a notarse acalorada. ¿Sería aquello una trampa? Bill le había dicho que solo era una fiesta de San Valentín. Se había esforzado tanto por ayudarla en su cruzada que no creía que la hubiera dejado así, sola, de haber pensado que corría peligro, ¿no?

Luce meneó la cabeza, como deshaciéndose de la idea. Bill le había dicho que Daniel estaría allí y ella lo creía. Aunque la espera la estaba matando.

Siguió a Eleanor a una mesa larga en la que se habían dispuesto platos y cuencos de comida informales traídos de casa por los asistentes. Había pato fileteado con col, liebres enteras asadas en espetón, calderos de minicoliflores con una brillante salsa de naranja, bandejas con pilas de manzanas, peras y pasas recogidas de los bosques colindantes, y toda una mesa larga de madera con pasteles de carne y de fruta deformes o quemados.

Luce vio a un hombre sacar un cuchillo de una correa que le colgaba de la cintura y cortarse un pedazo considerable de pastel. Cuando salía de casa esa noche, su madre le había dado una cuchara de madera que le había cogido a la cintura con un hilo de lana. Aquella gente estaba preparada para la comida, las reparaciones o la lucha, igual que Luce estaba preparada para el amor.

Eleanor volvió a su lado y le puso un cuenco de gachas delante de las narices.

—Con mermelada de grosella por encima —dijo Eleanor—. Tu favorita.

Cuando Luce hundió la cuchara en aquel espeso mejunje, le llegó un aroma sabroso, y la boca se le hizo agua. Las gachas estaban calientes, fuertes y deliciosas, justo lo que Luce necesitaba para recuperar fuerzas para el baile. Antes de darse cuenta, ya se lo había comido todo.

Eleanor miró el cuenco vacío, sorprendida.

—Tanto baile te ha abierto el apetito, ¿eh?

Luce asintió, calentita y satisfecha. Entonces vio a dos clérigos sentados en un banco de madera bajo un olmo, lejos de la multitud. Ninguno de los dos participaba en las celebraciones; de hecho, más que juerguistas, parecían carabinas, aunque el más joven seguía el ritmo con el pie, mientras el otro, de rostro consumido, observaba furioso a la muchedumbre.

—El Señor oye y ve todo este lascivo desenfreno perpetrado tan cerca de su casa —rezongó el hombre apergaminado.

—Y aún más, incluso. —El otro rió—. ¿Recordáis, maestro Docket, cuánto oro de la Iglesia ha ido a parar al banquete de San Valentín de Su Excelencia? ¿No fueron veinte piezas de oro por un venado? Las celebraciones de esta gente no cuestan más que la energía del baile. Y bailan como ángeles.

Ojalá Luce pudiera ver a su ángel acercarse a ella bailando en ese instante...

—Ángeles que mañana se pasarán el día durmiendo la mona, escuchad bien lo que os digo, maestro Herrick.

—¿No veis el gozo de esos rostros juveniles? —Los ojos del cura más joven barrieron la multitud, se toparon con los de Luce en el borde de la zona de baile y se iluminaron.

Ella se sorprendió devolviéndole la sonrisa, pero su gozo, esa noche, sería mucho mayor si pudiera estar en brazos de Daniel. De lo contrario, ¿de qué serviría tomarse aquella noche romántica de descanso?

Por lo visto, Luce y el clérigo de rostro consumido eran las dos únicas personas que no disfrutaban de la mascarada. Y eso que, en general, a ella le gustaban las fiestas. Pero, en ese instante, lo único que quería era arrancar la máscara a todos los chicos que pasaban por allí. ¿Y si le había pasado desapercibido entre la multitud? ¿Cómo sabía siquiera si el Daniel de esa época andaría buscándola?

Observó tan fijamente a un chico alto y rubio, cuya máscara le daba aspecto de águila, que el muchacho pasó de largo del puesto de juguetes y del espectáculo de marionetas para plantarse delante de ella.

—¿Queréis que me presente o preferís seguir mirándome? —su voz seductora no le sonaba familiar, pero tampoco extraña.

Por un momento, Luce contuvo la respiración.

Imaginó el éxtasis de sentir sus manos en la cintura... el modo en que solía echarla hacia atrás antes de besarla... Quería tocar el punto desde el que se desplegaban sus alas en los hombros, la cicatriz secreta que nadie salvo ella conocía...

Cuando alargó la mano para levantarle la máscara, el joven rió por su descaro, pero su sonrisa se desvaneció tan pronto como lo hizo la de Luce al ver su rostro.

Era guapísimo, pero había una pega: no era Daniel, por lo que todos los rasgos de aquel chico —su nariz cuadrada, su mandíbula fuerte, sus ojos de color gris puro— palidecían en comparación con los del que tenía en mente. Soltó un triste suspiro.

El muchacho no pudo ocultar su bochorno. Buscó en vano qué decir y se tapó de nuevo la cara con la máscara, lo que hizo que Luce se sintiera fatal.

—Lo siento —dijo ella, retrocediendo enseguida—. Te he tomado por otro.

Por suerte, tropezó con Laura, cuyo rostro, a diferencia del de Lucinda, iluminaba la magia de la noche.

—¡Ay, espero que empiece pronto el sorteo de la urna de Cupido! —le susurró, botando sobre los talones y rescatando a Luce del chico águila.

—¿Al final has conseguido colar tu nombre? —preguntó Luce, sonriendo ya.

Laura negó con la cabeza.

—¡Madre me mataría!

—Ya no tardará mucho. —Eleanor apareció a su lado. Parecía nerviosa. Ella era

muy segura en todo, menos en cuestión de chicos—. Empezarán cuando vuelvan a sonar las campanas de la iglesia para que los nuevos enamorados puedan bailar. Quizá besarse, si hay suerte.

Cuando volvieran a sonar. Para Luce, casi acababan de repicar las de las ocho, pero era consciente de que el tiempo debía de haber pasado más rápido de lo que creía. ¿Iban a dar las nueve? Se le acababa el tiempo para estar con Daniel —en breve —, y quedarse allí quieta, explorando obsesivamente la galería de máscaras, no le iba a servir de mucho. No había ningún fulgor de ojos violeta tras aquellos antifaces.

Debía actuar. Algo le decía que tendría más suerte en medio de la pista de baile.

—¿Bailamos otra vez? —les preguntó, volviendo a arrastrarlas hasta la multitud.

Los juerguistas habían pisoteado la hierba hasta convertir el suelo de aquel descampado en barro. Los arreglos musicales se habían complicado —un vals rápido —, y también los bailes habían cambiado.

Luce siguió los pasos rápidos y ligeros, y aprendió los movimientos de brazos, más complejos, sobre la marcha. Palma con palma con el caballero de delante, saludo y varios saltitos en un círculo amplio alrededor de él hasta situarse en el lado opuesto, luego cambio con la chica de la izquierda. Después, palma con palma con el siguiente, y de nuevo a repetirlo todo.

A media canción, Luce ya jadeaba y se reía como una loca cuando se detuvo delante de su nueva pareja. De pronto, sintió que los pies se le clavaban en el barro.

Era alto y delgado, llevaba una máscara con manchas de leopardo. El diseño le resultó exótico a Lucinda (no había leopardos en los bosques que rodeaban la ciudad). Desde luego, era la máscara más elegante que había visto en la fiesta. El joven le tendió sus manos enguantadas y Luce colocó con cautela las suyas en ellas; la sujetó con fuerza, casi posesivo. Desde los orificios que enmarcaban los ojos del leopardo, Luce percibió un suave destello y unas pupilas verde esmeralda se encontraron con las suyas.

Cuentas pendientes con las estrellas

Buenas noches, señora. Cuán ágilmente bailáis. Como un ángel.

Luce abrió la boca para replicar, pero la voz se le quedó atrapada en la garganta.

¿Por qué tenía que colarse Cam en aquella fiesta?

—Buenas noches, señor —respondió Luce con voz temblorosa. De tanto bailar, estaba acalorada, las trenzas se le habían deshecho y una de las mangas del vestido se le había descolgado del hombro. Sintió la mirada de Cam en su piel desnuda. Se dispuso a recolocarse la manga, pero la mano enguantada de él se le adelantó y la detuvo en el aire.

—Semejante desorden en vuestro vestido —le pasó un dedo por la clavícula y ella se estremeció— excita la imaginación de cualquier hombre.

La música cambió de tono, señal de que los bailarines debían cambiar de pareja. Cam retiró los dedos de su piel, pero a Luce aún le palpitaba el corazón cuando el baile los fue apartando.

Lo observó por el rabillo del ojo y vio que la miraba. De algún modo supo que no se trataba del Cam del presente que había retrocedido en el tiempo persiguiéndola, sino del Cam que vivía y respiraba aquel aire medieval.

Sin duda era el bailarín más elegante de toda la fiesta. Sus pasos tenían un algo etéreo que no pasaba inadvertido a las señoras. Por la atención que recibía, Luce dedujo que no era de esa ciudad. Había ido expresamente para asistir a la feria de San Valentín, pero ¿por qué?

Luego volvieron a emparejarse. ¿Bailaba aún? Luce tenía el cuerpo rígido, agarrotado. Hasta la música parecía repetirse en un eterno medio tiempo que la hacía preocuparse de que Cam y ella tuvieran que quedarse clavados en ese sitio, mirándose, para siempre.

—¿Os encontráis bien, señor? —Luce no tenía previsto decirle eso, pero había algo raro en su expresión.

Una oscuridad que ni siquiera la máscara conseguía ocultar. No la oscuridad de las malas acciones, ni el modo aterrador en que había aparecido en el cementerio de Espada & Cruz. No, el alma de aquel Cam estaba mutilada por la pena.

¿Qué le haría estar así?

Cam entrecerró los ojos, como si presintiera los pensamientos de ella, y algo cambió en su semblante.

—Nunca he estado mejor —ladeó la cabeza—. Sois vos quien me preocupa,

Lucinda.

—¿Yo? —Procuró no dejar ver lo mucho que la impresionaba. Deseó haber llevado una máscara completamente distinta, invisible, que le impidiera volver a creer que él sabía cómo se sentía.

Cam se subió la máscara a la frente.

—Os proponéis una misión imposible. Terminaréis sola y con el corazón roto. Salvo que...

—¿Salvo que qué?

Cam negó con la cabeza.

—Hay tanta oscuridad en vos, Lucinda... —Volvió a bajarse la máscara de leopardo—. Volved en vos, volved en vos...

Su voz se perdió cuando empezaron a alejarse bailando. Por una vez, Luce no había terminado con él.

—¡Esperad!

Pero Cam había desaparecido entre los bailarines.

Lo vio dando vueltas despacio alrededor de su nueva pareja: Laura. Cam murmuró algo al oído de la chica inocente, y ella echó la cabeza hacia atrás y rió. Luce se puso furiosa. Quería apartar de golpe a la boba y alegre Laura de la oscuridad de Cam. Quería agarrar a Cam y obligarle a que se explicara. Mantener una conversación en condiciones con él, no una charlita lacrimógena entre saltos y pasos de giga durante una celebración pública en plena Edad Media.

Ahí estaba otra vez, acercándose a ella con un perfecto control de los pasos, como si con ello pudiera influir en el tempo de la música. Luce no podía estar más fuera de sí. Y en el preciso instante en que iba a plantarse delante de ella otra vez, un hombre alto y rubio, vestido completamente de negro, lo apartó con destreza. Se puso delante de ella sin intención alguna de bailar.

—Hola.

Luce inspiró sobresaltada.

—Hola.

Alto, musculoso, misterioso a más no poder. Lo reconocería en cualquier parte. Alargó la mano, desesperada por sentir algún tipo de conexión, notar el más dulce rubor al contacto con la piel de su verdadero amor.

Daniel.

Justo cuando la música estaba a punto de señalar el cambio de pareja, desaceleró —como por arte de magia— y se transformó en una pieza lenta y hermosa.

Las velas esparcidas por todo el perímetro de la feria titilaron en el cielo oscuro, y el mundo entero pareció contener la respiración. Luce miró a Daniel a los ojos, fijamente, y todo el movimiento y los colores que lo rodeaban se desvanecieron.

Lo había encontrado.

Él alargó los brazos, le rodeó la cintura y su cuerpo se fundió con el de Daniel, vibrando de la emoción de aquel contacto. Al poco estaba completamente en sus brazos y no había en el mundo entero nada tan maravilloso como bailar con su ángel. Los pies de ambos besaban el suelo con la ligereza de sus pasos y ese vuelo era evidente e innato en el cuerpo de Daniel. También ella notaba en su propio corazón esa sensación etérea que solo sentía cuando él estaba cerca.

No había nada tan maravilloso, salvo quizá sus besos.

Separá los labios ilusionada, pero él se limitó a mirarla, a bebérsela con los ojos.

—Creí que no vendrías —dijo ella.

Luce pensó en su huida a través de las Anunciadoras desde el patio de su casa; en cómo había pasado por sus vidas pasadas y las había visto arder; en las peleas que Daniel y ella habían tenido por el modo de mantenerla viva y a salvo. A veces era fácil olvidar lo bien que estaban juntos. Era tan encantador, tan bondadoso, que al estar con él se sentía como si volara.

Solo con mirarlo se le erizaba el vello de los brazos, y una especie de cosquilleo le alborotaba el estómago. Y eso no era nada comparado con lo que le hacían sus besos.

Daniel se levantó la máscara y la estrechó con tanta fuerza entre sus brazos que Luce no podía moverse. Ni quería. Exploró todos los hermosos rasgos de su rostro, deteniéndose en la suave curva de sus labios. Después de tanta espera, casi no se lo creía. ¡De verdad era él!

—Siempre volveré a ti. —Sus ojos la tenían presa—. Nada puede impedírmelo.

Luce se puso de puntillas, desesperada por besarlo, pero Daniel le puso un dedo en los labios y sonrió.

—Ven conmigo —le susurró, cogiéndola de la mano.

La llevó más allá, del anillo de robles que cercaba la zona de jarana. La hierba alta le hacía cosquillas en los tobillos y la luna iluminaba su camino hasta que entraron en la fría oscuridad del bosque. Allí, Daniel cogió una pequeña antorcha encendida, como si lo tuviera todo previsto.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella, aunque le daba igual si estaban juntos.

Daniel meneó la cabeza y sonrió, tendiéndole la mano libre para ayudarla a saltar por encima de una rama caída que les bloqueaba el paso.

A medida que avanzaban, la música se iba extinguiendo, hasta que resultó difícil distinguirla al fundirse con el grave ulular de las lechuzas, el crujido de las ardillas en las ramas y el suave canto del ruiseñor. La antorcha se mecía en el brazo de Daniel, y la luz temblaba, alcanzando la red de ramas desnudas que los envolvía. Hubo un tiempo en el que a Luce le asustaban las sombras del bosque, pero eso parecía algo de hacía milenios.

De la mano, Luce y Daniel seguían un estrecho sendero empedrado de guijarros.

La noche era cada vez más fría y Luce se apoyó en Daniel en busca de calor, refugiándose en los brazos con los que él la envolvía.

Cuando llegaron a la bifurcación del camino, Daniel se detuvo un momento, como si se hubiera perdido de pronto. Luego se volvió a mirarla.

—Debería explicarme —le dijo—. Te debo un regalo de San Valentín.

Luce rió.

—No me debes nada. Solo quiero estar contigo.

—Ah, pero yo he recibido tu regalo.

—¿Mi regalo? —Lo miró, sorprendida.

—Y me ha llegado al alma. —Le cogió la mano—. Si alguna vez te he hecho dudar de mi afecto, me disculpo. Hasta ayer, no pensaba que pudiera reunirme contigo aquí esta noche.

Graznó un cuervo, que, tras un vuelo rasante, aterrizó en una rama temblona encima de sus cabezas.

—Entonces llegó un emisario, y dio a todos los caballeros que tengo a mi cargo órdenes estrictas de asistir a la feria. Temo haber agotado a mi caballo en mi empeño por encontrarte aquí esta noche, pero es que ansiaba compensarte por tu bonito detalle.

—Pero Daniel, yo no te he...

—Gracias, Lucinda. —Sacó una funda de piel que parecía albergar una daga. Luce procuró no parecer demasiado perpleja, pero no la había visto en su vida.

—Ah. —Rió por lo bajo y toqueteó el pañito que llevaba en el bolsillo—. ¿Alguna vez tienes la sensación de que alguien nos vigila?

Él sonrió y dijo:

—Constantemente.

—A lo mejor son nuestros ángeles de la guarda —le susurró Luce en broma.

—A lo mejor —señaló Daniel—. Por suerte, ahora mismo creo que estamos solos tú y yo.

La condujo por el sendero de la izquierda; dieron unos pasos más, luego giraron a la derecha y pasaron por delante de un roble torcido. En la penumbra, Luce percibió un pequeño claro circular donde debían de haber talado un inmenso roble. Su tocón ocupaba el centro del claro, y alguien había puesto algo encima, aunque no podía verlo.

—Cierra los ojos —le dijo él y, cuando lo hizo, notó que se movía la antorcha. Lo oyó moverse por el claro y a punto estuvo de hacer trampa y mirar, pero consiguió reprimirse, porque quería disfrutar de la sorpresa tal y como Daniel la había preparado.

Al poco, Luce acusó un aroma familiar. Cerró los ojos e inhaló profundamente. Algo suave, floral... y del todo inconfundible.

Peonías.

Aún de pie con los ojos cerrados, Luce pudo ver su lúgubre cuarto universitario de Espada & Cruz, embellecido por el jarrón de peonías de la ventana que Daniel le había llevado al hospital. Pudo ver el borde de aquel risco en el Tíbet, al que había accedido solo para ver a Daniel entregándole florecillas a su yo pasado en un juego que terminó demasiado pronto. Casi podía oler el mirador de Helston, repleto de las ligeras flores blancas de las peonías.

—Abre los ojos ya.

Percibió la sonrisa en la voz de Daniel y, cuando abrió los ojos y lo vio de pie, delante del tocón engalanado con un inmenso ramo de peonías en un jarrón alto y ancho de cobre, ahogó un grito y se llevó la mano a la boca. Pero aquello no era todo. Había tejido de peonías las esbeltas ramas. Había hecho jarrones de todos los hoyuelos de los tocones colindantes; había regado el suelo con los delicados pétalos blanquísimos de las peonías; había encendido decenas de velas en farolillos por todas partes, de forma que el claro entero despedía un brillo mágico. Cuando se acercó para ponerle la corona en la cabeza, Luce —y su yo medieval— casi se derriten.

La Lucinda medieval no entendía aquel amplio despliegue de flores; no debía de tener ni idea de cómo era posible aquello en febrero, pero le encantaba la sorpresa igual. Lucinda Price, en cambio, sabía que las peonías de blanco puro eran más que un regalo de San Valentín. Eran el símbolo del amor eterno de Daniel Grigori.

La luz de la vela titiló en el rostro de Daniel. Sonreía, pero parecía nervioso, como si no supiera si a ella le iba a gustar su regalo o no.

—Ay, Daniel... —Corrió a sus brazos—. ¡Son preciosas!

Él la columpió en círculo y le recolocó la corona.

—Se llaman peonías. No son flores tradicionales de San Valentín —dijo, ladeando la cabeza, pensativo—, pero, aun así, son... una especie de tradición.

A Luce le encantaba saber exactamente a qué se refería.

—Quizá podríamos convertirlas en nuestra tradición de San Valentín —propuso ella.

Él cogió una flor grande del ramo, y la deslizó entre los dedos de Luce, aproximándosela al corazón. ¿Cuántas veces a lo largo de la historia habría hecho Daniel eso mismo? Luce detectó en sus ojos un brillo que parecía indicar que aquello jamás envejecía.

—Sí, nuestra propia tradición de San Valentín —musitó él—. Peonías y... bueno, debería haber algo más, ¿no?

—Peonías y... —Luce se devanó los sesos. No necesitaba nada más. Le bastaba con Daniel... y, bueno...—. ¿Qué tal peonías y un beso?

—Me parece una idea buenísima.

Entonces la besó. Sus labios se abalanzaron sobre los de ella con un deseo sin

igual.

El beso fue apasionado, nuevo, exploratorio, como si nunca se hubieran besado.

Daniel se entregó a aquel beso: introdujo los dedos en el pelo de ella y le acarició el cuello con su cálido aliento mientras sus labios exploraban los lóbulos de sus orejas, su clavícula, el escote... A los dos les faltaba el aire, pero no querían dejar de besarse.

Una fuerte comezón le trepó por el cuello a Luce y el pulso se le aceleró.

¿Volvía a suceder?

Moriría de amor ahí mismo, en medio de aquel resplandeciente bosque blanco. No quería abandonar a Daniel, ni quería que la lanzaran al cosmos, a otro agujero negro con la sola compañía de Bill.

Condenada maldición. ¿Por qué estaba atada a ella? ¿Por qué no podía librarse?

Los ojos se le llenaron de lágrimas de frustración. Se apartó de los labios de él, apoyó la frente en la suya y respiró hondo, esperando a que el fuego le abrasara el alma y dejara sin vida su cuerpo.

Solo que, cuando dejó de besar a Daniel, el calor remitió, como al retirar un cazo del fuego. Se abalanzó de nuevo sobre sus labios.

El calor brotó en su interior como una rosa en verano.

Pero algo había cambiado. Aquella no era la llama destructora que la extinguiría, que la había exiliado de otros cuerpos y hecho arder teatros enteros. Era el éxtasis cálido y cegador de besar a alguien a quien se ama de verdad, con quien se debe estar siempre. Y en aquel instante.

Daniel la observaba nervioso, presintiendo que algo importante había ocurrido en su interior.

—¿Ocurre algo?

Había tanto que decir...

Un millar de preguntas se amontonaron en su boca, pero entonces una voz ronca le chirrió en la cabeza.

«¿Y si te digo que esta noche de San Valentín es la única que conseguís pasar los dos juntos?».

¿Cómo era eso posible? Con todo el amor que había habido entre ellos, aún no habían pasado, ni volverían a pasar, el día más romántico del año en brazos del otro.

Sin embargo, allí estaban, atrapados en un momento entre el pasado y el futuro, amargo y singular, turbador y raro, e increíblemente vivo. Luce no quería estropearlo. Quizá Bill, el clérigo joven y afable y su querida amiga Laura tenían razón a su modo.

Quizá ya fuera lo bastante bueno estar enamorado.

—No pasa nada. Bésame, y luego más, una y otra vez.

Daniel la levantó del suelo y la acunó en sus brazos. Sus labios eran como miel.

Se enroscó en su cuello. Daniel le acarició la espalda. Luce apenas podía respirar. Estaba rendida al amor.

A lo lejos, sonaron las campanas de la iglesia. Empezaba el sorteo de Cupido, las manos de ellos elegirían al azar a sus enamoradas, ellas se sonrojarían de emoción, todos esperarían un beso. Luce cerró los ojos y deseó que todas las parejas de la feria, que todas las parejas del mundo, pudieran disfrutar de un beso tan dulce como aquel.

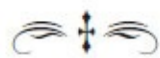
—Feliz San Valentín, Lucinda.

—Feliz San Valentín, Daniel. Y que sean muchos más.

Él la miró con ternura, esperanzado, y asintió.

—Te lo prometo.

Epílogo



LOS GUARDIANES

De vuelta a la zona de baile, los cuatro trovadores concluyeron su última canción y abandonaron el escenario para dejar paso a la presentación de la urna de Cupido. Como los mozos y las mozas se habían pegado, nerviosos, a la tarima, los músicos salieron por un lateral.

Uno a uno, se fueron quitando las máscaras.

Shelby se deshizo de su flauta dulce. Miles, para rematar, rasgó un acorde más en su lira, y Roland lo acompañó con unas notas de su deslucido laúd. Arriane guardó su oboe en el fino estuche de madera y fue a servirse un gran jarro de ponche, pero, cuando se disponía a apurarlo, hizo una mueca de dolor y se llevó la mano al vendaje ensangrentado con que se había tapado la reciente herida del cuello.

—Has improvisado muy bien ahí arriba, Miles —le dijo Roland—. Has debido de tocar la lira en algún sitio antes.

—Mi primera vez —dijo Miles como si nada, aunque era obvio que le complacía el cumplido. Miró a Shelby y le apretó la mano—. Habrá sido por el acompañamiento de Shel.

Shelby empezó a poner los ojos en blanco, pero se arrepintió; luego se inclinó para darle un beso leve en los labios a Miles.

—Sí, habrá sido eso.

—¿Roland? —preguntó Arriane de pronto, volviéndose a explorar la zona de baile—. ¿Qué ha sido de Daniel y Lucinda? Hace un momento estaban ahí mismo. Ay —se dio una palmada en la frente— ¿es que las cosas del amor nunca pueden salir bien?

—Acabamos de verlos bailar —señaló Miles—. Estoy seguro de que están bien. Están juntos.

—Se lo he dicho expresamente a Daniel: «Lleva a Lucinda al centro de la pista donde podamos verlos». ¡Como si no supiera lo que cuesta conseguir todo esto!

—Supongo que él tenía otros planes —ofreció Roland, algo siniestro—. A veces pasa con el amor.

—Tranquilos, chicos. —Shelby templó a los demás, como si su nuevo amor hubiera reforzado su fe en el mundo—. He visto a Daniel llevarla al bosque, por ahí. ¡Espera! —chilló, agarrando a Arriane por la capa negra—. ¡No los sigas! ¿No crees que, después de todo, merecen estar solos?

—¿Solos? —inquirió Arriane, con un hondo suspiro.

—Solos. —Roland se acercó a Arriane y la rodeó con el brazo, procurando no tocarle la herida del cuello.

—Sí —dijo Miles, trenzando sus dedos y los de Shelby—. Merecen estar solos.

Y, en ese instante, bajo las estrellas, los cuatro comprendieron algo sencillo: a veces el amor necesitaba un impulso de sus ángeles de la guarda para alzar los pies del suelo, pero, en cuanto empezaba a batir las alas, había que confiar en que sabría

volar solo y levantarse hasta las mayores alturas concebibles, a los cielos, y más allá.



LAUREN KATE, creció en Dallas, fue a la escuela en Atlanta y se hizo escritora en Nueva York. Vive en Laurel Canyon con su marido y anhela trabajar en la cocina de un restaurante, tener un perro y aprender a surfear. Es autora de la novela *La traición de Natalie Hargrove* (2009) y de la saga «Oscuros».